

JOAN BENAVENT

EL CALOR
DE DOS
INVIERNOS



Innovadora en cuanto a la estructura narrativa, cautivante en el desarrollo de la trama, *El Calor de Dos Inviernos* es una novela que rompe con el modelo tradicional del género *thriller* en múltiples aspectos.

Fundiendo las técnicas teatral y cinematográfica, Joan Benavent nos brinda un relato en el que los acontecimientos y el trazado psicológico de los personajes adquieren matiz propio, a través del cual se refleja el vigoroso ritmo de acción del protagonista, propulsado por su misión justiciera.

Es la mirada profunda y misteriosa de Jean Louis Ferrán, “El Gato”, la que determina y comanda la creación de las escenas. Por ella se filtran los conflictos y anhelos de un carácter férreo e inamovible en sus convicciones, pero a la vez abierto y dócil al toque del cariño y el amor.

El trasfondo histórico y social ubica los eventos en el contexto del gobierno cívico–militar de Agustín Pedro Justo, destacando los movimientos obreros que estallaron en medio de la opresión política, y en los cuales “El Gato” tiene participación activa. Es precisamente la masacre de sus compañeros de lucha el *leitmotiv* que desencadena el deseo de venganza, impulsado por la traición inesperada y la corrupción asesina de la dictadura, que gobierna el país mediante el fraude y la proscripción.

La edición de los capítulos, a los que se añaden en forma inusual Prólogos y Epílogos, está lejos de presentarse como una traba a la lectura. Constituye, en verdad, una invitación al ejercicio imaginativo que quiere captar y mantener la atención del lector, del comienzo al final de la novela, éste, sin duda, el gran as de triunfo que define la calidad del juego narrativo, característica esencial de cualquier obra maestra.

Maria Aparecida da Silva

Joan Benavent

El calor de dos inviernos



Joan Benavent

EL CALOR DE DOS INVIERNOS

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prefacio

I. La masacre

II. La memoria del tiempo. El primer gran amor

III. La memoria del tiempo II. La prehistoria de otra historia

IV. La huella de “El Gato”

V. Tejes, manejes y otro grande amor

VI. En pos de otras sentencias

VII. Sigue el baile

VIII. Estrategia, pausas y amor

IX. La sed del verdugo

X. Ajustes

XI. Caja de sorpresas

Epílogo

PREFACIO

Ambientada en la Avellaneda de 1936 esta historia de venganza plasmada entre dos inviernos por un anarquista justiciero es una violenta novela de atmósferas. Autor de seis ensayos históricos y biográficos publicados en España entre el 2002 y el 2008, he escrito este *western* anarquista segmentándolo entre *raccontos* y acción, con prólogos y epílogos insertados creativamente sin que despisten al lector. La técnica del diálogo y la acción cinematográfica clavan a los personajes, turbios a menudo que se cruzan en el derrotero vengador de “El Gato”, retratando una época de turbio paisaje y contorno, controlada por el fraude y la corrupción, amparados desde los poderes del Estado argentino de la época.

La presencia de personajes reales o su mención no implican traicionar su entraña; tal como sucede en el caso de Alberto Barceló, el Alcalde poderoso y siniestro. Otras menciones reflejan la historia viva, trasladando esa configuración singular a los personajes de ficción.

Rio de Janeiro, Julio de 2016

Joan Benavent

*Llegamos, y tras vivir el tránsito, nos vamos.
Pero una cosa es irse apagando la luz. Otra
muy diferente dejarla encendida.*

JB

I. LA MASACRE

La breve historia de la masacre perpetrada en algún lugar de Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, la víspera invernal del 30 de julio de 1936.

Es noche cerrada y amaga tormenta. Clima frío, húmedo y desapacible en el barrio obrero que circunvala La Tejedora del Sur, gran fábrica textil, en perspectiva de huelga laboral desde una semana antes que finalizara el otoño. Será pronto y por sorpresa. Siete hombres resueltos a detener el pulso de la factoría entrarán en acción, aprovechando el cambio de turnos de doce horas entre la noche y la mañana. Dieciocho días antes estallaba la Guerra y Revolución en España. Un estímulo lejano aunque presente en el corazón de muchos trabajadores argentinos.

En la casita de Osvaldo Santillán hierve el puchero en la sabrosura de carne y verdura. Mezclada con garbanzos, chauchas y zanahoria, pronto llegará al plato rebosante servido por su mujer, que mientras revuelve el cucharón en los hervores da el pecho a su beba.

El dueño de casa es uno de los líderes del movimiento y lee la edición vespertina de *Crítica* mientras aguarda su ración, con un vasito de tinto medio lleno a la vera de sus cubiertos.

–Eso promete, Marga. Huele bien. –dice, guiñándole el ojo a la madre de su beba de meses. Una entrerriana joven y lozana.

–Aún faltan diez minutos, Osvaldo.

De pronto, llaman a la puerta.

–Deben ser los muchachos. Habrán oído el puchero... –acota, y sale a recibirlos.

No son ellos, sin embargo. Es la policía provincial. Dos uniformados y un civil de chambergo y abrigo marrón. Es el que informa franqueando la vivienda. La cocinera se sobresalta, mientras la beba sigue prendida a su abultado pecho. Al hombre alto de abrigo y labio leporino, con espeso bigote negro cruzándole la cicatriz, le brillan los ojos sobre la ubre al descubierto. Es maternal y especialmente bella.

–No se inquiete, patrona. El comisario quiere conversar un rato con su marido...

Ante el plato vacío y los cubiertos a punto, Osvaldo y ella cruzan una mirada de alerta.

–Se lo devolveremos en una hora. Es rutina nomás. Podrá comer su rico puchero más tarde. –acota el sujeto.

Es la segunda vez que el comisario lo requiere. Seguramente, piensa, es para interrogarle de nuevo. La tensión crece en la fábrica y la patronal huele algo gordo. La policía y los jueces les sirven fielmente. En el pasado fue abortado otro movimiento en la fábrica. Bastaron una masiva paliza y despidos para los cabecillas. Ahora es diferente. Los espontáneos dirigentes son aguerridos y se cuidan.

Tras besar a su mujer en la mejilla y saludar al bebé, ya en su cuna, Osvaldo se acomoda el abrigo y la gorra.

–Llévate el paraguas y los guantes de lana. Hace mucho frío afuera. Parece que va a llover. –dice su linda y joven morocha, a la que el otro no quita el ojo.

–No le harán falta. El coche está en la puerta y en la comisaría, aparte de las estufas, no hay goteras.

–Menos en las celdas. –replica Osvaldo Santillán, ingresando al asiento trasero del coche negro que les espera.

Eufemio Barragán se descubre y alisándose un poco la crencha renegrada, tras repasar con los dedos el largo y perfilado mostacho que ampara su cicatriz, le dice.

–No te espera una celda... ah, por cierto, linda mujer. Tenés motivos para regresar prontito a yantar... el puchero. – dijo, y los ojos ladinos volvieron a brillarle.

En ese instante se dibujaron relámpagos en el cielo encapotado, y las primeras gotas de lluvia, prometiendo multiplicarse en intensidad, cayeron sobre el automóvil en marcha.

La doble intención de aquellas palabras pronunciadas por el policía de civil presagiaba otra clase de tormenta. Aquella fue la última vez que los seres queridos vieron a Osvaldo Santillán...

Ante su tardanza, la compañera y madre de la niña de meses corrió esa madrugada bajo la tormenta hasta la casa de su vecino y compañero en la huelga.

Ciro Salcedo era otro provinciano robusto y joven. Soltero aún, vivía cuidando a su hermana quinceañera.

–¿Por qué no me avisaste enseguida, Marga?

–Creí que volvería pronto. Y ya pasaron seis horas.

Ciro Salcedo contrajo el gesto. Pero calló para no alarmarla.

–¿Querés acompañarme a la comisaría? –pidió la mujer.

–Desaconsejo que vayas. Nos reuniremos y después paso a verte.

–¡¡Decime la verdad, Ciro!! ¿¡Lo habrán lastimado a Osvaldo!?

–Tranquila. Reuniré al Comité de Huelga en pleno. Debés confiar en nosotros y cuidar de tu beba...

La mujer le miró asintiendo, no muy convencida...

Dos horas después el temporal había cesado y mientras el cielo se abría al amanecer, los cuatro restantes miembros del Comité se juntaban en el ranchito que le servía de bulín a uno de ellos: “El Gato” Jean Louis Ferrán. A quién todos llamaban por su apodo y no por el nombre falso de Carlos García. Era un bravo y curtido anarquista de verdes ojos felinos y gesto desafiante tras una calma aparente.

Su condición de líder saltaba a la vista.

Completaban la reunión Ciro, que dio al resto el alerta, el “tano” Vittorio Spottaro, Edgardo Muga, algo mayor, y Frank Bovitnik, joven croata criado en Lanús.

Aquel año, bajo cierta influencia de la guerra y revolución en España, las movilizaciones obreras en las que intervenían muchos españoles o descendientes directos de inmigrantes de ese país o Italia volvieron a la carga.

La proyectada huelga en La Tejedora del Sur no era política. Procuraba imponer la jornada de ocho horas, un aumento de salarios y reforzar la higiene laboral, muy precaria ante los vapores lanares desprendidos por las cardadoras y canilladoras, ante las que ni siquiera disponían de mascarillas que preservaran las vías respiratorias y los pulmones. Exigirían además los veinte minutos para merendar, el libre acceso a los lavabos, el pago de horas extraordinarias y el reconocimiento de

la Comisión Interna de Reclamos, asociándose a la Unión Obrera Textil. Pero el sindicato era débil aún y solo en populosas fábricas como Alpargatas tenía presencia.

Los cautos tanteos en el Departamento Provincial de Trabajo no habían dado resultado; de manera que la huelga era inevitable.

El líder clandestino del movimiento era Osvaldo Santillán. Pero quien realmente comandaba la tropa era “El Gato”.

Se le adjudicaban entre treinta y cuarenta años. En la ficha de la fábrica figuraban treinta y ocho.

Hombre de pocas palabras, era criollo de padre catalán criado en Francia, y madre italiana de padre francés. Nadie sabía más de él. Su apodo correspondía a esa traza felina y la condigna actitud sigilosa, hasta en la forma de andar y moverse. El fulgor ocular y gestual de los verdores era gatuno, hasta el punto de requerir gafas oscuras ante la luz solar o una excesiva iluminación. Sus iris poseían cierta similitud con el *tapetum lucidum* de los felinos, sin los inconvenientes del caso. Es decir, que su precisión visual era superior igualando la profundidad de campo.

A menudo esa extraña cualidad provocaba impresión.

Era tan respetado, que nadie le hacía las bromas y chanzas tan comunes entre compañeros de fatiga. Alto y fibroso, los rasgos de este rubio cenizo algo encanecido eran los de un burgués refinado. No su corazón. Las obreras de todas las edades suspiraban por él, pero se le desconocían novias. La reserva de

dominio sobre su vida privada era proverbial. Contaban sin embargo sus acciones.

Poco después de ingresar a la fábrica, pescó a un capataz, apodado “El Matrero”, acosando a una jovencita de dieciséis años. Un pimpollo en flor de curvados pétalos a quien el felón acostumbraba a tocar el culo.

–Me lo vas a dar muy prontito, prenda. Te queda poco para hacerte la estrecha. Eso, o te andás buscando otro laburo...

La chica tenía dos hermanos pequeños, la madre era viuda y el trabajo escaseaba. No tenía opción, pese a que retrasaba la cesión final de su virginidad.

“El Gato” captaba en el aire cualquier mala onda, cayéndole fatal los maltratadores de hembras.

Una noche, cuando “El matrero” terminó el turno y caminó hasta la parada del autobús, sintió que alguien lo seguía entre las sombras del largo paredón de ladrillo y cemento.

Se volvió repetidas veces y las sombras seguían allí, proyectadas por los árboles en una noche de luna menguante surcada de nubes...

A la mañana siguiente no fue a trabajar. Estaba hospitalizado por una tremenda paliza. Le faltaba el dedo meñique y el pulgar en la mano derecha, la misma que manoseaba el culo de la joven.

El infeliz mentó en su descargo que unos crotos le habían robado la paga segándoselos de cuajo, y ni una palabra más. Las radiografías de estómago indicaron que las falanges ausentes se hallaban en el aparato digestivo con uñas y un grueso anillo. Cuando volvió a la fábrica todos advirtieron que esquivaba el contacto con la jovencita y pasaba de largo trastabillando ante la máquina de “El Gato”.

En los turnos se comentaba que era el autor de la hospitalización y el mutismo posterior del fulano, que además de los dedos perdió el apodo.

Nadie sabía a ciencia cierta dónde vivía en realidad aquel hombre misterioso. No en el rancho, por cierto. Allí solía llevar alguna que otra mina de rompe y rasga. Nadie las conocía. Tampoco eran del barrio. Algunos pensaban que quizá parara en el Dock Sud, más precisamente en la Isla Maciel, aunque nadie conocía su pasado inmediato ni dónde dormía, tras ingresar un año antes.

“El Gato” dimanaba firmeza y autoridad y, pese a no impartir órdenes, sus contundentes intervenciones pesaban en el ánimo de sus compañeros; en especial en el de Frank, huérfano de padres que le consideraba una suerte de hermano mayor.

Volvemos al rancho.

–Si se llevaron a Santillán significa que se están oliendo algo.
–terció Muga, encendiendo nervioso su pipa– Quizá debiéramos posponer la huelga.

Las miradas convergieron hacia “El Gato”, que liaba uno de sus pitillos con gran parsimonia.

Hasta que intervino con la energía de siempre.

–Si lo hacemos será peor. Después de Santillán, nos borrarán del escenario uno a uno. Es una vieja táctica patronal, y de la policía.

Quizá alguien dio el soplo.

–Pudo ser cualquiera. Somos doscientos en la fábrica. –dijo Spottaro.

–Nadie, salvo nosotros, estaba enterado. Íbamos a copar las instalaciones esta noche. Los de ambos turnos pararían si lo decidíamos, pero no resolvimos hacerlo público hasta estar bien seguros dentro.

–A menos que vos, Spottaro, lo hayas comentado con alguien. –señaló Salcedo.

–¡No te pego una trompada, pero ganas tampoco me faltan! –saltó el tano.

“El Gato” encendió el cigarrillo rasgando la cerilla en la suela de su bota marrón de media caña, mirando muy serio a ambos. Ellos entendieron a la perfección el filo de esa mirada.

–Perdonáme, hermano. Son los nervios. –dijo, cariacontecido, Salcedo. El otro le palmeó el brazo con gesto distendido y “El Gato” suavizó la expresión.

–¡Hay mucho alcahuete suelto! –sentenció Muga.

–¿Qué pensás, “Gato”? –inquirió Frank.

El aludido tardó en responder. La escrutadora mirada repasando a todos uno por uno preludió su lacónica reflexión.

–Nuestros compañeros confían en nosotros, pero no saben de esta huelga. Íbamos a decretarla por sorpresa. Igual, los patrones se enteraron. Y sin bola de cristal.

Los restantes se miraron unos a otros. El dicente aspiró el tabaco y lanzó una fina bocanada de humo.

–La Marga no pudo más y fue sola al final. Una hora después me contó que lo fletarían a Ushuaia –acotó Salcedo– ¡Se lo anunció el canalla de Barragán!

–¿Y vio a Osvaldo?

–No. Está incomunicado. Dice ella que tendrá que comparecer ante el juez de turno.

–¿Con qué cargos?

–Secreto de sumario. Eso le dijeron.

–Entonces no iré a ver al juez ni a Ushuaia. –dijo “El Gato”.

–¿Cómo lo sabés?

–Pura intuición. Pero Muga tiene razón. Alguien nos vendió. También los impresentables apoyan las causas justas. Están para pudrir las desde dentro.

Se hizo el silencio más sepulcral. Y “El Gato” volvió a romperlo.

–Santillán era el más clandestino. El traidor no puede ser él.

–¿Y si lo torturaron y cantó? –insistió Muga.

–Aguanta lo que le echen. Es un tipo derecho. Le conocemos bien. La alimaña, siento decirlo...está en este rancho. Del que habrá que pirar cuanto antes. –repuso “El Gato”.

Los tres restantes se cruzaron ojos, expectantes.

Como si las palabras fueran un conjuro, a los lejos se oyeron vehículos avanzando. Eran un par de coches negros sin las luces puestas. Las masas de metal rodaban lentas y amenazantes, deslizándose en la sombra, como si tuvieran vida propia. No eran las únicas. Otra más arribaba desde la dirección opuesta, convergiendo amenazante sobre la puerta trasera que daba al gallinero y la huertita de lechugas, a la que El Gato entregaba algún ocio cuando paraba allí.

Ahora el rancho era una trampa. Estaban cercados.

Asomado a una ventana, “El Gato” extrajo un lustroso Colt del abrigo oscuro y dijo.

–Es tarde para lamentarlo. Se nos vienen encima. Habrá que resistir. Si nos echan el guante servirán picana a rolete. En tanto y cuanto desde arriba no hayan resuelto algo peor.

Hablaba con conocimiento de causa, tratándose de un feudo controlado por su Intendente, Don Alberto Barceló. Amo del juego y los prostíbulos de Avellaneda. Una huelga con ocupación de fábrica era lo peor que le podía pasar. Y trataría de evitarla a cualquier costo.

Frank y Ciro, veteranos en el uso de las armas, eran los únicos que podían respaldar a fuego limpio, con su '22 y una Remington, la patriada de “El Gato”, singular anarquista, ocasional proletario de La Tejedora y con un pasado violento en la defensa de derechos.

Sin embargo, el tano Spottaro guardaba un viejo trabuco en el gabán.

–Algo es mejor que nada. Pero ellos traerán maquinaria pesada. –dijo, agregando– Hace poco la cana de Avellaneda recibió varias Thompson.

Nadie preguntó cómo se había enterado. Tampoco servía de mucho.

Era el mejor informado de todos. Jefe y estratega en cada movimiento.

Aislado en un descampado, el ranchito se convertía en la trampa perfecta. Una boca de lobo presta a devorarlos.

Las moles de metal detuvieron sus rugidos a veinte metros, encendiendo las tres sus luces altas sobre la trampera, como si fuera un *set* de rodaje.

Entonces se oyó a un vozarrón impartir una orden.

–¡¡No tienen salida, desgraciados!! Se acabó la huelga que preparaban. Será mejor que se entreguen. Los llevaremos ante el juez si se comportan. Andamos apretados de tiempo y tienen diez minutos para decidirse. ¡¡Si no lo hacen, los juntarán con cucharita!!

Conocían bien esa voz. Era la de Elpidio Eufemio Barragán, chagal del Comisario Muleiro, el Juez Ignacio Cassini, el Alcalde Barceló y los dueños de la fábrica.

El mismo que había levantado a Santillán en su casa.

Los ojos de los sitiados buscaron la respuesta en los de “El Gato”.

–El voto de ustedes resuelve. Yo no pienso entregarme. –dijo muy calmo, revisando el tambor y quitando el seguro de su arma, mientras el pitillo humeaba, tamborileando entre sus labios.

Muga mordió la boquilla de su pipa vacía un segundo antes de decir:

–Si no cedemos, nos matan...

–Si cedemos, también. –terció, apagando el pucho tras aplastarlo con la bota en el piso.

Muga insistió, sudoroso.

–¡No pueden matarnos! Somos cinco trabajadores. Pudieron con uno. ¡Pero matarnos a todos sería un escándalo!

–¿Cómo das por muerto a Santillán? –señaló Frank, con el dedo en el gatillo de su '22.

–¡¡Lo dijo “El Gato”!!

El aludido le miró de refilón.

–No dije nada. Solo que no lo llevarían ante el juez ni a Ushuaia. Pero usted, señor, parece convencido de otra cosa.

Tembló ligeramente el otro.

–Habrá que resistir. –agregó Ciro, pelando su viejo Remington del bolsillo del gabán, mientras el tano hacía lo propio con el tabuco.

–¡¡No quiero morir como un perro!! –desgarró Muga, amagando salir. Pero Ciro lo detuvo aferrándole la nuca.

Era el único en ceder, señal inequívoca de la traición, por eso fue rodeado sombríamente por los restantes.

Los observó presa del terror, pero no podía zafar. Entonces cayó de rodillas, lagrimeando.

–¿Qué hicieron con Osvaldo Santillán? –preguntó muy calmado “El Gato”.

–¡¡No lo sé!!

–¡Sí, sabés!. –bramó Ciro, tirándole por los pelos.

–¡¡Lo picanearon!!, ¡¡Es lo único que sé!!

–Marrano de mierda... –dijo Spottaro lazándole un escupitajo en pleno espanto.

–¡¡Me apretaron, amenazando con matar a mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos!! –gimoteó el chivato.

–¡Falta la puta madre que te parió, cacho de mierda! –gritó Frank, apuntándole a la cabeza.

“El Gato” le detuvo.

–No gastés pólvora en chimangos. El plomo para los de afuera. Para el de adentro...

Los cinco minutos de tregua que faltaban para vencer el plazo embastaron la tensión de las partes y el silencio absoluto en el rancho, quebrado apenas por dos sonoros sopapos y un llanto quedo.

De pronto, la puerta delantera se abrió y el delator salió disparado a los trompicones por un certero puntapié en el trasero, con el rostro desencajado y las manos atadas a la espalda.

–Soy Muga, Barragán, ¡¡no disparen!!

Sus ocupantes habían condenado a muerte al traidor sin ejecutar la sentencia.

Los policías miraron al superior. Elpidio Eufemio Barragán quebró un palillo con los dientes, escupiéndolo a un costado.

–Este bicho ya no nos sirve para nada, metan bala sin miramientos...

No había terminado de decirlo cuando les madrugaron varios disparos procedentes de la cabaña alcanzando a dos policías, segundos antes de que pudiesen abrir fuego. Sus ocupantes habían entregado al traidor a la furia del enemigo, mientras gatillaban una y otra vez sus cuatro “pipas”.

El Judas se había desplomado, con el pecho acribillado por las primeras ráfagas de las metralletas Thomson igualitas a las que el FBI y las huestes del hampa gastaban en las películas de James Cagney y Edward G. Robinson.

¿Qué podían hacer tres armas convencionales y una pieza de museo ante aquellas máquinas de muerte?

Los dos botones heridos fueron reemplazados al instante por otros, bajando precipitadamente de los tres vehículos y resguardados tras ellos, mientras apuntaban al rancho con sus metralletas de tambor.

El fuego serial volvió a redoblar implacable, transformando la casita en una nube de sangre; el infierno en la Tierra.

“El Gato” vio desplomarse inertes a Ciro y el “tano”, o lo que quedaba de ellos. A Frank le habían dado en el estómago y se dobló de dolor.

Por un instante le cruzó la memoria una feroz lluvia de balas fugando del Penal de Ushuaia en los años veinte. Y otro par de compañeros cayendo para siempre.

Eran cuatro y quedaban dos, alcanzando con su caño a un guardián el puesto de vigilancia y anulando el foco sobre ellos, que estalló en pedazos. Cerca los aguardaba un Chevrolet negro con conductora de lujo, y se perdieron en la noche. Pero esta vez los carromatos y el estrecho perímetro de terreno favorecían al enemigo bloqueando la retirada.

Malherido, Frank alcanzó a decirle.

–¡Cuidá de Milena, “Gato”!...

Era su hermana, soltera y dos años mayor. Ahora el pobre agonizaba.

Había visto la mala muerte de otros con un boquete en el estómago. No obstante, aprovechó el corto silencio del armamento pesado para levantar el tablón con asa interior de un hoyo que había dispuesto precavidamente, y lo arrastró hasta el borde, hasta donde un río de sangre pugnaba por desbordar. Recién entonces comprobó que el chaval no respiraba.

Afuera, los atacantes presumían de haberlos barrido según las órdenes de la superioridad.

Desde el interior del rancho no partió un quejido durante la balacera. Pero el silencio posterior de las metralletas certificaba el triunfo del ataque. Resolvió no obstante su jefe aguardar otros cinco minutos, cerciorándose de haber puesto fuera de combate a los tiradores.

A poca distancia de la puerta se desangraba ya cadáver el chivato. En el interior, Vittorio yacía acribillado junto a Ciro en medio de aquel mar de sangre. Herido en el brazo izquierdo, y al comprobar “El Gato” que arrastraba el peso muerto de Frank, se zambulló en el agujero, tapiándose.

Cumplido el plazo de espera, quien dirigía el grupo –el mismo que antes de llevarse a Santillán perpetró otros muchos ajustes de cuentas– ordenó a dos subordinados revisar el interior del rancho.

Obedecieron, mientras uno comentaba por lo bajo:

(“Es el piola de siempre. Al frente vamos nosotros...”)

Muy seguro de sí, el aludido sacó pecho, ajustándose el nudo de la corbata.

–Tenemos dos heridos graves que habrá que evacuar. Los turros apuntaron bien pero ahora están todos muertos. Nadie sobrevive a semejante balacera. –dijo, encendiendo un caliqueño aferrado entre el labio, arrugado por la cicatriz que no cubría el bigote negro y espeso, y una quijada bien rasurada– Igual cerciórense. No queremos testigos ni cargar con heridos que debemos rematar. La huelga abortó. Y muertos los perros se acabó la rabia.

Los subordinados ingresaron al rancho de mala gana y con miedo en el cuerpo. Tres cadáveres alfombraban con su sangre los anchos tablones del piso de madera. Igualmente metieron bala a los restos. Luego salieron inclinando los pulgares, mientras el superior les impartía otra orden.

–¡Muy bien. Ahora resta prender fuego a todo. Ya saben! –les gritó de viva voz desde la puerta abierta de su Chevrolet...

Ellos asintieron archivando la mala gana y sacaron dos bidones de nafta del coche que bloqueaba la puerta trasera del Rancho. Una cosa era matar al paso; otra volver minutos después a rematar lo que quedó vivo, y por último, chapotear de nuevo entre cadáveres con la tripa o el cerebro afuera y la sangre invadiendo la suela de los zapatos.

–¡Una vez finalicen vuelvan a la seccional! Nosotros tenemos que partir ahora, para qué estos dos no se nos mueran. ¡Precisan atención médica urgente! –volvió a tronar el vozarrón.

Partieron en caravana dos de tres vehículos, mientras los del restante se disponían a ultimar la encomienda, reingresando al rancho en sombras con el par de bidones.

Entonces, sucedió lo imprevisto. Habían olvidado, presas del nerviosismo, que los cadáveres debían ser cuatro, no tres...

Herido en el brazo izquierdo y con un torniquete improvisado que contenía el sangrado, los aguardaba “El Gato”, Colt en mano. Brotaba de aquel sótano improvisado, especie de trastero con ropa vieja y cartones, por el que se deslizó tras la masacre.

Sorprendidos cuatro segundos antes de morir, soltaron los bidones con el terror en los caretos, mientras la nafta borbotaba mezclándose con la sangre de los cadáveres.

El superviviente no les dio tiempo a más. Había recargado su arma y volvió a vaciarla sobre los asesinos sin mover un músculo del rostro.

Cayeron sobre la sangre que habían derramado, agregando ingentes cuotas de la propia en medio de quejidos y gritos ahogados.

“El Gato” aligeró de casquillos su revólver, de caño aún caliente. Luego, posó sus ojos dolientes sobre los restos de Ciro, Vittorio y Frank, y tras escupir sobre los cadáveres de aquellos matarifes, dejó que la nafta de los bidones rotos continuara esparciéndose entre la sangre derramada, hiriendo su olfato.

Los impactos de la metralla habían puesto fuera de combate a tres camaradas. Una vez a cubierto aprovechó el cese del fuego y la actitud expectante de los atacantes para abastecer su arma. Casi siempre la llevaba encima con alguna munición de repuesto.

Él y el pobre Frank eran los únicos que sabían dar en el blanco. El romanticismo de los restantes les vedaba hacerlo. Las consecuencias de la imprevisión estaban a la vista. También sobre el piso de madera, despuntaba la primera señal de una venganza que no podía devolverles la vida.

Afuera quedaba, mordiendo la tierra y pudriéndose, la osamenta de Muga; el traidor. Adentro, los despojos de tres

camaradas, dos atacantes muertos y una sorda ira oprimiéndole el pecho.

Barragán y los suyos habían partido con dos de sus asesinos heridos, tras privarle de la amistad y el calor de gente joven y combativa, con la que no volvería a fraternizar en la fábrica o el ranchito, de muchos asados y mates compartidos.

Después de todo, pensó, ellos no envejecerían nunca.

Con una cerilla repasó sus rostros sin vida y la ola de indignada emoción le ganó el gesto.

Fue un puntual minuto de silencio.

Luego musitó en voz bien alta un juramento.

—¡Prometo, queridos camaradas que seréis vengados en la carne y los huesos de vuestros verdugos...!

La muerte y los muertos eran imágenes tempranas en su historia. También la de seres queridos. Estas otras eran las más recientes. Quizá no fueran las últimas. El sistema era implacable con sus desafectos.

De momento actuó velozmente. Era preciso que ignoraran el saldo final de aquello. Los dos *botones* muertos debían atribuirse a otra balacera posterior que no investigarían, más allá de la rutina y el papeleo.

Solo el fuego, concluyó, podía tornar irreconocibles aquellos despojos. Era el plan de los atacantes, y lo aprovecharía para

esfumarse; lamentando que los suyos no fueran enterrados dignamente. Aunque prefería convertirlos en ceniza por mano propia junto a los otros dos cadáveres en el rancho aquél.

Ya se encargaría de cumplimentar que su justicia de anarquista obrero restaurase el recuerdo de los valientes en el corazón de otros huelguistas y espíritus rebeldes.

Procedió entonces a esparcir un pequeño riacho de combustible desde la puerta hasta cerca del vehículo en el que disponía la esfumatura del trágico escenario.

Al salir, volvió a liar otro pitillo y dejando caer la cerilla encendida sobre el sendero de nafta, se subió al coche vacío, aparcado en la puerta trasera. Tras encender el motor con un puente de cables, se internó en la noche, mientras parte de la historia de una huelga abortada con sangre proletaria, era consumida vorazmente por la madera encendida.

Pensó entonces que las llamas rematarían todas y cada una de sus reparaciones frente aquellos crímenes. Impunes ante la falsa justicia de los oligarcas que gobernaban la nación.

Ese otro fuego, el primero de una serie, debió causarlo con dolor, para que nadie descubriese que estaba vivo y dispuesto a convertirse en la pesadilla viviente de los responsables, directos e indirectos.

Prólogo

En Avellaneda gobierna un caudillo conservador que maneja la timba y la prostitución. Se trata de Alberto Barceló, descendiente de pescadores catalanes de Arenys de Mar, comarca barcelonesa del Maresme. Sus secuaces abarcan desde hacendados e industriales livianos hasta jueces y policías. Ninguna esfera escapa a la corrupción, imperante desde dos décadas antes. Los propietarios de La Tejedora del Sur están en primera fila, departiendo con el comisario Marcos Muleiro de la Seccional 1 de Policía, y su perro de presa, Elpidio Eufemio Barragán.

–Señores: nuestros informes indican que una de estas noches van a ocuparles la fábrica, tras declarar la huelga. El levantamiento anarquista en Madrid y Barcelona contra el Ejército y la Iglesia está revoloteando nuestro avispero en las fábricas.

El matrimonio Gurmendez Solano conformado por Jorge y Estela Gurmendez Solano, su segunda mujer y mucho más joven, se arrellana en los sillones del despacho. Él, anciano de ojos torvos, marca el entrecejo sin abrir la boca. Todo en su decrepitud se frunce; de norte a sur.

La mujer se lleva un cigarrillo desde la pitillera hasta los labios rojos. Es pelirroja y bella, en una madurez muy bien llevada. El diligente sicario le brinda lumbre desde su encendedor.

Ella aspira y suelta el humo junto a un imperativo.

–¡Pues acaben con ellos cuanto antes!

El comisario asiente algo cariacontecido.

–Tendrá que autorizarnos Don Alberto esta limpieza, señora. Son seis los que deben caer. Mucha gente. *Crítica* quizá no dirá nada gracias a la amistad de Botana con el Presidente Justo, pero tenemos a *Noticias Gráficas* pisándonos los talones.

La pelirroja se impacienta.

–Barceló hará nuestra voluntad. Somos fieles amigos, y ustedes lo saben.

–Desde luego. No habrá problemas...

Tras quedar solos, Marcos Muleiro y su mastín trazan planes.

–Esa puta de mierda cree que estamos para soplar y hacer botella. Pero el caso es que mandan mucho y cuentan con el favor incondicional de Don Alberto. Habrá que hacer de tripas corazón para que no estalle un escándalo. Sobre todo, borrar evidencias.

–Antes de caerles encima voy a pedirle un favor, Comisario. Quiero detener primero a Osvaldo Santillán. Usted lo conoce.

–Sí. Hace un tiempo tuvimos una charla. Es un idealista; quizá no el más peligroso de todos. Tiene una linda hembra, ¿no?

El otro titubea.

–Vamos Barragán, te la querés voltear. Estás loco por ella. Te conozco bien. Pero sos eficiente en lo tuyo y te concedo la pieza.

Eso sí, tendrá que ser pocas horas antes de que los limpiemos al completo. El chivato de mierda nos dijo dónde paran. Me preocupa en especial uno de ellos...

–“El Gato”...

–Ése mismo. Nadie conoce su tejado. Pese a que lo seguimos varias veces, el jodido consiguió despistarnos. Mutiló a un capataz no hace mucho. Se desvanece en el aire y aparece cuando menos uno se lo espera en la retaguardia, esfumándose de nuevo. Resultó imposible cazarlo. Hasta ahora lo protegía una parienta de la pelirroja. El jodido se la folla.

–Su sobrinita. Un bombón.

–Así es. Pero los Gurmendez Solano la fletaron a Londres. Y ahora no le valdrá de nada ese dulce.” –dijo el comisario mientras alzaba el tubo del teléfono, exigiendo a la operadora.

–¡Habla el comisario Muleiro. Póngame con la línea directa de Don Alberto Barceló, por favor!...

Epílogo

Su amigo “El Imprentero” le revisó la herida en el brazo y llamó a “El Tordo”, maduro galeno expulsado de la profesión por curar maleantes o revolucionarios fugados del cerco policial, las cárceles y, mediante su providencia, de seguras muertes por cangrena, y otros males congénitos de la violencia.

–Las balas de Thompson son como un obús para el cuerpo. –apuntó “El Tordo”, enseñándoles en la pinza el plomo extraído del brazo.

–No interesó el hueso y muy poco el músculo. Te repondrás en un par de días. Estas pastillas jaquearán cualquier infección. Pero convendrá que vigilemos la cicatrización un mes.

En la Isla Maciel los variopintos ejemplares de la marginación comprendían desde proxenetas hasta criminales, ladrones, revolucionarios o condenados al destierro profesional por leyes generalmente injustas con el pobre o desencaminado. Apellidado Robles, “El Tordo”, por ejemplo, había purgado cárcel y expulsión del Colegio de Médicos por auxiliar en el dolor a enfermos terminales que pudieron descansar en paz, aunque partieran antes de tiempo.

Lucio Gonçalves, hijo de portugueses, y apodado “El Imprentero”, era un extraordinario falsificador de billetes, carnés de identidad, y toda clase de documentos o credenciales. Su condición de orfebre resultaba apreciada en muchos ambientes. Los límites operativos del hombre excluían estamentos oficiales y poderes conexos. De manera que no era un alma lo que se dice corrupta, pese a su turbulencia. Tampoco una hermanita de la caridad. Cotizaba su tiempo útil en moneda

fuerte y su prestigio indisputable le resguardaba de amenazas. Era calvo, moreno y bajito, de ojos vivaces que revelaban inteligencia y sagacidad. Rondaba los cuarenta, como su camarada. Media Isla Maciel le necesitaba y protegía; aunque allí nadie estaba a salvo de envidias, celos o voraces compulsiones de vasallaje, por parte de La Migdal (cadena de prostitución tentacular de vieja data, finalmente disuelta aunque parcialmente sobrevivida en algunos de sus ejemplares) o los manejos de Barceló.

–Antes de todo esto creí que te ibas a enganchar en Las Brigadas Internacionales. Algunos camaradas irán a España.

–Puede que más adelante, Lucio. Ahora debo saldar cuentas con el fascismo acá. Además, cargo mis culpas en la masacre.

El gesto del otro era de desconcierto.

–Confundí a los obreros de una fábrica deseosos de luchar por mejores condiciones de trabajo con camaradas libertarios. Entre nosotros no hay delatores. Tampoco muchos allí. Pero alguno cede si lo aprietan. Santillán no aflojó; el viejo Muga sí. Y yo me dejé arrastrar por la bronca entusiasta que viví en la fábrica, sin tomar precauciones. Era un espejismo que costó vidas y el fracaso del movimiento. Sé que la venganza no les devolverá a este mundo. Pero los asesinos tienen que pagar el precio que corresponde. Y vos lo sabés muy bien.

–Seguro, Jean Louis...

La amistad de Gonçalves con “El Gato” reconocía tempranos antecedentes anárquicos y una rocambolesca fuga del Penal de

Ushuaia en el ecuador de los años veinte. No era pues un fraterno camarada y nada más. En la férrea militancia política son muchos los camaradas y pocos los amigos. La clandestinidad impone que cuanto menos sepan unos de otros, menos fácil será para la policía y el Gobierno cazarlos. No obstante, las circunstancias del encierro común en el Sur habían permitido estrechar otros lazos. Luego, “El Imprentero” abandonó el activismo sin dejar de colaborar con viejos camaradas.

No quedaban muchos en plantilla. El viejo anarquismo había sufrido varios golpes, y fraccionamientos constantes. La ejecución del obrero catalán Joaquín Penina, y luego las de Severino Di Giovanni y Paulino Escarfó –según la Ley Marcial decretada por el Dictador Uriburu–, fueron rudos embates de los que jamás volvió a reponerse. El General Justo, elegido en comicios fraudulentos aprovechó la limpieza de su predecesor. La clase obrera retrocedió desde entonces, reanimándose en la mitad de la década, merced a la cierta expansión de la industria liviana, que sustituía importaciones bloqueadas por la crisis económica; instante en que “El Gato” se recicló, militando en el ámbito fabril sin abandonar métodos de acción directa, presentes en el plan de asumir una huelga con ocupación.

Gonçalves era, además de responsable directo en las múltiples identidades civiles de nuestro hombre en la nueva etapa, un especialista bien informado. Por lo general, quien precisaba papeles de impecable factura o dinero falso en pocas cantidades recurría a sus servicios.

De manera que le anotició de varios asuntos que debía ir preparando para amartillar su venganza, dirigida en adelante a

todos y cada uno de los responsables en aquella masacre, de la que salvó por los pelos.

Las fotos de Muleiro, Barragán y sus hombres, los Gurméndez y un juez de turno apellidado Cassini, que no movió un dedo para salvar a Santillán tras su temprano secuestro, graficaban los blancos del ajuste. Lo de Barceló era más complicado.

En principio debió cambiar su aspecto, dejándose crecer el cabello, que ahora caía en bucles rubios y algunas canas sobre la frente, coronando la testa, y agregando en forma casi permanente gafas negras, o de muy poco aumento. Eran más que nunca indispensables para que no identificaran sus ojos. La quijada bien rasurada reemplazó una usual barba de tres o cuatro días por el espeso bigote, y de momento mudó el largo abrigo oscuro y las botas de media caña en punta por ropa sport confeccionada a medida. Semejaba un Lord británico entregado a la poesía y las artes, con su fina pipa de cedro, paseándose por el centro capitalino. Ni sus propios camaradas podían reconocerlo. En la entraña de aquel justiciero anidaba un gran actor.

“El Imprentero” quedó asombrado.

–¡Qué te parió. Sos la mejor falsificación de burgués que hayan registrado mis ojos, “Gato”!

–Levanto la penitencia a una parte de mi alma para que sirva fielmente a la otra. Por ende, camarada, aguardo emparejar en resultados prácticos tus mejores obras... –señaló el susodicho.

Los flamantes papeles lo acreditaban como Alberto Perkins, hijo de ingleses afincados en el Sur, ya fallecidos. Los atracos bancarios eran cosa del pasado. Guardias bien pertrechados resguardaban las agencias, de forma tal que Gonçalves le facilitó un buen paco de dinero legal, rentándose un coqueto piso en Corrientes y Esmeralda.

–Es mucha plata. –le había dicho el beneficiario.

–Cuando fugamos del penal de Usuhaia hasta el automóvil que nos aguardaba pese a mis protestas, salvaste esta vida. No tengo con qué pagarte, Jean Louis.

“El Imprentero” era la única persona que conocía su nombre verdadero. Se estimaban mucho, y los medios materiales que puso a su disposición le permitieron rentar aquél refugio estratégico. El mejor observatorio para camuflar su inspección de ciertos ambientes.

De punta en blanco y al caer la noche, “El Gato” solía visitar cabarets y timbas, en procura de información.

La presa que perseguía era la más vulnerable, dada su cierta vida rumbosa. Con frecuencia se tacha las almas despiadadas como inmunes a perder la cabeza, olvidando la debilidad de estructuras inclinadas por la obsesión.

Estela Salvati de Gurmendez Solano frecuentaba los lujos y vicios nocturnos, según los informes de su compadre. Por otro lado “El Gato” tenía antecedentes claros de ella gracias a la sobrina, con la que había llegado a intimar.

La tía se desplazaba en limusina con chofer y su liberalidad sexual era de dominio público, aunque ningún periódico se atreviese a manchar su nombre. De día se encargaba de controlar los negocios, entregando algunas veladas nocturnas al desenfreno.

La vida alegre del Buenos Aires “pituco” era pródiga en tal sentido. En uno de esos recorridos dio al fin con la pieza.

Allí estaba la generala del operativo masacre, a tiro de pichón.

Vestida de soirée verde Nilo y siempre atractiva, pese a sus cuarenta y dos años, corrían rumores sobre un pasado escandaloso, sobrellevado a base de cálculo y frialdad.

La pelirroja Gurmendez Solano y uno de sus amantes jóvenes disfrutaban de una loca noche de primavera, entre burbujas de champaña y arrumacos en un cabaret de nota.

Los mismos se diluyeron en el preciso instante que “El Gato” apareció en escena con su convincente disfraz, atrayendo la súbita atención de varias hembras; ella en primera fila.

Cuando le vio, dejó de prestar atención al mequetrefe. Esa velada, calzaba él una chaqueta blanca cruzada sobre camisa negra de seda y pañuelo a lunares pequeños al cuello haciendo juego. Su alta planta era rematada por pantalón oscuro y zapatos combinados de charol. De su levita gris perla pendía una cadena de oro macizo delatando un reloj caro y muchos billetes detrás.

Las gafas oscuras acentuaban el aire misterioso que desprendían su porte y maneras.

Era un dandi, más que atractivo, irresistible –evaluó la pelirroja–, y tras cruzarse ambos una mirada la convidó a menearse en la pista con una leve inclinación de cabeza tras besar el dorso de su mano.

Ella aceptó el envite ante la bronca contenida de un galancete que, pese al desaire de la mujer y la provocación del desconocido, ahuecó el ala.

A “El Gato” le bastaron unas pocas piezas para calentar la pava empleando frases de alto voltaje desgranadas con su voz viril.

En el menester, la dama igualaba en versión madura la belleza de su sobrina Teresita, favorecedora de su permanencia en la fábrica, menor de edad aún y fletada compulsivamente a Londres días antes de la masacre. La diferencia radicaba en el veneno y la maldad de la dama.

Ahora debía llevarla hasta el punto de hervor, y sabía cómo hacerlo.

Sus amigas de siempre lo habían graduado óptimo en las tramas del levante y la excitación ritual conquistando a una mujer. Nuevas voces susurrantes, caricias subrepticias y envites suaves como la brisa de aquella primavera se embastaban con el peso de su sexo, enervado contra el bajo vientre de la pelirroja.

Su erección no era placentera. La dictaba el odio y un gran deseo de revancha. Son elementos que desataban el ardor sexual sin que el amor, sino su contrario, irrumpiese en la escena del ritual de conquista.

Aquella hiena rojiza había heredado el viejo marido “forrado” de una moribunda, siendo la enfermera que se ocupaba de atenderla. Detrás de sus imponentes curvas y un fuerte carácter se agazapaba un alma ambiciosa, despiadada y carente de escrúpulos.

–Vamos a mi casa. –le dijo arrobada– Quiero probarte un rato.

“El Gato” no era por cierto varón de un rato. Sabía hacerse valer. Su táctica inmediata consistió en tensar el capricho al máximo. La estrategia era de largo alcance.

–Esta noche no. Tendremos que posponerlo... –repuso él en voz baja, haciendo rechinar los dientes blancos.

Ella, acostumbrada a imponer su voluntad, le dirigió una mirada letal. Pero “El Gato” obró con tacto, sofrenando su odio visceral, reflejado en una expresión que la pelirroja confundió con el deseo.

No era la única víctima del espejismo. El instinto favorece el trance.

Seguidamente la devolvió a la mesa, y extendiéndole su tarjeta volvió a besarle el dorso de la mano con especial delicadeza. Ella le observó con una mezcla de sorpresa y decepción. Pero él le dedicó su mejor sonrisa y en voz muy baja dijo.

–Llamáme a este número y no te inquietes. Vamos a intimar. Sos un hembrón, querida. Pero hoy, justo hoy no puedo. –señaló, oteando su reloj de oro y cadena, guardado en la levita– A las ocho de la mañana tengo una reunión de negocios impostergable. Y vos sos una pieza para disfrutar a fondo. –dijo, quitándose las gafas.

Ella quedó fascinada por aquellos ojos felinos de un verdor iridiscente. No podía entrever su costado terrible.

Al principio había vacilado entre mandarlo a paseo o aceptar sus razones. Ningún macho le había resistido el envite. Pero entendía que los negocios hay que realizarlos a punto, y halagada por las palabras que le destinó el atractivo varón de mirada tan singular, le vio alejarse, con el deseo en el cuerpo.

Aquel hijo de puta algo extravagante tenía un atractivo irresistible. Era de pocas y justas palabras, además de presentarse fino, culto y viril, con un toque suave. Y ella estaba harta de gigolós mineteros que detestaba a la hora siguiente.

No advirtió entonces que la suavidad del trato recibido era la de una afilada navaja. Ella, matrimoniada con un anciano enfermo, buscaba emociones constantes, y esa tarjeta entre sus finos dedos mimados por la manicura era el pasaporte a algo nuevo y jamás percibido hasta entonces.

Alberto Perkins era su nombre, y paraba en el centro. Su teléfono sonaría tupido en la tarde siguiente, pensó. Había quedado picada y con ganas de echar unos cuantos polvos con el fulano.

No podía Estela Salvati de Gurmendez Solano, despiadada mantisa feroz en el cálculo, intuir siquiera la clase de emociones que viviría en las próximas semanas gracias al calentón soberano de aquella noche...

II. LA MEMORIA DEL TIEMPO. EL PRIMER GRAN AMOR

De vez en cuando “El Gato” se deslizaba por piringundines de la Isla Maciel. Solitario impenitente, se regalaba un buen jerez o algún copón de coñac mientras la vida desfilaba bulliciosa a su alrededor. Las meretrices más bellas del pago se le arrimaban para contarle sus penas. Algunas lo conmovían hasta el catre, y por lo general, junto a ellas, retozaba como un salvaje potro de las Pampas. Amaba a los pobres y desamparados y le encantaban las putas. Desde principios de siglo Buenos Aires, y en especial su casco céntrico, era un enclave mundial de la prostitución, seguido de la zona portuaria y la Isla Maciel, junto a las ciudades de la lindante Avellaneda y la más distante Rosario, capital provincia de Santa Fe. Muchas de estas mujeres provenían del Este de Europa. Otras de Francia y el interior del país.

“El Gato” las percibía carne mancillada de su alma y las respetaba como si fueran vestales. Muy jovencito las frecuentó desde la amistad, la fraterna lujuria y el calor humano, gracias a

su mentor, que las adoraba. Eran el resultado de abusos y desgracias en familias miserables provenientes de la inmigración poco afortunada –aunque algunas jóvenes ya entrenadas en el oficio tentaran suerte en América–, o la cruce criolla entre sangres no muy avenidas. Ellas a su vez lo querían como a un hermano o a un hijo al que se destina la lascivia del incesto más fogoso.

En ellas recordaba también a su primer gran amor: Deolinda María Luján. Santafecina y preciosa. Una chinita huérfana con muy mala suerte.

La conoció en aquél antro de mala muerte en la zona del Once, huyendo de los cosacos de coronel Falcón tras un tiroteo al asaltar ellos un conventillo, desalojando a los pobres que lo habitaban. Y lo cautivó no más verla.

Era el mentado quilombo un refugio protegido por el comisario de la zona a cambio de algunos pesos y la barra libre de los botones con sus pupilas. El ambiente espeso se palpaba ni bien se trasponía el umbral luminoso. Adentro, mucho humo de cigarros, aromas de sudor y alcohol barato impregnaban la atmósfera.

Entre el personal había de todo. Se las podía rentar jóvenes, veteranas y hasta vejestorios, reservados para algún borracho o ciruja. Éstas costaban a peso la media hora. El ritmo laboral en esos antros obligaba a muchos servicios diarios por cabeza. Las más jóvenes envejecían pavorosamente en unos pocos años.

“El Gato” no llegaba a cumplir los veinte entonces, y se prendó hasta las trancas de aquella morochita de unos dieciséis, con ojos negros muy grandes y una boca tentadora.

A veces una mirada, la sonrisa mutua o el roce piel con piel encienden las primeras luces de un encuentro hondamente procurado, sin saberlo ni tentarlo. Y se juntaron los tres elementos aquella noche.

Era el pimpollo del charco y la sacó a bailar. Antes –era inevitable como paso previo a lo que haría después– pactó precio y condiciones con los mafiosos de la barra. Dos tipos siniestros que andarían por la cincuenta; uno de ellos, luciendo espantoso ojo de vidrio esmerilado en su centro de iris rojo, era quien llevaba la voz cantante. El otro era un petiso mal entrazado de negra levita, patillas, bigote perfilado y gabán corto. El típico rufián de los suburbios.

Deolinda María Luján costaba cuatro pesos y él llevaba veinte, de manera que pagó un completo de tres horas por doce, bailando para intimar un poco antes de la cópula.

La modestísima orquesta la componía un trío de viejos músicos impedidos. Un guitarrista ciego, el pianista mudo, y el del bandoneón, con una pata de palo mal tallada que apenas tapaba el viejo pantalón de lona verde. Pero eran buenos en lo suyo, y tras musicar un par de chamamés, arrancaron con una milonga hecha a medida para alguien como “El Gato”.

Tan flexible era y tan bien se le acoplaba la Deolinda María, que los demás bailarines ahuecaron el ala para observarlos volar sobre la pista en los cortes y quebradas.

Luego se encamaron en los altos durante dos horas largas y llenas de mutuo placer. Fueron tres y monedas, pero emplearon la primera en conocerse.

Ella no se portó como una prostituta ni él como un cliente. Aquél encuentro era otra cosa. El de un amor naciente entre dos jóvenes. Ella, golpeada por la vida desde temprano. Él, resuelto a enfrentarla en cuerpo y espíritu.

A “El Gato”, formado en la lectura y los buenos modales, le importaban las emociones de la gente, no su grado de cultura. Con invariable frecuencia las meretrices lo conmovían desatando su instinto protector. Pero aquella era diferente. Tras el sórdido oficio vislumbró una sensibilidad especial, casi única, y quedó prisionero de su hechizo.

Fue mutuo el encantamiento y creció en el intercambio de cada caricia. Ella estaba como un queso y él no le hizo faltar de nada. Las mujeres lo despojaban de su dura coraza de guerrero, y esa chiquilina muy en especial. Ni bien la tuvo en sus brazos y se enredó en su cuerpo, descubrió esa virginidad de alma.

–No hay otra virginidad. –se dijo.

Deolinda María lo cubrió de besos, ternura y pasión, como si fuera la primera vez que la montara un varón. Él, ya veterano, le arrancó una larga serie de orgasmos. Se disfrutaron tan a fondo esa noche, que la fórmula cóncava y convexa alcanzó casi la perfección del ballet.

Ahí mismo saltó la chispa que desbordó el sexo. A veces bastan instantes para que el amor se vuelva hoguera. En las tres horas

fue cálido e inolvidable el fogón compartido, entre pasión y arrumacos.

Pese a su premisa de hierro resistiendo emparentarse con futuras viudas y los huérfanos de padre, resolvió quebrarla.

–Camino solo y me anda haciendo falta una pierna como vos. ¿Te vendrías conmigo a la pieza? A vivir, digo. –acotó él, mientras se vestían.

Él la había anoticiado sobre sus ideales y proceder, con los que ella, una víctima social, simpatizaba desde las primeras luces. Pero mandaba un inconveniente.

–No puedo. Los de abajo me compraron y tengo que servir.

Decía la verdad. Las prostitutas no figuraban en el contrato social. Eran objetos reducidos a una condición animal. Aunque quizá contara algo más...

–Será que no te gusto...–le dijo.

Se lo quedó mirando con la miel en los ojazos negros. Sí que le gustaba, y mucho.

“El Gato” joven era muy buen mozo. La cierta inocencia de los pocos abriles aún no había dejado surcos en el rostro ni el cierto deje amargo que acompañaría la reciedumbre de la madurez. Pelo rubio cenizo, ojos verdes de penetrante brillo felino, una sonrisa de dientes blancos dispuestos en perfecta hilera y su aire peligroso. Ese metro ochenta y tantos de altura, delgada y

fibrosa, remataba la pinta de molde europeo que gastaba Jean Louis Ferré.

Ella no dio importancia al Colt que cargaba la sobaquera, colgada de una silla, con el resto de sus pilchas y el largo abrigo negro haciendo juego con las botas de punta y media caña. Sabía que aquel mozo tan limpio, atractivo y viril era un hábil pistolero, y su traza de salteador romántico de causa social la atrajo más aún.

No andaba muy errada la Deolinda María. En aquél tiempo ya llevaba atracados seis bancos sin hechos de sangre, en nombre de la anarquía. En su temprana lista de difuntos cabían, claro está, algunos malandras, y cosacos perdidosos en duelos o balaceras.

Cubría su quijada inferior con un pañuelo de seda rojo y negro, aunque su figura era única. La característica de cualquier gran personalidad radica en la imposibilidad de perderla de vista entre la multitud.

Los empleados, el director, los parroquianos y hasta el vigilante de turno en cada atraco quedaban impresionados por aquel contundente mozo de gran presencia. Igual efecto causaba entre gendarmes o balandras. Pero esa conmoción no hizo mella en los amos del burdel, demasiados bastos e ignorantes quizá, para apreciar refinamientos a la hora de ajustar cuentas.

–Bueno. Les preguntaré a esos dos cuánto valés. –le dijo al bajar con ella las escaleras.

Deolinda María lo detuvo un instante, y con un mohín de coquetería, preguntó.

–¿Cuánto crees qué valgo?

La miró como si leyera un poema de Bécquer, y dijo.

–No hay con qué comprarte, prenda.

Ella lo besó en los labios con pasión. Luego acotó:

–Tené cuidado. Son mala gente.

–No soy un ángel. –respondió, palpando la sobaquera bajo el abrigo.

“El Gato” sabía que para sus macarras tenía precio, y no quería armar jaleo...

–Mil mangos al contado y te la llevás. –le sonrió con malevolencia el tuerto, apoyando los codos sobre el mostrador de estaño, mientras el socio relojeaba la escena con la chaqueta abierta, dejando ver un lustroso Rémington.

–Es mucha plata...

–Poca para tanta *concha*, pibe. Vale lo que larga la pendeja. Polvitos que son como pepitas de oro. –aseguró el tuerto.

“El Gato” relampagueó a los socios de arriba abajo con tal furia en los ojos, que el petiso llevó la mano al fierro.

–Tranquilo, Pepe, la Deolinda María los vuelve locos. Con éste no pasa nada. Es un buen muchacho...

El tuerto no tenía ni idea de quién era “El Gato”. De saberlo, otro gallo cantaría. Y por el momento, todo quedó allí.

–Dijo mil...–repuso “el buen muchacho”, tras despedirse de la Deolinda María, dejando veinte pesos sobre el mostrador, con la condición que la chica no trabajara el resto de la velada.

–Descuide, mozo, somos hombres de palabra. –masculló el tuerto con sorna, abriéndole el párpado al falso ojo de centro rojizo.

–Más vale que sea cierto... –murmuró “El Gato”, saludando a las damas presentes con un breve toque en el ala del sombrero mientras abandonaba pisando fuerte el piringündín.

En la mañana, muy temprano, otra sucursal bancaria padeció una nueva expropiación. El salteador se alzó un buen paco, reservándose dos mil pesos de los diez mil que embolsó, entregados una hora más tarde en local clandestino de la FORA anarquista. Por lo general, el expropiador solitario se quedaba con el diez por ciento, para ir tirando. Igualmente, prometió restituir a la organización lo que había retenido. Por honestidad más que probada y sus abultadas contribuciones, a “El Gato” se le respetaba esa independencia, tan alejada de la concepción militante y el trabajo en equipo.

Era un individualista absoluto. Temido afuera y respetado adentro.

En la víspera, tras echar una larga cabezada volvió a pisar el antro. La Deolinda María estaba con un cliente en los altos, y como condición para negociar la compraventa exigió que bajase enseguida, contra el pago de la media hora por cancelar la cópula con el fulano.

Los malandras aceptaron cuando vieron el fajo de billetes arrollado con una gomita que el joven rascaba intencionadamente contra su barba de dos días.

No tardó la muchacha en bajar alborozada, con un ventrudo parroquiano en calzones y a medio vestir, rodando atrás por las escaleras. Pero aquello sonaba inusual para la clientela y el personal. Por consiguiente la orquesta canceló la melodía, y en el burdel se hizo un silencio expectante.

Más que una transacción, se aguardaba alguna transición. Quizá tres, o más bien dos, pensaron los más avezados en reyertas, calibrando la pinta del comprador. De aquel misterioso joven impresionaba sobre todo su mirada, penetrante en ocasiones como el filo de una navaja.

Y ése era el momento que la ponía a punto.

No muy perspicaz, el tuerto desnudó la amarillenta sonrisa sirviendo tres copas de alcohol barato. Una era invitación de la casa. Pero los socios no bebieron una gota tras el consabido “¡Salud!”. Tampoco un convidado que derramó el contenido de la suya sobre el estaño con el dorso de la diestra, mirándolos fijo y sin pestañear. Sin duda los sátrapas habían echado mano de la botella que dedicaban a “primos” que narcotizaban, para luego

esquilmarlos, pasándolos con frecuencia a mejor vida en complicidad con el comisario, si al despertar ponían pegas.

–Ando mal de tiempo, jamás bebo con desconocidos y menos a la hora de negociar. Acá están los mil requeridos. –señaló en voz muy baja “El Gato”, poniéndolos sobre el mostrador.

El tuerto se metió un palillo entre los dientes amarillos y lo mascó un par de segundos sin tocar los billetes.

–Ayer dije mil. Pero hoy es otro día. Habrá que sumarles cien por la plata que perdemos el fin de semana y novecientos más por quitarnos la mejor puta del Once. –repuso, deslizando una de las manazas engrasadas bajo el mostrador, mientras el petiso volvía a tantear la cache del Rémington con la diestra.

–En total son dos mil. Mocito. Lo toma o la deja. –insistió arrogante el tuerto– Es lo que yo llamo un doblete.

Estaban controlándole el suspiro para arrancarle el último a balazos, alzándose con el fajo, dedujo “El Gato”.

Su poder de cálculo estableció los pocos segundos que mediaban entre la vida y la muerte de tres piezas en el tablero. Dos, o una. Y debían ser forzosamente ellos, no él.

Los macarras echarían mano a sus fierros. Él al suyo. Igual que en las cintas mudas de “Bronco Billy” Anderson. Un duelo del Oeste en el Once porteño.

La mayor velocidad de reflejos ganaría la partida.

Entonces la Deolinda María, que seguía cada segundo la escena junando a su galán con mucho amor, y el ojo atento ante cualquier trapisonda de sus macarras, cogió de improviso la botella de vino de una mesa, arrojándola contra la testa del tuerto, mientras “El Gato” pelaba con la rapidez del rayo su Colt apuntando al petiso, quien a su vez desenfundaba el Rémington. Certero botellazo el de Deolinda María, impactó la nariz del blanco, aplastándosela, al tiempo que dos simultáneas balas del Colt se incrustaban en el pecho de uno –desprendiéndole el fierro de entre los dedos–, y la garganta del atontado por la botella.

Ambos se desplomaron casi al unísono en sangre, respirando aún las últimas bocanadas de aire mezcladas con vómitos purulentos.

–¡Hijo... de puta! –alcanzó a farfullar el secuaz del tuerto antes de diñarla.

–Ya tienen servido el doblete que buscaban. –señaló “El Gato”, soplando el caño humeante del Colt, tras escupir sobre el petiso.

De pronto, un inesperado bramido provino del terceto orquestal. Con un rifle de caño recortado resbalándole en las manos y el cogote segado por un navajazo, el músico de la pata de palo que tan bien lo camuflaba entre la madera y la lona, cayó de bruces, pateando por reflejo el bandoneón.

Una puta vieja y mal pintada, aunque menos vencida de lo esperado, había ajusticiado por la espalda al socio oculto; el tercero y más taimado.

Ella, de ojos algo velados por la fatiga, se acercó a “El Gato” y le dijo:

–Era el jefe de los otros dos, avaro, prestamista y responsable de emputecerme hace años, cuando era joven y lozana como la piba que te llevás. Este mierda y yo teníamos una larga cuenta pendiente –aseguró la mujer con orgullo.

Acostumbrado a aceptar sin pestañear la verdad de muchas apariencias, el anarquista separó quinientos pesos y agradecido se los extendió. De no ser por la desdichada veterana sería el tercer cadáver, no el otro. Mientras, la Deolinda María se aferraba emocionada de su brazo justiciero.

–Buena puntería tiene mi prenda. En la esperanza de que nunca practique conmigo me la llevo, no sin que antes la guitarra y el piano de los maestros nos borden cierto vals de Verdi. –dijo “El Gato”, metiendo un billete de cien entre las cuerdas de la viola.

–¿Lo conocen, verdad?

–Acá como nos ve, somos profesores de solfeo graduados en el Liceo. –balbució el cieguito– Hemos acompañado a Carlitos Gardel y La Ñata Gaucha más de una vez.

Dicho esto, “El gato” ciñó a su moza por el talle y extendiendo la otra mano hacia la suya, más pequeña, tomó la delantera en los compases del vals, ejecutado con especial suavidad y tacto en el piano y la viola.

Esa melodía fue la del organito de su protector. Con ella creció y se hizo adulto pateando las calles. Y ahora acompañaba el mágico vaivén de su primer gran amor.

Bailaba como un príncipe en los salones de Versalles y ella, acoplada a él, le emparejaba en figura y estilo.

El poder y la magia del amor transforma a las personas, reflejando lo mejor de sí mismas. También contagia.

Los parroquianos, hombres curtidos, guardaban el más estricto silencio, mientras las conmovidas putas lloraban contritas, moqueando a mares sobre sus pañuelitos de algodón.

En el feliz destino de la chiquilina de dieciséis primaveras reflejaban ansias que jamás llegarían a cumplirse. Que, por ejemplo, un hombre de verdad, joven, guapo y con un par de cojones como aquél las arrancase de esa vida miserable, a la que otros varones menos buenos y honestos las habían condenado. O tal vez que, quién demonios fuera las amase un poco, lejos del coito vergonzante, realizado entre sudores rancios y olor a permanganato, con tal de comer caliente bajo un techo. Aunque después pusieran el cazo de la yerba mate secándose al sol, aguardando otra noche de pesadilla en la casa de los dolores...

Las putas seguirían emocionadas hasta las primeras luces del amanecer en honor de aquel rescate lleno de guapeza, vecino ya al inmediato adiós de los enamorados, luego de invitar “El Gato” a que los presentes brindasen por ellos.

Y mientras los tres fiambres se desangraban a chorros, uno contra el estaño del mostrador, el otro sobre las frías baldosas

de la pista bailable y el póstumo en un rincón de la tarima de los músicos –sin que nadie se tomara el trabajo de avisar a los aguafiestas de la Policía–, los allí presentes les desearon buenaventura por primera y última vez.

Con los años varios recordarían aquel incidente, que abonó la leyenda de un personaje extraordinario y misterioso, al rescate de una florcilla atrapada en el fango.

–¡¡¡Viva la anarquía!!! –gritó a viva voz el joven de entonces alzando el puño, antes de subir con su prenda a una calesa, que no demoró en recibir las luces bautismales del nuevo día...

Prólogo

Los camaradas lo levantaron de la siesta anoticiándolo de un nuevo desalojo de inquilinos en un conventillo situado en la zona del Once. Debían intervenir. “El Gato” se vistió en un periquete y bajó enseguida encaramándose en el pescante del Ford modelo T, que avanzó raudo hacia el escenario del nuevo drama. Los inquilinos eran familias enteras, con niños, ancianos y hasta alguna parturienta a punto de hacer aguas.

Parapetados entre mesas volcadas y cajones apilados de botellas vacías, los cabezas de familia acopiaban cascotes, encargando a las mujeres la protección de niños, abuelos y enfermos. Armas blancas había pocas. Un par de revólveres, un rifle viejo, escasa pólvora, varios cuchillos de cocina y palos de escoba decapitados. También algunos bidones de nafta y botellas vacías para llenarlas del líquido inflamable. Ese era el modesto arsenal de quienes iban a desalojar por orden judicial los cosacos del Coronel Falcón. Ausente, siendo víctima añeja del camarada Simón Radowitzky, encerrado de por vida en Usuhaia desde tiempo atrás por haberlo fragmentado para siempre con una bomba casera.

Un topo en la seccional de policía les había dado el alerta. La influencia anarquista en el seno de la sociedad era más fuerte que su grado de organización, pese al claro debilitamiento tras las elecciones libres que preludieron la llegada al Gobierno del radical Hipólito Yrigoyen en 1916. La nueva democracia partió en dos a la Federación Anarquista (FORA), mientras se abría un flanco pro bolchevique, influenciado por la Revolución Rusa, en la izquierda del Partido Socialista.

“El Gato” y sus cuatro camaradas pertenecían a la fracción más violenta de la FORA e iban calzados con armas cortas y buena munición. La puntería de todos era proverbial, de manera que la carga de caballería, sable en alto y pistola en mano no les iba a salir barata a los perros de presa de la burguesía. La consigna militante era no dejarse prender vivo, y si la cosa se ponía difícil, escapar del cerco a cualquier coste.

El sonido familiar de una lúgubre clarinada llegó con el repiquetear múltiple y agigantado de cascos mordiendo las piedras de la calzada. Era el toque de carga a degüello.

El plan anarquista era aguardarlos agazapados en una esquina y balearles los dorsales, mientras los inquilinos les enfrentaban con sus rudimentos. Antes se habían ocupado de soltar bolsas de canicas sobre el pavimento, para que los equinos patinasen, descabalgando a sus jinetes. Era una antigua ocurrencia de “El Gato” que atenuaba la carga, desequilibrando la estrategia de ataque cosaca.

Aquello fue un pandemonio más. En vista de las argucias desarrolladas, uno de los jinetes volvió grupas en busca de

auxilio policial, mientras “El Gato” se ocupaba de organizar barricadas.

Los resistentes habían prendido fuego a los cajones, arrojando botellas llenas de nafta con mecha encendida a sus atacantes. Varios de ellos cayeron magullados, con quemaduras de tercer grado, o heridos. También algunos del conventillo. Pero la sirena policial se dejó oír con prontitud, y llegó para todo el mundo la hora de poner pies en polvorosa.

La autoridad ganaría una vez más la partida en el desalojo proyectado, no sin haber pagado un coste. Presa de las llamas el conventillo ardía progresivamente como una gigantesca tea, desprendiendo una densa humareda negra esparcida en la atmósfera ciudadana del Once. Por ello, la sirena de los bomberos no tardó en sumarse a la policial.

En plena fuga y aprovechando la confusión de humillados cosacos, los desalojados y sus defensores se perdieron entre callejuelas y zaguanes vecinos. “El Gato” había divisado a sus compañeros, todos ilesos, encaramándose en el Ford T, y partiendo a todo gas. Pensó entonces que debía arreglárselas solo. No sería la primera ni la última vez que, su felina humanidad escalara ágilmente alguna empinada azotea propicia, zafando. Primero había que agilizar los pies. De manera que galgúeó su maratón, dejando atrás el escenario en llamas.

Delante de él, a unos cincuenta metros un jefe de familia tiraba de un carro con una mujer y dos niños pequeños encaramados. Para desgracia de ellos se les arrimaba al galope un enfurecido jinete sable en alto, intentando capturarles.

Bloqueándoles el paso lanzó un mandoble sobre el hombre, que por fortuna consiguió esquivarlo.

–¡Rotosos de mierda. Vais a pagar lo que vuestros amigos hicieron a mis compañeros! –bramó el cosaco, preparando un segundo sablazo.

“El Gato” no le dio tiempo a desrrijarlo. Lo bajó de la grupa tironeando bruscamente la vaina del sable, y una vez despatarrado le golpeó sin piedad con el puño cerrado, levantándole piezas dentarias y machacándole el rostro hasta dejarlo tumefacto, inerte y respirando con dificultad. La familia observó el palizón en silencio. Hecho un guiñapo, el cosaco yacía inconsciente sobre el pavimento.

Dos golpes más y dejaría de respirar, pensó. A punto de asestarlos miró a los niños.

La chiquilina tendría cuatro años, el varoncito unos ocho. Ella, muy asustada, se tapaba los ojos con las pequeñas manos para no ver.

Si bien el gusano hubiera dado cuenta de todos con su sable, no podía el justiciero rematar la faena sin marcar a esas criaturas con un recuerdo atroz.

Ellos, las pequeñas víctimas propiciatorias de un poder despiadado, y su mirada inocente, salvaron al cosaco aquel atardecer. Nunca lo sabría el magullado canalla, cuando en el hospital recobrase el conocimiento en medio de dolores, vendajes y medicinas.

Ni siquiera alcanzó momentos antes a intuir al sorpresivo atacante que, incorporándose calmosamente tras soltar el guiñapo, montó el chucho del Regimiento.

–¿Tienen dónde ir? –les preguntó.

Los padres asintieron. Tras saludarlos con un gesto, sonrió a los niños. Y alzando el puño anárquico con el vigor de siempre partió “El Gato” al galope corto, picando empedrado con el herraje hasta encontrar, tras descabalgarse e internarse en otras callejuelas poco transitadas, cierto refugio temporal en los altos de un caserón abandonado.

Allí, entre ratas, cucarachas y pilas de diarios viejos, aguardó paciente a que las sombras de la noche autorizaran la búsqueda de un ambiente más confortable, aunque no fuese ideal.

Sería en uno de esos tugurios, pulpería de planta baja y lenocinio en la superior, donde tras esa jornada de pólvora, sangre y fuego, encontraría “El Gato” al gran amor de su juventud.

Epílogo

Deolinda María Luján y su rescatador fueron felices ocho meses exactos. Se llevaban cuatro años y ambos eran hijos castigados por el destino, con la diferencia que a ella la dejaron sin nombre y envuelta en una mugrosa mantilla, sobre una pila de leños recién cortados durante un frío invierno.

Era una chica valiente, como había probado la noche de la unión definitiva de ambos en el burdel, y lo amaba con el cuerpo y el alma.

Sus amigos le envidiaban sin querer la pieza. Ella se acreditaba laboriosa, seria y responsable, además de haber experimentado en carne propia lo que la vida representa para los pobres y desamparados. Ambos eran de pocas palabras. Las necesarias y suficientes para disfrutarse conviviendo en paz en medio de revolcones homéricos, allá donde les viniera en gana.

Todo fue dicha, pasión y compañerismo en aquella pareja singular hasta que el destino les jugó una mala pasada.

La peor posible.

Embarazada de siete meses, la moza sufrió un desmayo, resbalando al subir al estribo de un tranvía cuando retomaba la marcha, y las ruedas traseras completaron la fatalidad el Día de la Primavera de 1918.

Mientras las rosas florecían en los parques, plazas y campos de Buenos Aires, la que perfumaba la vida de “El Gato” se extinguió brutalmente junto con la semilla de ambos.

Su hombre, frustrado padre de un varoncito según la autopsia, y lleno de dolor ante la doble pérdida, vagó como un fantasma los tres meses siguientes. Sobre el Año Nuevo aún parecía otro, desinteresado absolutamente de la existencia y el combate revolucionario de signo anárquico. Sin embargo, los camaradas le abrieron de par en par la puerta de casas y corazones, confortándole, hasta que el viudo empezó a recuperarse no sin dificultad de su oscuro duelo.

Esa muestra de solidaridad en la desgracia lo acompañaría el resto de su vida. El imborrable recuerdo de Deolinda María también. Él la había rescatado de un infame tugurio, ella a él del desamor, humanizándolo. Esa niña luminosa era su media naranja, sin duda alguna.

Además, el perfume de la juventud aroma los amores impregnándolos de frescura y espontaneidad sin parangón en otras etapas de la vida.

En lo sucesivo y durante mucho tiempo, a ninguna otra mujer amaría “El Gato” tan intensamente. Aunque doliera tanto recordarla...

III. LA MEMORIA DEL TIEMPO II. LA PREHISTORIA DE OTRA HISTORIA

“El Gato”, al que tantos sátrapas consideraban un hijo del Infierno, fue concebido por dos enamorados de la vida y las nobles causas. Inmigrantes acriollados, no llegaron a matrimoniar jamás pese a hacer vida en común. El motivo era ideológico y de principios.

Eran anarquistas.

La de sus progenitores fue una historia de cariño y lealtad que truncó la muerte, seriada en un cierto espacio de tiempo, de Oriol Ferré y Janice Boyer. De origen catalán él, francesa ella de madre italiana. Oriol, que oficiaba de traductor en lengua inglesa y francesa de textos clásicos, era amigo de la infancia de Francesc Ferrer i Guardia y, cuando se enteró que padecía persecución y acoso constantes, resolvió volver a Cataluña, no sin cavilar largamente la decisión final, respaldada como siempre por su amada.

Entonces Jean Louis cumplía ocho años. Y desde la partida no volvió a ver a su padre.

Ferrer i Guardia fue finalmente encarcelado y luego le fusilaron. Entre uno y otro episodio, el cuerpo sin vida de Oriol amaneció sobre el catre de una pensión catalana.

Había sido estrangulado tras un largo tormento, según comprobaron los forenses. La abnegada Janice, que en su infancia padeció privaciones y floja salud, ya presentaba claros síntomas de tuberculosis poco después del parto, y los médicos le prohibieron viajar a por los restos mortales de su compañero. Entonces, la navegación era el transporte único entre dos continentes.

Oriol fue el mejor padre para un hijo que lo recordaría siempre como ejemplo de conducta y principios en la vida. Era un filósofo positivista que alejaba de sí todo vestigio de rendición ante la adversidad.

“Recuerda, hijo” –le decía– “El pesimismo es la cesión emocional que anuncia una segura derrota de los principios y la inteligencia”.

Luego envió semanalmente una carta a la mujer y el pequeño. Los párrafos imborrables que leía y comentaba su madre realizaron el gran catecismo del credo libertario que el último grabó en la memoria y el corazón.

Cuando Janice fue anoticiada de la muerte de Oriol, su estado de salud se agravó.

Falleció cuando Jean Louis cumplió los doce años; consciente de que su padre había sido asesinado en Catalunya. Por suerte, quedó a cargo de un primo lejano de su madre. Otro anarquista francés, soltero, culto y de buen carácter; aunque muy inclinado a la bohemia. Gascón Gramillard fue, más que un padre postizo que no podría reemplazar en los sentimientos del hijo al progenitor ejemplar, su mentor y amigo desde entonces.

Soltero impenitente y donjuán vocacional, era escritor de novelas populares y artículos en la prensa anarquista. Pero sus excelentes renglones solo le permitían agregar un poco de buen vino, algunas viandas y amistades a su vida cotidiana. Regentaba una pequeña librería en el barrio de Flores, atendida a medias con Oriol hasta su partida, y de tanto en tanto flexionaba músculos y extremidades paseando por las calles porteñas con un organillo y el loro correspondiente, de nombre Mikhail (por Bakunin), de pico extractor de las coloridas tarjetitas de la suerte, destinadas a las parejas o las damas que se arrimaban a su apostura.

Gascón, que ya rondaba los cuarenta años, era un hombre guapo, de pelo negro y ojos tan verdes como los de su fallecida prima y el pequeño Jean Louis, estos últimos ligeramente más brillantes y agudos con el tiempo.

El tutor se empeñaba en enviar al pequeño a buenos colegios, y de vez en cuando le permitía acompañarle con el organillo, pasando el plato tras los oficios de Mikhail. No lo hacía por dinero, aunque no les sobrara, y en el fondo ambos se divertían, principalmente el tutor, ligándose a varios ejemplares sin prestar atención a su estado civil, lo que en más de una ocasión

le condujo a situaciones de riesgo y diversas fugas poniendo pies en polvorosa.

De manera que, a quien llamarían más tarde “El Gato” se crió entre libros, principios anárquicos y solidarios, cierta disciplina escolar y el vagabundeo bohemio en la calle. Caminando empedrados robusteció su carácter, desarrollando una especial agudeza en la lucha por la vida. Tampoco faltaron en su adolescencia las hembras sabrosas, persiguiendo en un primer momento al apuesto Gascón; muchas de ellas meretrices, aunque dueñas de corazón y piernas generosamente abiertas a su curiosidad.

En realidad, fue otra dama, más vinculada a la cultura desde su labor de bibliotecaria socialista, la que le desvirgó dulcemente con quince años. Viuda ella, le doblaba la edad y era una mujer de corazón tierno. No solo le brindó su cuerpo maduro; durante algunas temporadas fue una amante discrecional. Disfrutaban mucho juntos, hasta que Leonor, así se llamaba esta morena vivaz e inteligente, consiguió al fin un buen hombre para el matrimonio. Conservó, sin embargo, con Jean Louis relaciones fraternas y medianamente asexuadas, menos en los dulces y trasgresores aniversarios del machimbrado inicial que se sucedieron.

Otras actividades románticas del atractivo muchacho de verde mirada felina las desarrolló con varias meretrices; jóvenes la mayoría, a las que en más de una ocasión defendía de los proxenetas a punta de navaja. Esa habilidad era propia de su instructor. Gascón, bohemio e ilustrado, se revelaba un hombre de acción, muy habilidoso con armas de fuego y sevillanas.

Habiendo practicado el boxeo y el judo en su juventud, conservaba un cuerpo fibroso y entrenado en ejercicios caseros o combates a brazo partido con la policía.

Había intervenido en el asalto a bancos para la causa y le enseñó a operar vinculándole a la FORA más rebelde. El tutor se había cargado algunos cosacos del Coronel Falcón resistiendo desalojos, sin guardar cargo alguno de conciencia. Ese también fue parte de su legado.

De vivir los padres de Jean Louis otro hubiera sido su destino anárquico, quizá algo más teórico y hasta profesoral. Pero, siendo Gascón una afilada astilla del mismo palo, influyó decisivamente en su formación política y personal. Además, se unía a ese anarquismo extremo y violento en su joven protegido un sentimiento de venganza por la muerte de Oriol y la posterior desaparición de Janice, que no dejó de inculcarle.

“El sistema te dio la orfandad. Devuélvele tu desprecio.”
—comentaba el tutor y camarada, sin que le faltara razón.

Sobre los dieciséis años a Jean Louis ya apodaban “El Gato” sus camaradas. Era un rubio cenizo de rasgos firmes y mirada felina que perfilaban los calendarios. A diferencia de Gascón, pensaba más y hablaba menos. Era un gran observador de fuerte temperamento, con una reserva de carácter que sorprendía a todos por su bisoñez. A algunos inspiraba respeto, a otros, temor, y a la inmensa mayoría una inquietante mezcla de ambas cosas.

Era arrojado, valiente y con una voluntad de hierro a su disposición, aplicadas a una reflexión inamovible: “La verdadera

tumba de un hombre está en su propio cementerio. Si abandona los principios para salvar el pellejo su espíritu muere, aunque la carne y los huesos le sobrevivan”.

Iba por libre en la militancia. Fue así desde temprano. Su modelo constituía una mixtura familiar entre la sensibilidad de Janice, los principios de Oriol y la maravillosa bohemia romántica, mezclada con contundencia urbana de Gascón, fallecido a causa de una peritonitis detectada tardíamente, a la edad de cincuenta y dos años, cuando él iba a cumplir diecinueve.

De todos ellos absorbió rasgos emocionales y enseñanzas, agregándoles una personalidad singular, e impresionante desde su juventud. Eso, supo después, le condenaba a la soledad. La realización de su singularidad partía del extraordinario impacto que causa un unicornio entre el ganado caballar. No conoció novias como la mayoría de los jóvenes por una razón íntima y abrumadora en su consecución. Temía dejar viuda a cualquier mujer y huérfanos a sus hijos, como su padre dejó sin querer a su madre y a él mismo. No era el caso de Gascón, farrista algo loco y juntado varias veces en la juventud, con mujeres que se hartaron de su bohemia pertinaz. Su desaparición borró de la agenda íntima al mejor amigo y camarada, nunca reemplazado.

Mikhail murió de nostalgia poco después. De manera que Jean Louis aparcó para siempre el organillo, reteniendo para sí el vals que la manivela permitía desgranar y que incluso bailaban las parejas de los barrios porteños, que su mentor y él transitaron codo con codo algunos años.

Huérfano absoluto, “El Gato” se acostumbró a la soledad de su pieza humilde, ya en el Dock Sud, atiborrada de textos revolucionarios y novelas de autores clásicos. Como buen anarquista adoraba la ópera y la voz de Enrico Caruso, desgranada en discos de pasta desde un fonógrafo a manivela; sin descartar las armonías clásicas o románticas. A veces mateaba con otros anarquistas, gente de la FORA o libertarios espontáneos como él. Había vendido la librería tras la muerte de Gascón y guardó el dinero. El que le producían las expropiaciones bancarias, realizadas en solitario y con gran pericia, sin hechos de sangre, lo destinaba un noventa por ciento a la causa. Reservándose el restante por si debía ocultarse por un tiempo.

Esa facilidad de atraco iba a desvanecerse en pocos años. El país ingresaba con la Ley Sáenz Peña en un periodo democrático de cierta modernización y vigilancia más estrecha del negocio bancario. No obstante, aún quedaba un pequeño espacio operativo, y como vimos en un previo capítulo, se relacionó con el descubrimiento del amor...

IV. LA HUELLA DE “EL GATO”

Había dejado picada a la Gurmendez Solano y ella le llamó por teléfono. En una semana fueron diez timbrazos en serie, que él, ocupado en leer clásicos y ensayos políticos, no respondió. El plan de caza y captura funcionaba a todo gas. Nadie salvo la pelirroja pudo solicitar la conexión. La raya venenosa había mordido el anzuelo.

“El Gato” no alzó el auricular hasta la número once. Nada como jugar con la ansiedad del otro, perseguido por culpas sofocadas que dan lugar a nerviosismo y ansiedades compulsivas.

Él era un experto en excitarlas.

Fue un viernes por la tarde. Señal que querría verle esa noche. Y así fue. Quedaron en que ella lo recogería desde su limusina en la puerta del edificio de apartamentos sobre las veintiuna horas.

Cuando ingresó al asiento trasero, de puerta abierta por un chofer uniformado de botas negras y visera, ella le soltó una bofetada, que su agilidad supo atajar a centímetros de su mejilla con felina precisión.

–¡Grandísimo hijo de puta! –farfulló ella por lo bajo, mientras el vehículo retomaba la marcha.

–Tuve que viajar, nena. Surgió un negocio. Y no tenía tu teléfono. –dijo, besando suavemente el dorso de la aleta agresora mientras le acariciaba la entrepierna bajo la falda.

Ella suavizó el gesto, relajándose, aunque enmudeció. Por el recorrido resultó fácil adivinar que lo llevaba a un sitio discreto. Cierta restaurante de lujo en la zona de Recoleta, con reservados iluminados por candelabros para que las parejas cenaran por todo lo alto en la intimidad. Atención obsequiosa y discreta; cocina de la mejor.

–¿Qué vas a pedir? –preguntó, repasando la carta.

–Que me cojas, si tenés huevos. No te busco para hacer sociales. –respondió desafiante.

Repasó la carta con lentitud. Podía sentir su impaciencia de gata en celo; entonces dijo:

–Todo a su tiempo. El deseo debe posponerse hasta que se imponga por sí solo. Primero debemos yantar frugalmente, beber poco a poco sorbos de champaña, y pedir un postre.

La hetaira vestía un conjunto veraniego escarlata, de hombros desnudos y escote pronunciado. Esa asesina sin escrúpulos era una mujer atractiva, y salvaje a flor de piel. Sugestivas facciones amelocotonadas en la piel tersa y un cuerpo escultural contorneaban la fruta envenenada. Ciertas serpientes de bellas formas y colores también fascinan a sus presas, antes de engullirlas.

Sin embargo, esta vez la presa era ella.

Cenaron en silencio. En realidad, apenas probaba la pierna de pollo y guisantes, mientras lo devoraba con los ojos. Muy calmo, él hundía tenedor y cuchillo en un buen bisté medio hecho con champiñones y salsa verde, hincando el diente mediante pequeños bocados, sin quitar un solo instante la vista del plato.

No parecía prestarle ninguna atención.

–¿Es una técnica, verdad? –deslizó ella– La utilizás con todas...

Él alzó los ojos verdes enfrentando los suyos, de gama tan violácea como el vestido.

–Me lo tomo con calma mientras saboreo mi ración. Destino los ardores a otro ámbito.

De pronto sintió que el pie desnudo de ella se posaba en su entrepierna.

–Estoy poniendo el ámbito a punto, querido. –al decirlo se inclinó, insinuando los pechos abundosos y prietos en el sujetador.

Parsimonioso, “El Gato” palpó sus labios con la servilleta de encaje, e incorporándose calmo la aferró con súbita violencia por los cabellos, arrastrándola hasta un cortinado de raso contra la pared, dónde le obligó a arrodillarse con pulso firme mientras ventilaba la bragueta del pantalón, liberando su gran pene erecto.

El reservado se prestaba a todo, y él supo sacarle partido a la felación; lenta al comienzo, frenética luego, hasta que la echó al piso salvajemente, desgarrándole el sujetador y la braga de encaje. Entonces le apretó los pechos de grandes aureolas, endurecidas por la excitación, arrancándole gemidos y hasta un grito, que ahogó con la palma de su mano al tiempo que la penetraba lentamente.

–¡Qué me hacés, hijo de puta! –bramó con los ojos encendidos.

–Darte lo que merecés... –respondió calmo en el vaivén.

Ella se estremeció de norte a sur, amagando nuevos gritos de placer bajo los ojos de él, relumbrando fieros. “El Gato” volvió a taparle la boca con la palma de la mano mientras la forzaba, manoseándola a fondo con la otra sin pronunciar palabra.

Seguidamente reemplazó la palma por sus labios y una lengua invasora, que ella empezó a chupar como una posesa, mientras se corría sacudiendo la pelvis.

–¡Me calentaste la pava. Silencioso y apareador como un gato, desgraciado!...

Era la pura verdad. Así le decían en vida. Pues, técnicamente estaba muerto.

De él ni siquiera quedaban cenizas, presuntamente volatilizadas en el incendio del rancho el último invierno, que ella y el marido habían ordenado.

Reconvertido por un buen disfraz, su fantasma viviente sabía administrar la cuota de placer que una furcia como aquella precisaba para caer en sus afiladas garras.

Lo acontecido en el reservado fue el prólogo de lo que sobrevino luego en la mansión de los Gurmendez Solano. Ella le había murmurado entre jadeos y orgasmos que el consorte dormía casi todo el día y al completo en las noches. El jodido era impotente y estaba en la lona. De la imponente mansión del barrio de Belgrano era tan luego dueña y señora.

El marido tenía ochenta y tres años.

–¡Durante algún tiempo tuve que complacerlo de mil maneras noche tras noche para que se casara conmigo, después que su puta mujer la diñara de una vez por todas!...

Había sido su enfermera. Y ese “la diñara de una vez por todas” sugería una probable eutanasia no deseada. Otro crimen planificado con frialdad y ejecutado por mano propia.

–¡Ahora quiero disfrutar de un macho de verdad. Y vos llegaste justo. Aunque más que británico parecés un apache francés, Alberto!

Seguía sin ir desencaminada. Jean Louis Ferré, el falso Alberto Perkins, era, además un campeón de la continencia. Más aún ante aquella aborrecida y para otros tan deseable hembra.

Desnudos como Dios y el diablo los trajo al mundo, copulaban con lascivia, entre sentimientos escondidos y emociones desatadas.

–¡Pegáme. Quiero sufrir! – le rogó postrada a sus pies, volviendo a mamársela.

No le costó satisfacerla. Propinarle unos cuantos sopapos era lo que más deseaba, pero controló la fuerza de cada revés, mientras, sometida, ella gozaba como una loca, sus cachetes enrojecían y de los labios rojos brotaban algunas gotas de sangre.

–¡¡Nadie me llevó a este emputecimiento. Sos fino y bruto a la vez. Un fenómeno desconocido hasta hoy, y eso me trae de cabeza!!

Desnuda y con los tacones altos de calzado abierto en la primavera, estaba de miedo. Sus chupones quemaban, y loca por él se entregaba entera, hasta el punto de llevarle al borde del orgasmo, tan aborrecido en la ocasión.

Con las putas una parte de “El Gato” se entregaba gustoso. Pero aquella era de otra clase. Tampoco había otra forma de procurarle la ruina que adobarla con todo aquello para rendirla, empleando a fondo su veteranía pasional.

Por momentos entraba en contradicción fragante. Pero el recuerdo de los muertos lo devolvía al sacrificio.

A cara descubierta tenía garantizada otra tumba sin nombre. Habían dado su vida por una huelga; ni siquiera por una revolución. Con ellos no hubo piedad. Y juró vengarlos. Ese compromiso de honor militante exigía los tributos insalvables de un samurai criollo.

En el frenético mete y saca, la mandamás de La Tejedora del Sur, comadre de mafiosos encumbrados y esbirros asesinos, le rogó entre quejidos y babas que le rompiese el culo sin miramientos. Quería sangrar por detrás y mezclar el dolor con tanto placer.

Y “El Gato” no se hizo desear. La sangre de los suyos exigía que manase la de sus victimarios por el orificio que fuera.

Los de ella en primera fila. Después vendrían otros.

De momento, no toda la sangre que podía verterse para reparar cinco asesinatos a mansalva, ordenados por esa misma voz y ese cuerpo, enredado entre sábanas, sudores y quejidos de placer con el suyo.

El del vengador frío e implacable.

Solo podía disfrutar un pequeño anticipo que anunciara la definitiva sangre. Y la vertió sin miramientos con su enorme polla, desgarrando el ano aquel. Ella gritó de lo lindo, entre risas y lágrimas aferrando la almohada, pidiendo más y más, mientras

entre las humedades de ambos manaban espesos filamentos rojizos en el entrevero.

–¡Sos el primero en hacerlo. No se lo entregué a nadie!

Pronto lo iba a perder...

En la inopia, había respondido con quejidos y alguna suave puteada. Sabía disfrutar del sexo perverso y se la estaba pasando en grande, como la condenada a muerte unas semanas antes de marchar al cadalso.

El amanecer los sorprendió en plena sesión continua. El lecho yacía empapado de sangre seca, aureolas de semen y flujos, mientras ella rogaba encendida nuevas raciones de lujuria.

En un momento dado, “El Gato” advirtió que a sus espaldas la puerta del lujoso dormitorio se entreabría, y en tanto la mujer disfrutaba penetrada una y otra vez por su gran vigor, el espejo del *boudoir* reflejó unos instantes la canija figura del señor Gurmendez Solano en pijama, esbozando la mueca más parecida a una perversa sonrisa que vieran sus ojos.

La imagen lo llenó de asco, mientras seguía trabajándose a la dueña del circo. Ella deseó volver a la pose del misionero para gozarlo cara a cara. Quería comérselo. Entonces asomaron en el varón terribles recuerdos e instantáneas de pesadilla.

Desfilaban ante él Osvaldo Santillán, troceado como una res tras el tormento y entregado a las alimañas del Riachuelo. Y las desgarradoras imágenes de Ciro, Vittorio y Frank,

desplomándose heridos de muerte en el rancho, convertido en una nube de sangre y plomo.

La sangre de los suyos salpicaba las paredes de barro y adobe mientras él alzaba el tablón que abría el improvisado trastero con el brazo herido, arrastrando a Frank, que aún respiraba hasta el agujero; y contemplándolo un instante bajo la lluvia de balas al comprobar que el chaval croata también devenía cadáver. Hasta luego emerger del mismo acribillando con su Colt a los dos policías que cargaban los bidones de nafta en la segunda inspección.

A esas trágicas secuencias se sumaron las del fuego encendido por su cerilla, devorando maderos junto a mala y buena entraña muerta. Era una escena apocalíptica de feroz trazo que invadía su recuerdo sin cesar.

Esa mujer que yacía bajo su cuerpo, gozándolo, era una de las cabezas del genocidio.

Demasiado fuerte el contraste entre lo que estaba faenando y debía hacerle en realidad, pensó. Si bien podía considerarse aquello un anticipo de lo que aguardaba a los Gurmendez Solano, se dejó llevar por el odio y el espíritu de venganza hasta un extremo peligroso.

La tensión le había ganado el cuerpo hasta el último poro. Y no tardó en percibir que sus fuertes manos aprisionaban cada vez con más fuerza el pescuezo de aquella mala yerba, prendida como una enredadera a su cuerpo. Ella lo miraba extasiada, dejándose llevar por la falta creciente de oxígeno. Consideraba sin duda el estrangulamiento como otro simulacro de combate.

¿Quería tal vez morir, expiando así pecados terribles, o era el placer que algunos desquiciados practican con una soga colgando del techo, excitando la libido hasta el borde del abismo?

Consciente al fin de que ese número no formaba parte del plan, aflojó el tiento, al tiempo que ella respiraba hondo derramándole un estridente polvo.

–¡Ha sido impresionante lo que acabas de hacerme. Quiero que lo repitamos siempre!

Él deseaba terminar la faena. Pero no podía eyacular cara a cara con aquella bruja. Sin más la dio vuelta en cuatro patas, y con el culo en pompa le echó su polvazo final por el conducto, acompañándolo de rudas imprecaciones que ella recibió alborozada.

Tras el *tour de force* sobrevino la pausa inevitable de los comentarios.

–Mi marido tiene constantes pérdidas de memoria, y un corazón muy débil; aunque nunca termina de morir. –deslizó ella, cuando “El Gato” refirió la fugaz aparición del anciano durante el coito.

–¿Por qué no ayudarlo? –dijo él como al pasar.

–Lo pensé muchas veces. Pero una cosa es hacerlo viudo. Otra que enviude yo así, de golpe. Con Barceló nos entendemos pero este otro viejo de mierda es un personaje importante. Y los

periódicos no lo pasarían por alto. Los de *Noticias Gráficas* nos tienen muchas ganas. Dicen que somos unos negreros.

–Hay procedimientos más naturales que no espabilarían a nadie. –señaló el falso inglés con parsimonia, encendiendo su pipa de cedro surtida de buen tabaco aromado, mientras ella le servía un copón de coñac, dedicándose otro.

Apenas había pronunciado palabra y ahora debía ser convincente.

–Visité la India una temporada. Para tu gobierno es junto a nuestro país la más próspera colonia de mis antepasados. Ellos dejaron amigos allá. Y me traje una poción infernal basada en curare, utilizada por los estranguladores Thugs, sirvientes de la diosa Kali, para rematar sus víctimas. No deja huellas, de administrarla con cuidado.

La mujer le acarició la ancha espalda, cruzada por algunas cicatrices horizontales.

–¿En la India te dejaron estas otras huellas?

Era un recuerdo de Ushuaia, aunque él lo adaptó al folclore de su personaje.

–Caí en la trampa que me tendió un brahmán de muy mala leche.

–Seguro que te encamabas con su favorita.

–No. Con la hija, casada desde los quince años con otro de la casta. Después pidió guerra su prima y por último la consorte. La única yegua de verdad que tenía el brahmán. Y estaba buenísima.

La pelirroja se relamió de satisfacción. Ahora aquel macho le pertenecía.

El “brahmán” de la fábula era en realidad Jefe de Guardianes del Penal. Lo había destinado a la cocina hogareña por sus ciertas habilidades culinarias. Y una tras otra, las mujeres de la casa lo tomaron por asalto. De aquello se salvó raspando de morir al interceder ellas. La inhóspita realidad carcelaria del Sur y los azotes eran la porción verídica de la fábula.

–Por lo tanto debiste volver pitando a Buenos Aires. –dijo ella, lamiéndole las cicatrices.

–Tras sobornar a mis carceleros con ayuda de los amigos. Pero como quien me la hace me la paga, lo afeité antes de partir con esto. –dijo “El Gato”, pelando una sevillana de resorte que había ocultado bajo la cama.

La otra realidad de su apetente filo toledano, que ella observó fascinada.

Con gusto lo hubiese envainado en su cuerpo allí mismo. Era otra tentación que debía descartar, por fuerza mayor.

–Siempre la meto bajo la cama. La mía o de quien sea. Los secretos sexuales de una mujer –le explicó–, llegaban a ser peligrosos de asomar el tercero de la vicaría infiel la nariz. Tu

marido apareció hace un rato, siendo inofensivo; al menos en estos casos.

Ella encendió un cigarrillo, y tras pitar hondo, dijo:

–Otros varones no lo fueron tanto. El director del orfanato donde crecí me violó desde los cinco años hasta los diez. Después de cada sesión me encerraba en un armario como el que ves ahí. Era para que me desahogara gritando, de impotencia y desesperación, sin que me oyeran. Me dijeron que mis padres habían muerto en un accidente ferroviario. Era mentira, lo supe después. En cambio, él murió de verdad... fulminado, al pisar un cable pelado cuando salía empapado de la bañera.

Durante el último tramo de su trágico relato sonreía, llena de malicia. Ella también sabía vengarse. En eso se parecían.

“El Gato” enmudeció. La furcia inmisericorde y hedonista era una de las tantas víctimas transformada en victimaria. Lo opuesto de su dulce niña, Deolinda María Luján, rescatada por él de la esclavitud sexual, cuya vida segaran, junto al embarazo de un varoncito, las ruedas de acero de aquel maldito tranvía.

–Habláme de tu pócima hindú. Me interesa. –pidió ella, restando importancia a la previa confesión, mientras esparcía volutas de tabaco quemado.

El cebo del veneno había surtido efecto.

–Es de administración lenta. La próxima vez traeré una muestra. –respondió él con cierta suficiencia, bebiendo un sorbo de la copa.

A ella le relumbraron los ojos. Aún estaban desnudos y sin ducharse, pero no fue obstáculo para que aplastase impaciente el pucho contra un cenicero de mármol e iniciase una nueva fellatio.

–¡Ésta es mi respuesta, cabrón! –exclamó, pausando tres segundos el ejercicio, para continuar con el frenesí de siempre.

Bruscamente zafó él.

–Por hoy se acabó la joda. –dijo, y sin siquiera pasar por la ducha ni prestarle atención de ninguna clase, procedió a vestirse...

Prólogo

El listado vindicador era la previa respuesta a un pormenorizado estudio de los responsables y ejecutores directos de la masacre.

El tour de sangre se iniciaba con los dueños de La Tejedora del Sur, por ser el que llevaría más tiempo de ejecución. La táctica de comerse la Dama voltearía al Rey canijo. Mientras tanto se ocuparía, uno por uno, de los policías que acompañaron a Barragán en la masacre.

Contaba para ello con un listado que Lucio Gonçalves, “El Imprentero”, obtuvo a cambio de unos pesos. Éstos eran peones fáciles de voltear en el tablero.

Antes de iniciar su raíd, había pormenorizado detalles importantes. El más escabroso fue el previo asesinato de Osvaldo Santillán, obra del miserable Barragán, en procura de otra hembra: su mujer. En eso andaba el lobo feroz de labio leporino, acosándola y con una beba muy enferma, ya a punto de morir.

Al parecer la estaba engañando, haciéndole creer que el marido estaba encerrado en Usuhaia. A cambio, desarrollaba su trampa bajo la amenaza de que le fuera peor en el penal. Se la quería amancebar, y quizá no tardase en hacerlo a cuenta de su indefensión.

Aquello era nefasto por lo que le tocaba a la pobre; pero debía ser fuerte y resistir.

Por ahora no podía ayudarla. Liquidar al fulano sin más era alborotar el avispero antes de tiempo. Quizá varios en el mundo del hampa querrían hacerlo, pero no era fácil librarse de las consecuencias siendo el can mayor del comisario Muleiro.

Aún no sabía cómo lo despacharía, aunque de momento primaba en su estrategia el obrar silenciosa e inadvertidamente con la pelirroja.

Pensó en Teresita, su linda sobrinita, a la que sedujo mientras trabajaba en la fábrica y que ahora pasaba una temporada en Londres. Ella había impedido su despido influyendo al tío, con el cuento de que el proletario aquél era inofensivo, habiéndola salvado por falsa casualidad de un robo al salir de una sucursal bancaria.

Todo fue un montaje realizado con algún amigo de la Isla Maciel en silencio, y a sabiendas de que debía activar ciertos trucos para imponer la justicia.

Hasta una huelga con ocupación incluso, ya de capa caída las expropiaciones y los enfrentamientos, a causa de la moderna operativa policial.

El país de los años treinta no era el de los diez o los veinte.

La sobrina de los Gurmendez Solano distaba de ser virgen cuando se la llevó al catre, pero a partir de entonces le fue fiel a muerte.

Supo enamorarla tan perdidamente como meses después lo haría con la tía. Con la diferencia que la cabecita loca no estaba podrida. Estudiaba economía por imposición del tío, pero amaba la literatura. Sobre todo, los clásicos. Y a “El Gato” le encantaban. Él mismo era el clásico sobrevivido de una época.

De la tía le gustaban bastantes menos cosas. La sabía casquivana y con un pasado rumboso. Su belleza era un ramalazo del infierno. El sapo aliñado en especies que debía tragarse en la tarea de seducirla.

Una de las pupilas veteranas de El Farol Colorado, el prostíbulo de los Barceló, dijo una vez, según Gonçalves, conocerla a fondo. Regenteando un burdel de mala muerte, la entrenó cierto tiempo en las dudosas artes del coito masivo.

El lacerante rumor se expandió tan rápido como se desvaneció, junto a la vida de aquella infidente. La encontraron abierta en canal con los chinchulines a la fresca en la zona portuaria, dentro de una barcaza medio podrida.

Otras lenguas muraban que la joven de turbios orígenes era hija ilegítima de Don Alberto, y que, anoticiado un día el caudillo, la rescató de la mugre brindándole un techo confortable y estudios. Ella aprovechó la paternal “gauchada” graduándose en enfermería y luego, a instancias del protector, conoció al viejo

Gurmendez Solano, desposado con una mujer muy enferma y sin hijos a la vista, que la fulana cuidó hasta su fallecimiento. Tras el deceso, matrimonió con el viudo, reforzando el poder del progenitor.

Administrando la carambola, Barceló demostraba su amor filial y sentimiento humanitario.

Protegida por el ala del gran cuervo, la pelirroja no era presa fácil para nadie. La brevedad de los amoríos en la agenda quedaba sujeta a su capricho. Se hartaba pronto de los amantes, seleccionados entre la *jet set* porteña, o los ambientes teatrales, cuando no en los cabarets de postín que solía frecuentar de vez en cuando.

La capacidad seductora de “El Gato” era empero considerable, abarcando las variadas especies de todas las clases sociales. La razón de semejante poderío radicaba en una personalidad magnética, envuelta en esa aura cargada de misterio y fascinación. A ello sumaba apostura y *glamour*. Pero lejos estaba de cultivar el don. Odiaba profundamente a los gigolós, y cualquier pederasta o macró que explotara mujeres.

Los “levantes” que tanto enorgullecían a sus congéneres tampoco le interesaban. Frecuentaba, eso sí, a sus queridas putas, que lo desahogaban generosamente. De ellas no aguardaba puñaladas traperas. Era el amigo que escuchaba sus cuitas, aconsejándolas y protegiéndolas en lo posible.

Para alguien como “El Gato”, formado en la Anarquía y los espacios libres, el factor social primaba en el *placet*. En consecuencia, y habiendo sobrevivido a una masacre de los

poderosos, la tarea inmediata era ejecutar su plan. Había ingresado a La Tejedora del Sur buscando reciclar una militancia solitaria en el marco colectivo, según indicaban los tiempos, y lo consiguió en poco menos de un año.

Estimaba a sus compañeros y ellos a él, con todo lo extraño que lucía en materia de costumbres y desplazamientos. Oficialmente vivía en el ranchito, situado en un descampado de los suburbios, no muy alejado de la fábrica. Pero en las noches paraba lejos, en viviendas desconocidas que nadie tenía intención de conocer, salvo la policía en los últimos tiempos.

Con frecuencia jugaba como centro *half* en partidos de fútbol que sus compañeros concertaban con los de otras fábricas y talleres. Era un goleador absoluto que sus contrincantes no podían detener vecino a cien metros del arco, ni los guardametas atajar el balón, pateado con impecable estrategia contundente.

Y el cometido vindicador consistía en meter unos cuantos goles de los otros. Tan temidos por la mala conciencia de los que entregaron su vida al crimen, con tal de conservar los privilegios.

Epílogo

Se vieron, luego de varios días esquivándola. Estela Gurmendez Solano aceptó el tranquilo. La había trastornado con causa. Varias razones lo explicaban. Ella tenía cuarenta y tres años bien llevados, que señalaban una creciente indefensión emocional frente al paso del tiempo. El sepulcro de cualquier conciencia no indica el previo funeral. La supervivencia opera bajo formas que el sepulturero acusa en las carnes y el alma. Atormentada por la ambición y el deseo de nuevas emociones, quería sacarse de encima a un anciano canijo que no terminaba de morir y, probablemente, la vieja fractura interior de su niñez horrorosa le pedía una tregua, mediando el amparo sentimental. En el fondo, era supersticiosa y mitómana. La presencia imponente de “El Gato”, pese a su disfraz mundano, la llevaba de cabeza.

La táctica de rebajarla y someterla encajaba en su personalidad, caprichosa y voluble. Le estaba diciendo todo el tiempo “Eres una mierda” y ella no podía resistir esa realidad, pues se la compensaba follándola como nadie.

¿Podría decirse que entre el predador y la presa mandaba la mutua atracción? Solo el amor por la muerte en ella y el interés de él en promovérsela. Ambos estaban interesados en liquidar al viejo por diferentes motivos. Opuestos, si se quiere. Ella quería mandar sin obstáculos vengándose del marido; “El Gato”, vengarse de ambos, utilizándola.

¿Cómo?

Se vieron por segunda vez en el bulín y copularon como lobos. Desnudos en el catre, entre las sábanas de seda negra que el

inquilino había dispuesto en la ocasión, le entregó el frasco prometido.

–Este veneno se administra gota a gota. Una con el café con leche, la otra con el té, durante diez días. Después bajas la ración a una gota hasta completar la hoja de un calendario. –señaló en un resuello, agregando– A los diez días volvés a la doble ración hasta que la palme. Este menjunje no deja rastro en la sangre, aunque afecta el riego que bombea el corazón.

Ella lo besó con pasión y entre dientes musitó.

–Tengo planes para nosotros una vez suceda. No quiero estar sola.

–No lo estarás, nena. – le dijo, imaginándola en la celda del sombrío pabellón en la cárcel de mujeres, encausada por asesinato. Luego la penetró enmudeciendo el desprecio, según su costumbre.

Aquella misma semana, a dos de los seis policías que habían participado en el ametrallamiento del rancho se los llevó por delante un tren de carga.

En apariencia, habían cruzado con su automóvil, una infausta noche, el paso a nivel cerca de cierto rancherío, sin respetar la luz roja que anunciaba el trasiego del convoy.

Atravesar esas vías era la ruta habitual del dúo para volver a casa tras una dura jornada guardando el orden de los poderosos.

La realidad que abordaron fue otra. Unas tachuelas de buena punta petaron los neumáticos del cacharro poco antes del cruce. Cuando los fulanos descendieron, puteando al comprobar la avería, el guardavía se les acercó amistoso hasta que su Colt, apuntándoles la testa, les cambió la mala uva y la sorpresa por el pavor.

–¿Y las Thompson que emplearon entonces, dónde están?
–dijo, abriendo la puerta trasera del Ford negro.

Los tipos se miraron y, tras observarlo, uno de ellos murmuró aterrado.

–Es un fantasma. No puede ser él. Usted no se le parece...

“El Gato”, con el aspecto cambiado, pero no tanto en el brillo de sus ojos, dibujó una corta sonrisa asintiendo.

–Pero resulta que soy nomás. Para que ustedes dejen de ser...

Uno de ellos se orinó encima. El otro respiraba agitado en medio de un súbito ataque de tos.

Se la veían venir.

–Es el del rancho. Barragán me enseñó su foto antes de aquello... el tipo más peligroso de todos. –farfulló el meado.

–Nadie es perfecto. –murmuró el aludido, amartillando el caño.

Las barreras de madera estaban alzadas y el auténtico operario yacía narcotizado dentro de su caseta, con un jarro de café volcado entre los dedos.

Luego de retornarlos a las butacas delanteras a punta de Colt, “El Gato” les forzó a situarse en las vías, atontándolos a culatazos sin desvanecerlos, minutos antes de que la locomotora del convoy se los llevase por delante con gran estrépito. Boqueaban atrapando el aire sin gritos ni palabras.

Padecían la breve agonía de estar atrapados y desfallecientes en una trampa de hierro, a merced de aquella mole arrolladora que se les venía encima.

Equivalía a lo que sufrieron sus compañeros en el ranchito, antes de morir...

En principio las autoridades acusaron al guardavía de dormirse. Análisis posteriores detectaron en el café una extraña sustancia no identificable.

Los cadáveres de aquellos canas de civil quedaron destrozados por el impacto. El posterior peritaje determinó los causales y efectos del accidente, atribuyendo las tachuelas al traqueteo de algún camión y su desprendimiento de la carga. Nada certificó un atentado y, aparte de los restos de carne y metal, hubo daños menores en la vía férrea y el morro de la vieja locomotora, arrastrando ciento cincuenta metros la ferralla y sus ocupantes.

El caso se cerró a las cuarenta y ocho horas caratulado como “accidente”.

En su bulín, “El Gato” dobló el periódico titulado la trágica nueva, y se lió un cigarrito, con un café libre de narcótico y recién servido entibiándose un poco, mientras las máquinas que ensanchaban para siempre la calle Corrientes y la Avenida Nueve de Julio remataban las obras, coronadas por el Obelisco.

El centro estaba mudando rápido de faz, pensó, pero el país continuaba partido entre pocos ricos y muchos pobres...

V. TEJES, MANEJES Y OTRO GRAN AMOR

A los policías fallecidos por inadvertida cortesía de “El Gato” se les montó un funeral heroico, según el cual perseguían a unos chorizos cuando intentaban cruzar la vía férrea.

De momento, las dos compungidas viudas recibieron medallas.

En un atardecer de cuarenta y ocho horas después, el Comisario Marcos Muleiro y Elpidio Eufemio Barragán, acompañados por los otros dos monos de civil, sobrevividos de la vieja masacre silenciada, se reunieron con las enlutadas hembras en el Cementerio de La Chacarita.

Ellas, jóvenes y de buen ver, lloraban discretamente sonándose las narices ante las modestas lápidas, mientras el Comisario y su perro de presa les depositaban ofrendas florales.

A cierta distancia, camuflado entre tumbas, pequeñas capillas y monumentos a célebres difuntos, les observaba “El Gato” con

otro ramo de rosas, arrancado de cualquier tumba visitada horas antes, y depositado en otra de las olvidadas.

Un chambergo de ala corta echado hacia abajo cubría parte de la frente amplia y los ojos fieros. Vestía elegante abrigo de pelo de camello y empuñaba bastón con mango de plata. Parecía lo que quería parecer: un aristócrata porteño.

Menos las mujeres, todos eran blancos móviles para él. Muleiro por ordenar el operativo masacre de sus compañeros. Los otros tres por ejecutarlo. Barragán en primera fila. Era temprano para liquidarlos al completo. Pero la fija radicaba en que uno de los dos policías sobrevivientes la palmaría esa víspera...

Siguiendo el organigrama del velorio, imaginaba que tras cartón pasaría lo que pasó. La corrupción policial en Avellaneda era escandalosa. La mayoría de los canas de civil, virtuales guardaespaldas sin placa, eran pistoleros, y muchos de ellos, los más feroces, provenían de los bajos fondos, reciclados por el Alcalde Barceló. En 1932, “Ruggierito”, uno de los torpedos más célebres del caudillo, murió asesinado en una riña jamás ventilada.

Muleiro era padre de dos hijos adolescentes, aunque poco contaba la madre y esposa ante sus oscuras apetencias sexuales, por lo tanto, el patrón le facilitaba un discreto chalecito en Sarandí en pos de su realización. Conocer sus secretos y ampararles los vicios era la mejor forma de controlarles.

Allí, entre gallos y medianoche, pararían todos tras la comedia del Cementerio. Al otorgamiento de honrosas medallas por los

difuntos les sucedería el de varios polvos. En realidad, solo cogerían con las viudas él y Barragán, a cambio de garantizarles una buena pensión.

Durante un tiempo pasarían por caja. Luego estas lloronas de lágrima corta y pucheros, salidas del ambiente prostibulario, retornarían al oficio en El Farol Colorado o antros menores de provincia.

Mientras ellos montasen la jarana, los monos vigilarían un poco a regañadientes los alrededores. Uno, con traza de cocoliche combinando mal cuadros, rayas y colores, a pie.

Al volante del automóvil del Comisario, el más corpulento y peligroso daría un paseo circunvalando unas cuantas calles. Más que una tarea, era vigilante rutina.

Entre pitos y flautas, aquellos sicarios de civil con placa embolsaban cuatro veces el sueldo de cualquier proletario varón. Cumplimentando asuntos sucios, vivían con cierta holgura. Sudar la gota gorda doce horas diarias en una fábrica, de lunes a sábado, era incomparablemente peor.

¡Que se lo dijeran, justo a ellos, entrenados matarifes para limpiar el terreno de díscolos y rebeldes, alzados contra esa esclavitud!

En el interior del apartado chulé empezó la función sobre la hora veintitrés. Era una orgía de cortinas parcialmente corridas, con las mujeres de lencería, entre sedas, portaligas, tacones y todo el equipo calenturiento, donde el alcohol y los coitos se turnaban con felaciones, entre tangos y foxtrot sonando desde

un flamante combinado de madera lustrada, vecino a una mesita ratona en la que, sobre un plato, aguardaban la consumición colectiva algunas rayas de cocaína.

Algo entonadas, las viudas se entregaban por completo a todo tipo de aberraciones. Allí mismo descubrió “El Gato” que el calvo Muleiro se encasquetaba peluca de larga crencha, junto a braguitas de encaje y labios pintados de rojo subido, mientras se disputaba con las hembras el grueso y corto pene de Barragán, conservando el suyo, pequeño, erecto y sobado a la vez por ambas.

Daban asco esos sirvientes del poder y sus torvos vicios. Ni en los prostíbulos se degradaba tanto la condición humana, concluyó “El Gato” doblando página.

Había conseguido sortear a los guardianes y, desde aquel escaparate, visionó lo suficiente el grotesco aquelarre, matizado por los gritos o chillidos de ellas, entreveradas con las risotadas del comisario y Barragán.

Estimó entonces que estaban absorbidos por la faena y le dejarían las manos libres para cargarse a uno de los guardianes, en la táctica de ir eliminando a los asesinos menos notorios simulando causales verdaderos.

El cocoliche de a pie, menos corpulento que el otro, era más fácil de cazar en la penumbra de aquel barrio de viviendas espaciadas.

El plan en concreto pasaba por fraguar un vulgar atraco, no muy frecuente, aunque posible, a esas horas en aquél predio en

sombras. Sabía que en la billetera de los policías de confianza que rodeaban a Muleiro y Barragán no faltaban billetes. De manera que eligió cruzarse en la acera con su víctima, luego de que el otro se alejara en el automóvil tras el santo y seña, cerciorándose de que a ningún vecino se le ocurriera pasear en la noche sacando la mascota.

Vestido con elegancia y empuñando su bastón, el fulano no sospechó nada cuando el sempiterno *dandy* le pidió fuego para el cigarrito. Los matones aquellos respetaban a los burgueses bien trajeados. Cualquiera desconocido con ese porte, inusual, aunque posible, visitando a una amante o jugando póquer en los garitos de Sarandí, podía ser amistad de Don Alberto.

Desde luego, no precisamente aquél.

Confiado, el mono extendió el encendedor recibiendo tres segundos después un navajazo mortal en la garganta, cayendo sin gemir siquiera.

“El Gato” le pispó veloz la billetera, cargada con un buen paco. Y recogiendo el chisme en procura de borrar cualquier rastro del ajusticiamiento, tras limpiar su filo en la corbata chillona del occiso, se largó, mientras el otro, ya cadáver, teñía de un espeso color morado el cambalache de gamas.

Por si las moscas, llevaba el Colt bajo el abrigo de piel de camello con las solapas alzadas.

De asomar el morro el compinche se complicaría la cosa; pero no fue así gracias a su cálculo operativo, riguroso y disciplinado en la ejecución. Había estimado, reloj en mano, los minutos que

demoraba el del Ford dando la vuelta del perro. Siete exactos, de los cuales aprovechó cuatro para liquidar al otro, y los tres restantes, para salir de la escena.

A pocos metros había estacionado un viejo Packard color azul robado en una oscura callejuela de Sarandí, y tras dar grandes zancadas, muy calmo lo arrancó, cruzándose inadvertidamente con el Ford negro del otro gorila.

Sería el siguiente de su lista negra semanas después...

Epílogo

Tras abandonar el cacharro, siguió “El Gato” con lo previsto en su agenda, dirigiendo sus pasos al barrio obrero que circunvalaba La Tejedora del Sur. En la factoría, la maquinaria solo detenía su pulso los domingos, y era viernes. Una vez conjurada la amenaza de huelga, todo había vuelto a ser lo de antes. Dos turnos continuos funcionando a todo gas al ritmo de la superexplotación. Y él, justo él, se cogía a la patrona cuando lo que el cuerpo le pedía era ajusticiarla, tan fríamente como al policía un rato antes.

Pero la hoja de ruta en el recorrido debía cumplirse sin imprudentes adelantamientos.

Era la primera vez que pisaba el escenario de su penúltima saga anárquica. Era de noche y pocos faroles iluminaban la humilde barriada. Desde alguna casita, precaria como todas, la orquesta de Juan D’Arienzo marcaba recios compases de una milonga. Otras dejaban escuchar voces de una tardía cena, o el llanto de algún bebé. Los vecinos prendían la radio en la cena previa al resuello, y mientras algunos perros le ladraban a la Luna, el carro de ejes gastados tirado por percherones, y con el

botellero al pescante, volvía a su tapera silbando bajito, tras embuchar unas ginebras en algún bar aledaño.

Cuando la puerta del modesto chalecito haciendo esquina se abrió ante el golpe de nudillos contra la puerta, la joven tardó unos segundos en reconocerlo.

Milena Bovitnik, la hermana de Frank, recién pudo cuando él se quitó el sombrero.

–¡¡Gato, vos!! –dijo ella sorprendida, invitándole a entrar.

Enseguida se abrazó fuerte contra su metro con ochenta y cinco.

–¡¡Estás vivo!!

Relató entonces cómo se había librado de la muerte liquidando a dos sicarios tras caer sus compañeros y el hermano.

Emocionada, lloró un rato sobre su pecho. Tras calmarla un poco, le expuso una parte de su plan vindicador; no específicamente el que incluía a la pelirroja. Era lo más desagradable y oscuro de la venganza. Y aquella era una chica decente.

Lo observaba muy seria, hasta que poco a poco recuperó la sonrisa dulce, entregándosela.

Rubia y bella, Milena desprendía un aire campesino propio de los croatas. Ella y Frank eran huérfanos. Sus padres habían

padecido demasiadas guerras para llegar a viejos, a pesar de la inmigración.

“El Gato” había almorzado y cenado algunas veces en casa de los hermanos. A menudo era él quien preparaba la comida. Consideraba a Frank una suerte de hermano menor o con edad muy ajustada, en la distancia, al hijo que le negó la muerte de su amada en aquel terrible accidente.

–En la fábrica y el barrio te creen muerto en aquél incendio, donde según los diarios estaban todos tan borrachos que no olieron el escape del gas. Yo también, a pesar de que días atrás apareciste vivo en un sueño que tuve. Pero, por suerte, estás de carne y hueso entre nosotros.

Se lo dijo con tal dulzura en los ojos azules, que quedó tocado. Antes no veía a Milena, dos años mayor que Frank, como hembra; era la hermana mayor de un joven camarada. El muchacho más parecido a él en su equipo, y el último en caer aquél atardecer infausto.

La chica trabajaba en la carnicería del barrio, perteneciente a los Hernández, un matrimonio de jóvenes bondadosos. El carnicero se había criado jugando a la pelota con Frank. Su mujer había parido mellizos el verano pasado, y Milena ayudaba atendiendo el mostrador.

–Gracias a ellos pude sobrevivir estos meses. –dijo.

“El Gato” extrajo un fajo de billetes atado con una gomita y se lo extendió.

–Acá hay plata para vos, las familias de Ciro y el tano Spottaro. No les digas de dónde salió. Invéntate una colecta anarquista. Sos la única que debe conocer su origen verdadero.

Ella asintió, aclarándole que no precisaba nada. En cambio, sí los otros. Cuando le comentó algo sobre la mujer de Osvaldo Santillán, “El Gato” la detuvo.

–Se la quiere voltear Barragán con el cuento de Usuhaia...

–¿El Osvaldo no está en el penal? –preguntó Milena.

–Lo asesinaron poco antes a que fueran por nosotros. Pero eso tampoco hay que comentarlo. Si ayudamos a la pobre piba mi plan se viene abajo. El mierda ese la vigila de continuo y podría seguirle la pista al auxilio. Seguro que ella no tiene un mango y el otro lo sabe.

–Es cierto. No hay parientes que la saquen del pozo. Para peor, la semana pasada se le murió la bebita de tuberculosis. Hasta entonces yo la ayudé llevándole bolsas de carne y cartonés de leche.

“El Gato” crispó el gesto, y tomando una de las manos de Milena entre las suyas, le dijo:

–Ahora, solo yo y vos sabemos que Osvaldo está muerto. Te juro, prenda, que voy a poner las cosas en su sitio. Y a Barragán bajo tierra muy pronto. Confiá en mí.

Ella se lo quedó mirando arrobada. Los ojos verdes de aquel hombre podían ser fieros y temibles, o los más dulces de la tierra.

–Te quedarás a cenar. Voy a preparar algo.

Que la prenda tenía pretendientes era algo que sabía desde tiempo atrás. Era demasiado apetecible y virtuosa para que los candidatos no formasen tanda. Por eso, entre otros motivos, se excusó.

–Otro día, Milena. No faltará ocasión.

Hizo ademán de levantarse de la silla, pero ella lo detuvo.

–Quédate Gato. Nadie vendrá ni me arrastra el ala. Tampoco tengo familia, y mucho menos novio...

Le contó que hubo un par o tres de festejantes.

–Buena gente. Pero hay que estar enamorada para seguir adelante.

Le dijo que no podía quitarse de la cabeza a otro hombre. Lo intentó y no pudo. Primó en la decisión la sinceridad. Su auxilio a la mujer de Osvaldo la probaba solidaria.

–Esto otro vuelve a honrarte, prenda.

Complacido, le ayudó a preparar la cena. Le apasionaba la cocina, y además Milena Bovitnik olía a flores silvestres de los espacios libres, perfumados por la limpia brisa del campo y el

frescor del viento. Era alta, de piel casi transparente y lucía el cabello lacio y rubio suelto, acariciándole los hombros. El óvalo facial suave y simétrico, con una nariz regular de cierta curva aguileña, denotaba carácter. A la boca, de labios carnosos y expresivos, la precedían dos hoyuelos abultando cachetes cuando sonreía. La voz era una caricia, tornándose honda y grave al comentar tragedias. Sus formas hacían juego con la frescura de una sonrisa humilde y agradecida.

“El Gato” reprimió, hasta donde pudo, comparaciones con la que fuera el amor de su juventud. Milena merecía respeto y circunspección.

Cenaron con un poco de vino tinto, hablando apenas. Ella lo miraba todo el tiempo y él, consciente de una belleza que empezaba a inquietarlo, pues también estaba solo y desfamiliado desde al menos veinte años atrás, procuraba centrarse en los platos.

De pronto, la moza le dijo.

–¿No te interesa saber de quién me enamoré una vez?

–¿Es del barrio o la fábrica? –preguntó “El Gato”, alzando la vista.

–Es más que eso. Pertenece a una estirpe de fierro. Es todo un hombre...

Los ojos de ella lo reflejaron de lleno y él, calmosamente, masticó el último bocado, depositando el tenedor en el plato.

La atmósfera se llenaba de tensión romántica. Milena era un bombón de mujer. Una muchacha hermosa y libre.

Luego ambos, casi al unísono, se levantaron.

Lo que estaba por ocurrir no entraba en sus planes. Tenía una misión que cumplir de la que, a ciencia cierta, no sabía si saldría vivo. En su corazón no cabía ya el amor individual. Por el contrario, imperaba el odio hacia los asesinos y mucha sed de reparación justiciera. Pero con Milena Buvotnik no había nada que reparar.

Ella se desabrochó en silencio la sencilla blusa blanca, desprendiéndose el delantal. Sus pechos en flor asomaron desde el sujetador. Luego cayó la falda y las piernas, torneadas y perfectas, se irguieron sobre los zuecos de madera, revelando esa gloriosa lozanía de las bellezas tiernas y llenas de recato. No le sorprendió esa audacia. La chica estaba tan sola como él y con ganas de vivir.

—Desde que pisaste esta casa me enamoré de vos. Eras el héroe de Frank y mi caballero andante. Al lado tuyo no podía durar ningún novio. Y que sepas, lo intenté. Cuando la masacre del rancho pensé que se había perdido gente con agallas, entre ellos mi hermano y vos. En estos meses no tuve consuelo y resolví estar sola, yendo de casa al trabajo y viceversa. Parte de mi cariño por vos enraizaba en el que guardabas a mi hermano pequeño. Yo te añoraba hasta el punto de soñarte vivo. Cuando abrí la puerta, me engañó el disfraz de aristócrata, no tus ojos ni la seguridad de siempre.

“El Gato” la escuchó ya de espaldas, aferrado al bastón y cerca de la puerta de salida. Cuando empezó a desnudarse, se calzó el abrigo intentando no volverse. Sabía que de hacerlo, respondiendo a aquel envite, podía comprometerla, y no deseaba hacerlo, pese a gustarle. Pero ella siguió hablando.

–Y ahora que estás acá, quiero ser tuya. Después harás lo que tengas que hacer y yo rezaré por vos, añorando que algún día me des un lugar en tu vida. Te seguiré dónde vayas, aunque no estés conmigo. Mi corazón te pertenece...

Lo enfrentaba a un crudo dilema. De enredarse con aquella chica su venganza corría peligro de no completarse. Un militante anarquista de verdad no podía aflojar. La hondura del propósito exigía disciplina y frialdad. Pero quizá el asco de copular con la Gurmendez Solano era un sacrificio demasiado grande para no ser paliado por una dulce muchacha que le ofrecía otra cosa. Algo que andaba precisando desde tiempo atrás y que sus amigas, las queridas meretrices, no podían brindarle...

Entonces se volvió lentamente. Allí estaba, ya desnuda y erguida, con las hermosas piernas bien plantadas sobre los zuecos de madera aquella joven mujer; la hermana de su mejor discípulo.

–Quiero que también mi cuerpo te pertenezca y hagas con él lo que quieras esta noche...

Por toda respuesta, “El Gato” fue hacia la hermana de Frank y la alzó en brazos, llevándola con suavidad hasta el dormitorio. Tras depositarla en la cama y besarla tiernamente en los labios,

le destinó sus mejores requiebros; envite que ella respondió comiéndole la boca, llena de pasión.

–¡Hacéme tuya, querido. No hubo ni habrá otro para mí!

La foto de Frank parecía sonreírles presidiendo la mesita de luz vecina a aquel lecho, donde “El Gato” volvía a entregar parte de su corazón veinte años después.

VI. EN POS DE OTRAS SENTENCIAS

El doble ajusticiamiento despuntaba el listado de venganzas. Aún faltaban otro par de monos, más los infames Barragán y Muleiro. Detrás, formaban fila de sentencias el juez de turno, cómplice obligado de que la balanza de la Ley no sopesase los hechos, y la pareja propietaria de La Tejedora del Sur. A propósito de los últimos, el plan de envenenamiento seguía su curso. La consorte inició gota a gota el letal procedimiento con el viejo, mientras salía con “El Gato” y su disfraz de aire *british*, a divertirse una o dos veces por semana.

Terminaban copulando, no sin antes caminar la noche de Buenos Aires en su apartado más licencioso. Eran, sin lugar a dudas, las fiestas privadas de la alta sociedad. Aquellas que la sección social de los periódicos y revistas no reseñaban.

Sin embargo, él rastreaba a fondo revistas como *El Hogar* o *Atlántida*. Allí, las notas de sociedad ocultaban las miserias,

proyectando los eventos de una burguesía enlazada con el poder.

A menudo las instantáneas revelan atmósferas y arquetipos que un sagaz observador no pasa por alto. Y para el caso, llamó su atención una, mostrando al Juez Cassini junto a su mujer, Eugenia Pinto. La diferencia de edad no era tan abismal como entre los Gurmendez Solano, aunque igualmente no pegaban ni con cola.

Se veía una morena hermosa, y él, magistrado leal a Barceló, un espécimen de aire amariconado. Aquel juez de opereta era uno de sus objetivos. Y la pelirroja formaba parte de sus relaciones sociales.

–Los Cassini dan una fiesta mañana en su residencia veraniega de San Isidro. ¿Te gustó la morocha, cabronazo? –inquirió desafiante la pelirroja, advirtiendo el interés con que “El Gato” observaba la foto del matrimonio.

–Nunca se sabe si un juez te hará falta para asegurar un buen negocio. – respondió calmo.

Habían terminado de copular en el lecho de su piso céntrico. Era sábado noche y debían escoger el antro de lujo en el que pasarla bien.

–De acuerdo, –dijo ella– pero antes echame otro polvo...

Esquivó el envite pretextando que lo harían luego de salir a divertirse, y ella aceptó. La dominaba absolutamente. Para la

mujer era más que un capricho aquél varón apuesto y elegante, de magnética mirada verde, envuelto en el misterio.

Uno que, para el caso, le deparaba penuria y sufrimiento.

Había impuesto acudir al ágape y llegaron los dos, ella prendida de su brazo; él con gafas oscuras.

–Mis ojos se resienten ante la luz artificial. –pretextaba a menudo cuando salían de jarana. En parte era cierto. Los felinos poseen una visual panorámica superior a la de los humanos, pero la claridad excesiva dificulta su percepción...

Les recibió la anfitriona de la fiesta en los portones del jardín. Al darles la bienvenida quedó prendada del varón que acompañaba a Estela Salvati de Gurmendez Solano. Las gafas oscuras acentuaban su aire enigmático. Pero la bella y madura Eugenia Pinto Durán sabía que la pelirroja se follaba a sus acompañantes y se le hizo agua la boca.

Investido del disfraz británico de abolengo, aunque esa noche de verano vistiera fina ropa deportiva color marfil, era un imán para las pitucas. Por ello las hembras presentes lo miraban de reojo, y algunas sin reparo alguno.

Su amante estaba orgullosa de la pieza, y mientras la anfitriona les acompañaba a los amplios jardines de cuidado césped, donde los camareros ofrecían a los invitados bebidas y canapés, “El Gato” reprimió su sentimiento de asco. Detrás de las mujeres hermosas y los caballeros distinguidos se ocultaban burgueses despiadados con los humildes.

El brillo social dejó paso a un bailongo, acompasado en ritmo de *foxtrot* por una orquesta de seis músicos. Era un mero aperitivo de calentamiento para una tropa mixta y salvaje. Luego llegaron los tangos. Su belleza apasionada se prestaba al arrechucho. El dos por cuatro había nacido en los prostíbulos del siglo XIX, y en la lujosa mansión repetía orígenes.

A menos de diez metros, cierta rubia de pelo corto, vestida de blanco con chaqueta y pantalón, observaba desafiante a la pelirroja. Era un símil de Marlene Dietrich, afecta a la ropa de toque masculino.

La pelirroja le sonrió, y la otra entró al trapo ofreciéndole al acompañante su copa de champaña recién servida.

–Te la cambio por una copa. Después la devuelvo. –le dijo, tomándola de la mano.

Ella le indagó con la mirada, “El Gato” asintió con naturalidad y ambas salieron a bailar un tango, iniciando un lento y sinuoso magreo que le importaba un carajo.

Eran como dos serpientes enroscándose en la pista.

No formaban la única dupla de género. La aristocracia era liberal puertas adentro. De manera que otras parejas de hombres y mujeres danzaban erizados, mientras las luces del jardín se oscurecían un tanto favoreciendo la intimidad.

Bebiendo a sorbos la copa, eligió dar un paseo, primero por el jardín, luego más arrimado a la mansión. Al pasar junto al palco de los músicos, escuchó una voz conocida. Casi un murmullo.

–“Gato”...

Siguió de largo. Pero de reajo había captado a un compadre de Ushuaia. Bartolito Peralta. Un chaval buenazo, guitarrista de corta estatura al que perdió de vista tras la lejana fuga del penal.

Cerca de la puerta de ingreso dos fornidos vigilantes de civil montaban guardia.

Al súbito silencio de la orquesta le siguió nada menos que el ingreso de Alberto Barceló, flanqueado por una pequeña comitiva de guardaespaldas, entre los que se encontraban Muleiro y Barragán, funcionarios de la alcaldía y la anfitriona Eugenia Pinto Durán.

Los asistentes prorrumpieron en aplausos que el destinatario agradeció con una sonrisa leve, inclinando sobriamente la mata de pelo blanco. Luego fue conducido al interior de la finca por la mujer del Juez, que de refilón le destinó a él una sonrisa mucho menos comedida.

Presintió entonces que era la segunda dama del tablero que le permitiría llegar hasta Cassini.

“El Gato” maldijo no poder liquidar allí mismo a todos.

En el pasado hubiera bastado una bomba casera. Pero no llevaba armas ni se inmolaría. El alcance de su venganza conocía un tope, más allá del cual lo aguardaba la muerte. Y él amaba la vida, entregándole su afán justiciero en la realización de un plan con objetivos concretos.

Mientras tanto, entre los arbustos y los árboles del predio ajardinado ya se estrenaban las primeras cópulas ante la indiferencia de los restantes invitados que, sin embargo, iban raleando la pista con destino previsible.

La pelirroja y el símil de la Dietrich se habían esfumado.

No le importaba. Su objetivo era la Pinto Durán, que luego de quince minutos reapareció desde los interiores de la mansión acompañando la retirada de Barceló y su comitiva.

El patrón de Avellaneda consideraba al juez un lacayo del que no se debía prestar atención más de veinte minutos.

Habiendo partido el Alcalde, la anfitriona se arrimó al elegante varón, invitándole a degustar champaña del mejor en la lujosa casona.

En los espaciosos salones abundaban los objetos artísticos y cuadros Decó en las paredes; incluso había uno de Tamara de Lempicka ante el que se detuvo “El Gato”.

–Lo compramos en Europa el año pasado. Me gustó y le adiviné futuro. Como a usted.

En el bien surtido barcito de rinconera sirvió dos medidas de güisqui con hielo y le extendió el vaso.

Bebió un sorbo, y ella le quitó las gafas negras en rápido gesto. Los ojos verdes de aquel hombre la impresionaron.

–Acabo de descubrir lo que más atrae en usted. Son impresionantes esos ojos, y la forma en que los dispone.

“El Gato” esbozó lo que podía ser una media sonrisa y se quedaba en mueca.

–No habla mucho, veo. – insistió la mujer.

–Él tampoco. –respondió, señalando un gran lienzo del marido, ocupando un tercio de blanca pared.

–Es cierto. Ni dentro ni fuera del lienzo. Es juez. En estos instantes está montándose un trío con su amiguito y una conocida vedette de El Nacional.

–Lo imaginaba. Les leí en *Atlántida* del mes pasado. Usted estaba de miedo. Es una mujer demasiado hermosa para cualquier afeminado.

Ella soltó una carcajada y le invitó a compartir un mullido sillón de cuero verde Nilo.

Una vez juntos le rozó el muslo.

–Hace juego con tus ojos. Nunca conocí otros con ese brillo salvaje. ¿Por qué los escondés?

–Los focos me deslumbran. Padezco fotofobia.

–¿Ninguna otra cosa? –inquirió, arrimándole su boca tentadora, mientras le palpaba la bragueta.

Estaba muy fuerte la morocha y “El Gato” actuó en consecuencia, asiéndola por la nuca. Pero la detuvo a centímetros de sus labios.

–No quiero pleitos con nadie. Evito a los maridos.

–Descuida. Nos evitamos bastante más él y yo.

Muy expeditiva, le respondió desabrochándose la bragueta. Su ariete la deslumbró. Y sin necesidad que él la guiara, Eugenia Pinto Durán de Cassini procedió a soplárselo.

Tras unos minutos, ella alzó la cabeza y lo miró con un signo de interrogación.

Por toda respuesta él se volvió a abotonar la bragueta.

–¿Y qué? ¿Ahora me vas a dejar así?

“El gato” asintió.

–Sos un hijo de puta. –le dijo ella encendiendo el gesto.

Aquella era la mujer del juez cómplice. Otra suerte de regalo envenenado, tan casual como bienvenido a su estrategia, y se empleó a fondo.

–Te gustan los jueguitos peligrosos y soy hombre prudente.
–dijo, arrancándole la braga en veloz maniobra, mientras con la otra mano le doblaba el tronco, dejándola boca arriba.

Ella hizo ademán de resistirse y hasta forcejeó unos segundos, puteándolo de arriba abajo. La respuesta fue un fuerte revés en

plena mejilla. La mujer echó la cabeza hacia atrás, y acariciándose el pómulo enrojecido, dijo:

–Me gustó. Hacémelo otra vez...

Negó con la cabeza.

–Entonces fóllame ya. Nadie nos interrumpirá. Te lo prometo.

Yacía con el vestido de raso color canela alzado hasta la cintura y su vagina, rodeada de perfilado pelo púbico, rezumaba líquido pre seminal. Esta vez, “El Gato” se bajó el pantalón y antes de penetrarla le enterró dos dedos, escarbándole suavemente el clítoris. Ella estaba caliente como una perra en celo.

–Dámela ya. No seas pijotero. Te quiero bien metido adentro.

“El Gato” puso empeño en la patriada bombeándola sin piedad y le arrancó dos polvos, brindándole un rudo trato embastado con felinas caricias.

–Sos como un gato –murmuró la mujer– y sabés cómo tratarnos...

–Nunca se termina de aprender a domar una hembra de armas tomar. El del cuadro lo sabe de sobra y aguanta los cuernos.

Tras adecentar las pilchas, encendieron un par de cigarrillos. Ella pitó un mentolado, que él rechazó en beneficio de su tradicional armado con la petaca y el papel de fumar. La hembra lo observó divertida. Aquél era un varón singular.

–Su señoría no es cornudo consentidor. Le gustan los hombres y a veces los tríos con putas finas. Puede decirse que era una de ellas y lo pialé en cierta joda. El matrimonio es de conveniencia. Él se cubre luciéndome y yo hago mi vida. Igual que la Gurmendez Solano. ¿Hace mucho que follan?

–Tres semanas.

–También te quiero para mí. Tenés una potencia bárbara en el ariete. Pero no te corriste.

–Lo dejo para mejor ocasión.

–¿Sos muy caro?

El pitó hondo su cigarro y largó el humo despacio, sin llevarle el apunte.

–No, claro. Vos no te vendés. Yo tengo práctica en esto.
–concluyó la mujer.

–Vivo de rentas y hago negocios. Para el sexo me gustan las maduras bien putas.

Se dio por aludida sonriendo de oreja a oreja.

–¿Sabés montar... caballos, digo?

Era fría y cerebral. Menos calentona de lo que manifestaba. A ella también le gustaba hacer negocios. Ni de broma se imaginaba quién era “El Gato” tras el disfraz; aunque captó su vena estratégica.

–¿Por qué estás con Estela? No pega con vos. Está como una cabra.

–Una cabra que sabe abrirse de piernas. No te quedás atrás, por supuesto, pero es diferente.

–¿Mejor o peor?

Para “El Gato” equivalían. Dos furcias utilizables, como los preservativos.

–Cada una en su estilo. Yo me adapto. Soy versátil cuando una mujer me gusta.

No le respondió. A diferencia de Estela Gurmendez Ssolano, ésta era una hembra peligrosa con quien debían medirse las palabras y los actos, pero cabía seguirle el juego. Seguidamente lo invitó a cabalgar en su quinta de La Reja con sus *pur sang*.

–¿De dónde saca tu juez tanta plata?

–De eso hablaremos en la quinta. Quizá te interese.

–No lo dudo, Eugenia.

–Mañana al mediodía te paso a buscar por tu piso.

–Será el viernes que viene.

Tampoco, al igual que la pelirroja, le gustó nada que esquivara verla al día siguiente, pero ella aguantó el esquinazo aceptando su calendario.

A tal efecto le extendió su tarjeta con la dirección de la quinta y quedaron de verse el viernes señalado. Intercambiando un beso discreto, que ella transformó en volcánico.

–¿Me vas a hacer el culito en medio del campo, entre arbusto, yuyo, liebres y caranchos, varón?

–Dónde se tercié, nena.

–Bueno. Después de todo celebro que no te alquiles. Yo me vendí finalmente y así me va. Dos abortos accidentales con cualquiera y otro provocado... Miento, provoqué los tres. Éste no es un hogar para nadie, y menos para un niño.

Esa mujer tenía cierta sensibilidad. Al menos no era otra hiena declarada. Pero los planes de “El Gato” obviaban ciertos matices. Ella se había vendido y por regla de tres quería sacarle plata al juez, utilizándole a él.

Podía manipular cómodamente a la pelirroja, en cambio la morena requería más meticulosidad en el procedimiento vengador.

En el jardín, la orquesta casi tocaba en solitario. Los invitados campaban por el césped, ya desatado el frenesí sexual.

La sorpresa llegó cuando un corpulento sujeto se plantó ante él y Eugenia Pinto.

–¿Qué andás buscando, Maldonado; se te perdió algo?

–¡Acá la única perdida sos vos. Venís de revolcarte con este mequetrefe, puta de mierda!

La mujer del juez despertaba arrebatos en el aras masculino.

“El Gato” se calzó las gafas oscuras y empleando el tono más suave de sus cuerdas vocales, dijo:

–Retirará lo que dijo a la señora...

El gigante rechinó los dientes altanero.

–Ah sí. ¿Y dónde está... la señora?

La respuesta la sintieron sus testículos. La mano izquierda de “El Gato” los aferró con la fuerza de una tenaza, y cuando el sorprendido dueño del bien se retorció de dolor, remató la labor asestándole un puñetazo dirigido de arriba a abajo. Fue un impacto brutal que lo arrodilló, seguido de otro gancho potente en sentido inverso que impactó su mandíbula, planchándolo del todo.

Advertidos del incidente, los guardias cargaron el fardo inerme, mientras la dueña de casa impartía órdenes de expulsión.

Los de la orquesta habían silenciado los instrumentos.

Fue entonces cuando uno de los músicos guiñó un ojo a “El Gato”, quién, aprovechando la distancia que lo separaba de la Pinto Durán se arrimó al palco con un billete bien dobladito

ocultando un número de teléfono, entregándoselo al del guiño; aquél guitarrista bajito que lo mencionó al pasar.

–Para vos y los muchachos... –dijo.

Entonces el del bandoneón acotó.

–Señor, esto es para nosotros inolvidable. Usted termina de vencer por KO al Campeón de peso medio de este país.

Cuando al fin se internó en el jardín en busca de la pelirroja, observó que la mujer del juez había vuelto y lo contemplaba atónita, mientras él, de espaldas, alzaba el dorso de la mano, despidiéndose.

Bajo un árbol retirado encontró finalmente a su acompañante y la otra, semidesnudas, bastante borrachas y echadas sobre el césped.

La machorra aún le manoseaba las tetas y el clítoris.

“El Gato” procedió apartándola de un empujón, y alzando en brazos a la correspondiente furcia salió de la finca, bajo la atenta mirada de su dueña.

De vuelta a casa en la limusina de la Gurmendez Solano, intentó apearse con él, que negó con la cabeza.

–Me estás castigando por lo que hice con la mina esa, cuando vos de seguro te cogiste a la Pinto Durán, disfrutándola, mal nacido. Yo al menos te sigo deseando.

–Me consta y nada de lo sucedido con otros en el sarao tiene importancia. Mañana será otro día. Vos a lo tuyo. Recordalo nena, gotita a gotita el curare... para que podamos disfrutar de la vida... –dijo, cerrando la puerta del vehículo en medio de sus protestas.

Ya en la soledad de su bulín céntrico, echó una cabezada tras ducharse. Sabía que el incidente con el estúpido Campeón de los Pesos Medios no pasó desapercibido para la mujer del juez. Lo había revelado sujeto de cuidado. Un profesional. Lo era del anarquismo revolucionario, aunque ella ni se lo imaginaba. Mordió eso sí el anzuelo sexual, reservándose un espacio de cálculo importante. Era otra voraz raya del río revuelto de la que tenía que cuidarse. Probablemente no operase sola. Era demasiado lista para eso. En la quinta de La Reja saltaría la liebre, se dijo.

De momento, él aguardaba otro ajusticiamiento, vecino al funeral de dos matones con placa que supo despachar hábilmente.

Epílogo

Bartolito Peralta se acomodó en la silla, junto a la mesa del coqueto comedor en el bulín céntrico de “El Gato”, sobre las doce del mediodía de la mañana siguiente.

Tenía veintiocho años y compensaba su baja estatura con una picardía desbordante. Era muy bueno con la viola, y él le había protegido en el Penal al principio, cuando los presos creían que era un violador de menores; feo asunto que se pagaba muy caro en las cárceles de todo el planeta. En Ushuaia los guardianes le escupían el rostro y los presos le golpeaban. Muy guapo, sabía defenderse. Ese rasgo llamó la atención de “El Gato”, quien defendió su derecho a contar la verdadera historia.

En ese entonces Bartolito tenía diecisiete años, y resultó de su calma narración que la mentada violación no era tal. La historia proyectaba tenebrismo por otras causas.

El muchacho sudaba la gota gorda de sol a sol en una plantación de orquídeas situada en los bosques de Ranelagh, camino a La Plata y propiedad de inmigrantes japoneses, padres a su vez de una joven con dieciséis años, muy espabilada.

Ella no paró hasta llevárselo al pajar. Bartolito se resistió hasta dónde pudo, sucumbiendo al fin.

Durante dos largas semanas se dieron de lo lindo. Lo que no advirtió el bisoño galán, hasta que la policía hizo acto de presencia en el último coito, era que el padre los había fotografiado con una Kodak culeando todas las noches alumbrados por velas.

Sin cumplir los dieciocho, se lo llevaron. Y el juez lo enchironó en Usuhaia por veinte años.

Al tanto de la verdad, los compañeros de infortunio aflojaron la presión al entender que el chaval era otra víctima de los poderosos.

Desde entonces, “El Gato” fue su ídolo, dedicándole varios temas en su guitarra; regalo de familia que se le permitió conservar en la celda. A menudo jugaba al ajedrez con él y Gonçalves, que también purgaba doble condena por anarquista y falsificador de moneda.

Bartolito le contó que había quedado en libertad a los dos años de fugarse él y “El Imprentero”, gracias a un abogado comunista que demostró la falsa violación, mientras el padre, un viudo, perpetraba con su hija infames tocamientos.

El escándalo se silenció por dinero, a cambio de la libertad, favorecida además por el Alcalde, benévolo ante quien le amenizaba con la guitarra las fiestas familiares.

Ocho años habían pasado desde que se despidieron, poco antes de la fuga.

Bartolito lo veía cambiado con aquél guardarropa y el piso de lujo.

–Es temporal, pibe, sigo siendo anarquista. Pero a efectos prácticos estoy muerto. Me sobrevive temporalmente este fantasmón. Uno de mis disfraces.

Bartolito le guiñó un ojo.

–Los felinos tienen siete vidas, Maestro...

“El Gato” descorchó un buen vino y recordaron viejos tiempos. El guitarrero se ganaba los garbanzos en la orquesta, ofreciendo recitales y payadas en aniversarios, casorios y hasta en algún funeral, de terciarse.

–¿Y qué es de la vida de Gonçalves? ¿Siguen juntos?

–Ahí andamos. Haciéndonos favores luego de haber pirado del infierno.

A Bartolito le brillaba la admiración en los ojos café. Era comunista desde chico. Y bregaba con otros músicos para formar un sindicato, libre de la omnipresencia del maestro Francisco Canaro, un vampiro de pentagramas ajenos que compraba por dos mangos.

Al despedirse, ya anocheciendo, le anotó su dirección.

–Cuando me necesites para lo que sea, ahí estaré, “Gato”.

Alquilaba un pisito en la zona de Flores con otros colegas.

–Nos turnamos para llevar a las minas o noviecitas, asegurándonos de que los padres no sean floricultores japoneses.

Al quedarse solo, “El Gato” rememoró los mejor de las horas recientes. Se las debía a Milena y Bartolito. A ella empezaba a quererla, y a él, rescatado en el presente, lo consideraba un joven amigo de ley.

Por fuerza debía mantenerlos a distancia de su operativa. La venganza excluía afectos.

Impregnada de acento justiciero, no remediaba esa cierta indefensión emocional, precisada del contacto humano para conservar su esencia generosa.

Sin embargo, las imágenes del tano Spottaro, Ciro y Frank, o la que imaginaba de Osvaldo Santillán en la tortura y la muerte, insuflaban nuevos ánimos a su cometido.

Las ganas de tener a su vera la flor eslava harían que el plan se acelerase.

“En los momentos de soledad, cuando la nostalgia mordisquea el talón del alma, solo la memoria del cariño te permite despegar de la tierra oscura y volar como los pájaros” –se dijo un minuto antes de pegar el ojo sobre la almohada, con el instinto siempre a mano por si debía madrugar antes de tiempo.

VII. SIGUE EL BAILE

Mientras organizaba un par de venganzas importantes, trastornando a dos esposas infieles, “El Gato” dispuso ejecutar al último de los cuatro pistoleros de Barragán, bautizado Deodoro Pantaleón. Era el que daba la vuelta del perro con el automóvil del Comisario mientras él liquidaba al de a pie en una calle oscura de Sarandí.

A esos dos metros seis centímetros los perdían sus vicios; de entre ellos, el principal era el juego. No solía tentar la suerte en casinos de renombre. Siendo el más bruto y corpulento, le atraían las timbas de tres al cuarto por el puterío y la mala vida circundantes.

Según sus informes, el cabrón se dejaba la paga mensual y varias coimas en el tapete verde. Sabedores de su patente de corso, algunas veces le dejaban ganar superando los tantos. En verdad, era el más peligroso sicario de Muleiro y Barragán. En compensación, su cerebro cabía en una nuez.

“El Gato” sabía a ciencia cierta que sumar el cadáver a los otros tres en tan poco tiempo podría despertar sospechas, pero era un riesgo que debía correr. Por ello, había imaginado un plan donde no se expondría otro cadáver. Una pérdida súbita, silenciosa y menor, desde luego, pues para los superiores cualquiera de esos sicarios contaba poco.

De manera que se enfundó en *pilchas* más humildes amparando sus ojos delatores en gafas oscuras, y se encasquetó una gorra de visera, cubriéndose el cabello entrecano y parte de la frente. Un impermeable viejo y manchado de gotas de vino, que le llegaba a media rodilla, completó la nueva traza.

En uno de los bolsillos llevaba un fajo de billetes –provisto por Gonçalves– que emplearía en el momento adecuado.

Su disfraz de borrachín se acentuó con una nariz rojiza y falsa, bien disimulada por el maquillaje. Era un simulador bien entrenado por su vida azarosa. Sabía imitar voces y estilos de comportamiento. En su papel de caballero de raigambre sajona su acento era levemente británico en las inflexiones de voz. Ahora debía semejar un alcohólico cincuentón con dinero en el bolsillo.

A nadie en aquella timba cochambrosa le interesaba de dónde salía la plata, sino dónde iba a parar.

Pasada la medianoche, ingresó al tugurio. Pantaleón llevaba media hora jugando y perdía una apuesta tras otra. No podía tener peor suerte rondándole aquel borrachín amistoso, viéndolo jugar al rojo. Con el color se arruinaba, y se pasó al negro sin mejor fortuna.

La ruleta giraba en su contra esa puta noche. El crupier no la digitaba. Otros lo hacían desde una falsa pared que transparentaba interiormente el sucucho, mediante un ingenioso sistema eléctrico. Las putas del local sobaban a los jugadores incitándolos a gastar, mientras dos camareros no paraban de servir alcoholes varios. En los altos, se cogía a toda hora si aún quedaban unos pesos.

Era aquel un prostíbulo con variedades, en cuya atmósfera canalla se esparcían sudores y tabaco barato junto a aromas de alcohol.

Harto de empobrecerse, Deodoro Pantaleón se levantó de su silla dispuesto a largarse. Pero el borrachín le detuvo, poniendo unos cuantos billetes sobre el tapete.

–¡¡Apueste amigazo, ya me los devolverá esta noche misma. Creo en usted!!

Lo oteó algo incrédulo. Pero el donante alzó su petaca de ginebra, bebiendo a su salud.

Venía equipado, pensó, y cazando los billetes el beneficiado depositó dos de cincuenta pesos apostando al rojo.

Volvió a perder e insistió echando otros cincuenta. Le quedaba un par más. Esta vez ganó, para pifiar seguidamente.

Ensayó entonces el de cincuenta que le quedaba al negro.

La ruleta dijo no al detener su repiqueteo. El gorila sintió que la mano del inesperado benefactor palmeaba su hombro y otros

dos billetes de cincuenta mangos caían del cielo, servidos por el otro.

–Son los últimos. Al menos, los que llevo acá.

Antes de resolver apostarlos, preguntó en voz baja:

–¿Tenés más de éstos?

–Claro. En mi pieza...

El jugador retiró del tapete verde los billetes, y tras guardárselos se levantó con una sonrisa de esas que se destina a un amigo de toda la vida, invitándole a caminar un rato. Después lo llevaría al domicilio en su automóvil.

–No se moleste compadre –respondió, tambaleándose un poco–, vivo a tres manzanas de aquí.

Nada era más oportuno ni parecía tan servido.

El local rondaba el Riachuelo del lado de Avellaneda, donde sus aguas se llevan cadáveres a remolque.

Deodoro Pantaleón insistió en acompañarle a pie, apoyándole una de sus manazas protectoras en el hombro. La perspectiva de robarle el dinero invocado era un imán irresistible, y lo tenía a huevo.

En el camino, el pobre cristo tropezó más de una vez, debiendo atajarlo el gigante para que no cayese antes de tiempo. Era, según el parte, un mendigo infeliz al que la fortuna

tocó por alguna lotería providencial, un hallazgo benéfico, o quizá el robo.

Por fin llegaron a su casa. Era un habitáculo maloliente y sucio, aislado de otros departamentos vecinos.

Entonces, sin preámbulo alguno el ropero humano le aferró con violencia por las solapas.

–¡¡Quiero toda la guita, y es mejor que la aflojés, porque si no te parto la crisma, *croto* de mierda!!

–¡Epa. Qué desagradecido el hombre! –farfulló el otro con voz aguardentosa.

Aflojando la garra, el mono encendió un cigarrillo y dijo:

–Seguro que robaste la plata. La que me diste antes y la que guardás en algún rincón de esta tapera. Soy cana. Pero si me la entregás por las buenas, me olvido de vos para siempre...

En su plan figuraba eliminarlo enseguida. ¡A quién le interesa un mendigo muerto en su pocilga!

–Sírvase usted mismo, amigo mío. Está en aquel arcón. –dijo, en medio de un eructo etílico, señalándolo, bien dispuesto, en un rincón del cuarto.

Creyendo que todo salía a pedir de boca, Deodoro Pantaleón se abalanzó sobre el baúl y, nomás al abrirlo, percibió en su bruta cocarda una constelación de estrellas...

Cuando despertó, en medio de un dolor de sabiola atroz y un hilo de sangre resbalándole por la gruesa nariz, se vio atado de pies y manos con alambre de púa, bien amordazado, junto al baúl de sus desvelos. Le habían golpeado con un martillo, abandonado junto a su maltrecha humanidad, aunque fuera de su alcance.

Las púas del alambre le desgarraban sus tobillos y muñecas mientras “El Gato”, ya sin disfraz, mezclaba cemento y cal en una tina, junto a dos grandes cajas repletas de ladrillos.

El sicario agrandó los ojos lleno de espanto. Le había reconocido. Era un fantasma de ojos verdes.

Uno temible y vengador.

Calmosamente, aquel espectro viviente comenzó a cementar un ladrillo sobre otro, disponiéndolos transversalmente en el ángulo formado por el esquinero, dónde el prisionero y el baúl compartían espacio. Levantaba una pared...

Entonces, aquel feroz matarife comprendió que esta vez no era el victimario, e iban a emparedarlo vivo.

–Eso mismo. Para que te descubran algún día, cuando derrumben este aguantadero, y lleven la osamenta a la facultad de medicina. Recién entonces servirás para la vida. Hasta ahora, serviste fielmente a la muerte.

Intentó Deodoro Pantaleón zafar con toda la fuerza de sus potentes músculos del cerco alambico, pero estaba tan bien ajustado a su cuerpo que las púas ahondaban puntazos

desgarrando las carnes al menor movimiento, y escapar de la trampa mortal no era posible.

–A mis cuatro compañeros también les resultó imposible zafar en el ranchito aquél. Yo lo hice de milagro. A uno, lo torturaron ustedes hasta morir antes de cercarnos como ratas en el rancho, ametrallándonos sin piedad con las Thompson.

Sí. Fue un atardecer ruidoso aquél. Pantaleón lo recordaba ahora con espanto.

Pero ya era tarde hasta para maldecir su suerte.

–A propósito, ¿Dónde dejaste la tuya? Tus tres compadres, los que siguieron al par, que despaché allí mismo, tuvieron idéntico percance. Ellos no pueden usar las “metras”. En adelante les resultó imposible acribillar salvajemente a nadie más. La noche que me cargué al último, cuando vos dabas vueltas de perro con el coche del Comisario, ya estabas sentenciado.

Empapado en sudor, entre la sangre que manaba de su cabeza y los orines que soltó su temblorosa vejiga, vio como la muralla de ladrillo y cemento se alzaba, metro a metro y en poco tiempo, hasta que, desde un pequeño espacio descubierto por dos piezas faltantes, los ojos verdes de “El Gato” relumbraron, fieros como nunca.

Deodoro Pantaleón era un miserable perdedor antes de despedir la vida en tan terrible forma. Como todos los mortales, vivió una niñez de pesadilla, acentuada por su estatura diferencial sin identificar a sus verdugos, por lo cual devino en

otro. Bajo las órdenes de Muleiro y Barragán, torturó y asesinó a mucha gente; entre ellos a los camaradas de su ahora verdugo.

Para el mismo, era aquél el último de los peones que caía. En adelante, les tocaría el turno a los caballos y alfiles del tablero.

Entonces pudo vivir con más intensidad, realizando un nuevo acto de justicia, el compendio de los anteriores y aquellos por venir.

Otros miserables tomarían el relevo de los canallas difuntos, sin duda alguna. Pero éstos, los más entrenados sicarios, jamás volverían de la muerte en pos de nuevas tropelías.

Lo último que el sentenciado no pudo captar con la mirada, desde el silencio y la oscuridad, fue su lenta e implacable asfixia, mientras el sol del nuevo día invadía el pulso de Avellaneda –ex Barracas al Sur– y sus barrios obreros.

Prólogo

Se juntaron en La Reja. El falso Alberto Perkins llegó al volante de un Duesenberg color miel –igual que los de Gary Cooper y Clark Gable, alquilado para la ocasión–, calzando equipo de montar. En su rol de vástago parido por británicos en Buenos Aires gastaba maneras firmes, no exentas de caballerosa suavidad.

La mujer del juez lo aguardaba con igual atuendo y una sonrisa cómplice. En su haras, atendido por dos peones, retozaban seis pura sangre briosos, y bien alimentados, de pelo brillante y cuidado.

Ella se subió a la grupa de una yegua palomina, hija de un campeón británico, y él montó a Farad, potro árabe nacido en Túnez con ascendencia bereber.

–Te doy mi mejor caballo, Alberto.

–Los que tenés son óptimos. Cualquiera podría ganar la Gold Cup de Aston –dijo, echándole un guiño cómplice que ella retribuyó, y luego cabalgaron por senderos verdes, tras iniciar un trote corto.

“El Gato” amaba los caballos y conocía a fondo el historial equino, con su catálogo de razas y competiciones. Alguna vez soñó con criar pura sangres en una estancia modélica. Pero la anarquía se lo sacó de la cabeza. Antes que la crianza de equinos estaba el reformar la sociedad.

Trotaron, matizando ambos el galope corto bajo el sol del mediodía, mientras se relojeaban de tanto en tanto. Eugenia Pinto Durán parecía otra, no la que folló salvajemente durante el sarao. Todo el desequilibrio que proyectaba la pelirroja Estela era medida en esta otra. A la obviedad de su peligrosa inteligencia la presidía el buen poder del cálculo.

Junto a unos ombúes, ella frenó su yegua. Él hizo otro tanto con el potro, y descabalgaron. Era un día radiante de sol benigno y cielo azul sin nubes. La brisa primaveral acompañaba el diálogo de los novísimos amantes.

–¿Quién sos en realidad? –le soltó a boca de jarro, encendiendo un Camel.

–Un fantasma. –dijo él, provocándole una risa franca.

–En serio te digo. Me da la impresión de que nos usás a las dos para algo, que no es pasar un buen rato.

–Acertaste. Quiero pasar dos buenos ratos con ustedes. Y que se reiteren además.

–No es una respuesta convincente. –repuso, entre seria y desafiante.

Varón práctico, la estrechó entre sus brazos y le acercó el aliento, sin besarla.

–Lo que te convence es lo que tengo en la entrepierna. A vos de una manera. A Estela de otra. Me gusta la variedad. Soy un primitivo ilustrado.

Ella soltó una carcajada y la empezó a desnudar mientras se agitaba.

Era de rápido hervor la dama.

–¿Me vas a hacer el culito en la pradera...?

Se lo hizo y más. A ella le encantaba aquel poderoso macho envuelto en el misterio. No había completado su cierto enamoramiento, pero la rendía polvo tras polvo. Era aguantador, delicado y brutal a la vez. Una mezcla rara de criollo y caballero británico. Pero si quería algo de ella, no era centralmente su cuerpo y menos aún su alma. Había algo más que no sabía, vinculado sin duda con un consorte al que detestaba desde siempre.

–Es la guita... –le dijo tendida en la hierba, mientras el sol seguía alimentando su desnudez espléndida.

“El Gato” respondió sin mover un músculo.

–Es lógico. A los dos nos gusta vivir bien. La pasta de tu marido está lejos de ser despreciable. Aunque el de Estela tiene mucha más.

Y le gustaba mucho menos que aquella morocha. Ella lo sabía.

–Quizá seas insaciable, Alberto Perkins o cómo te llames.

Por toda respuesta él abordó su chaqueta y le arrojó un pasaporte.

La dama lo hojeó con cierta avidez.

–Acá viene a decir que son de padres galeses, tenés treinta y nueve años y naciste en Toronto, Canadá. También que viajaste mucho los últimos tiempos. Los matasellos aduaneros de Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Argelia y Brasil así lo indican. Y son auténticos. He viajado mucho y sé distinguir.

Las labores de Gonçalves no tenían rival. De manera que pudo seguir desenrollando su novela con toda tranquilidad.

–Mi padre desempeñó funciones consulares y ya mayor viajé tupido. Pero mi idiosincrasia es criolla, nena. Me exportaron a Buenos Aires siendo pequeño. Él fue amigo de los Sáenz Peña, padre e hijo, y apostaba en las carreras con Carlos Pellegrini. Mi vieja era una *mezzo* soprano de campanillas. Cuando subió Hipólito Yrigoyen, hicieron buenas migas.

–Y te enseñó a acomodarte en las amistades.

–Mi viejo era un *gentleman* de fondo bohemio. Enviudó joven y murió sin hacerse rico, legándome cierta renta. Pero no deseo morir como él. Quiero vivir siendo rico.

–¿No será que pertenecés al Partido Radical y te mandaron para joder al juez, valiéndote de su mujer!?

Negó con la cabeza.

–Más bien me valgo de la desidia de Su Señoría para jodérmela a usted, primor.

Dicho esto, se acostó en pelota sobre la hierba apoyando las palmas sobre la nuca, mientras extendía las musculosas piernas. Ella se le montó encima en un periquete, apoyando su vulva abierta sobre el pene.

–No te creo una sola palabra. Sos mentiroso y crápula, pero me chiflaste. Sabés tratar a las mujeres y yo no soy de mármol. –terció, frotándose sobre el tronco en erección– Antes me saciaste por el culo. Ahora te quiero en la vagina.

–Así será. Pero ya que pusiste las cartas boca arriba en sintonía con las piernas, antes hablemos de negocios. –dijo, apartándola bruscamente.

Ella aceptó sin rechistar. En las distancias cortas aquel diablo de ojos verdes la doblegaba.

–Quiero sacarle limpiamente, con un buen plan, toda la pasta al hijoputa de mi marido.

“El Gato” pensó que aquí se impondría la ruina, en vez de la sangre. Y le daba igual, puesto que la ruina es otra forma de extinción para quien con pocos escrúpulos hizo del dinero su ideal. Pero siendo aún los negocios incipientes, volvió a saciarla.

Como al pasar, y antes del retorno a la estancia, desenfundó unos binoculares y observó las colinas cercanas deteniendo el repaso en un montículo durante cuatro segundos. La mujer del juez se inquietó.

–¿Qué estás haciendo?

–A veces los anchos horizontes me inspiran. Pinto aguafuertes... –dijo sin mirarla, mientras ella, postrada y de hinojos iniciaba una última felación.

Al caer la tarde cenaron alumbrados por velas. La charla fue menos romántica que el paseo campestre.

–Además de buen amante, te supongo ducho en estos menesteres, querido. Preciso que planees algo silencioso y efectivo para ganar el cincuenta por ciento de tres millones de pesos.

Ella estaba en negligé de color rosa cubriendo apenas el espléndido continente. Le gustaban los negocios sucios, y al personaje interpretado por el vengador mucho más, aunque el disfraz atenuara esa presencia anárquica tan contundente.

La mujer manifestó su poder de cálculo.

–Hay dos formas de hacerlo descartando la violencia: el chantaje o la delación. A la muerte le conduciría de enterarse Barceló.

En los planes de “El Gato” no figuraba eliminar en ningún caso al Juez. Ya tenía bastante con la tarea encomendada a Estela Gurmendez Solano.

–¿Hay forma de probar que tu marido le roba?

–Guarda la contabilidad B en la caja fuerte de un banco, en la Capital Federal. Llegar hasta ahí es difícil. Imposible diría yo...

No para él. Cierto es que, años atrás, hubiera sido fácil. Su entrenamiento atracando bancos lo hubiera autorizado. Hoy ya no. Ante los cambios y modernización capitalista se imponía otra estrategia menos estentórea. Los caminos eran diversos y debía escoger el menos comprometedor.

Desde el “vamos” no confiaba en Eugenia Pinto Durán. Es posible que estuviera prendada de él, aunque no hasta el punto de jugar limpio. En cualquier caso, odiaba al marido por razones diferentes a las suyas.

–No soy un pistolero, nena. Jugar con fuego es tan peligroso como Barceló.

–Sos de guante blanco... y polla muy dura, cariño. La estoy deseando otra vez. –le dijo, acariciando la mano que empuñaba el tenedor con un trozo de asado, atrapándolo con los dientes.

–Por hoy se terminó el himeneo. –sentenció impertérrito.

Soltando los cubiertos y calzándose la elegante chaqueta de montar, abandonó bruscamente el ágape en dirección al Duesenberg.

Los ojos de la mujer despidieron chispas ante el plantón, pero se contuvo. Levantándose de la mesa, y corriendo tras él, le echó los brazos al cuello.

–¿Ya no me querés follar más? Pensaba que dormiríamos juntos esta noche. ¿Tan poco te apetece, guacho?

Suavemente la desasíó.

–Necesito meditar lo que asegure disfrutar la vida con vos. *My dear...*

Ella sonrió con cierta tristeza enarcando una fina ceja.

Nuevamente percibió “El Gato” que no estaban solos en la estancia. Era la tercera vez que sentía cercana otra presencia espiándolos, que no era la de los dos peones. En la colina del atardecer había visto a alguien ocultarse. Ahora lo hacía en la estancia.

Entonces ella, ansiosa por su partida, deslizó un interrogante.

–¿Mañana te caerá bien mi telefonema?

–Me caes bien desde que te vi. Pero te llamaré yo cuando tenga algo resuelto. Debo pensar con tranquilidad. –acotó expeditivo.

–Mientras tanto, te vas a coger a la loca, ¿no? –dijo, desgarrando el tono.

–Te avisé. Me encanta la variedad. Sobre todo, la de billetes grandes. Además, el viejito se morirá cualquier día de éstos y ella irá a parar a un manicomio, después de que nos casemos, claro. A lo mejor pierdo el juicio...

Una sombra airada cruzó el rostro de la mujer. Él sonrió entre dientes.

–Llevará unos meses todo este asunto, nena. Me gustás mucho más vos. De manera que no debes preocuparte. Las locas terminan en el manicomio.

Dicho esto, besó cortésmente el dorso de su mano y montó en el lujoso automóvil de alquiler, perdiéndose en la carretera vecina a la Estancia en dirección a la Capital Federal. Tras lo cual, un hombre joven, bien trajeado en seda color marfil y de maneras suaves que había salido de la estancia, se arrimó a la mujer.

–¿Sospecha que existo?

–Todo en él es un enigma, hermanito. Siempre hicimos las cosas a dúo, pero me temo que esta vez precisamos un trío.

–Ya lo hicimos con el juez. Es tu marido en los papeles, el mío en la cama y estoy harto de él. ¡Quiero que lo joroben de una vez después de sacarle la plata, y al fin me deje en paz!

–Para eso mismo cabe montar este otro trío, Raúl.

El otro la observó con un rescoldo de histeria en el rostro.

–En especial lo precisás vos, de acuerdo a lo observado. Siempre te los coges vos. En cambio, éste te coge. –señaló.

Ella asintió en silencio, bajando los párpados.

–Me da mal fario, aunque debo admitir su gran atractivo, hermana. Supera de lejos el mío y el de cualquiera. Es un hombre de acción, no el caballero que finge ser. Lo observé jodiendo contigo en el sofá y desde la colina hoy. Nadie folla de esa forma sin ser todo un carácter. Dominante, por cierto.

Por un momento ella recordó los cuatro segundos que su amante destinó a fijar sus binoculares en la colina. Pero siguió de largo, fascinada por el recuerdo de su hombría.

–Es justamente lo que me tiene atrapada. De paso nos será útil.

–Querida mía. Todo nos salió redondo sin que pierdas la cabeza ni el corazón. Lo cazamos al juez solterón y marica hace cinco años. Falta esquilmarlo y largarse a Europa a vivir tranquilos. Vos con tus machos, yo con los míos; cuando nos apetezca, vos y yo. Así fue casi desde que tenemos uso de razón. La hermana mayor enamoraba chicos que luego yo me ligaba. Ambos disfrutábamos de ese juego hasta que debimos casarte y yo me convertí en el comodín preferente de Su Señoría. En los últimos cinco años disfrutaste mucho más vos. Mis ligues fueron subterráneos; al revés de los tuyos.

–Tampoco los disfruté especialmente...

–Parece que a éste sí. En la cama tendrás la exclusividad por fuerza mayor. Espero que no te enamores de él. Si así fuera, estarías a un paso de cagarla.

Ella lo sobró con el gesto, sumando la frase.

–¿También te gusta, Alberto querido?

–No me vendría mal. Pero es varón; varón y promiscuo. Tenés competencia. No solo con Estela Gurmendez Solano.

–Lo sé muy bien. –respondió la hermana, sin dejar de mirar resignada la carretera que se había llevado a “El Gato” al volante de su máquina, mientras la brisa del atardecer agitaba su vaporoso salto de cama color rosa, acariciándole el cuerpo, aún inflamado por el deseo.

Epílogo

Lucio Conçalves, “El Imprentero”, le anotició de las novedades que circulaban cada mañana en el Dock Sud y La Isla Maciel como pan recién horneado. Barragán había convencido a la mujer de Santillán de sus bondades protegiendo al marido de los horrores en Usuhaia, a cambio de amancebársela en un chalecito apartado del centro y puesto a todo lo alto. En cuanto a Muleiro, seguía mezclando tareas sucias con festicholas y muy poca vida hogareña. Tenía, eso sí, una amante fija, famosa actriz cómica y vedette en temporadas teatrales de sainete. La compartía con actores, músicos y algún político conservador, pero eso no le importaba. La mina estaba buenísima y le presentaba algunos queridos que compartían ágapes con ellos en el chalecito de Sarandí.

El objetivo inmediato de “El Gato” ya era Barragán. Pero la última desaparición del cuarto sicario, precedida por la muerte de los otros tres, más los dos fallecidos misteriosamente en el incendio del rancho habían disparado señales de alarma. Demasiadas coincidencias afectaban a los principales matarifes del Comisario y su brazo derecho.

En el despacho del primero, el otro preguntó:

–¿A usted que le parece todo esto, Jefe? Lo noto inquieto.

–Huele muy mal. Supongamos que no murieron todos los jefes de esa huelga...

–Partimos de la base que la diñaron señor. Yo me ocupé de ello.

–De haberlo hecho no hubieran muerto quemados dos de nuestros hombres, sin contar, claro, los otros gravemente heridos e inútiles para siempre gracias a la puntería de esa gente.

–No esperábamos resistencia a la detención.

–Nadie lo esperaba. Pero resistieron y quizá uno permanezca activo.

El del labio leporino se frotó la nariz. El otro siguió, dirigiéndose a él en tono admonitorio.

–Vos en persona debías cerciorarte de que eran fiambres y estar presente cuando ellos les remataron, y supuestamente prendieron fuego al rancho.

–Y así fue. Porque cuando se asomaron, uno subió el pulgar. Luego les cabía volcar bidones de nafta y quemar todo sin dejar despojos que pudieran identificarles. Ésas fueron las órdenes.

–¿Sabías cuántos huelguistas murieron?

–Con el chivato eran cinco. A ése lo baleamos nosotros cuando ellos lo echaron a patadas. Los que envié le reingresaron, seguramente para que todo fuera cenizas.

–Los tipos que enviaste a rematar a los otros cuatro, ¿sabían cuántos quedaban dentro?

–Sí. Eso creo.

–¿En serio? Quiero la verdad. Entre nosotros no caben mentiras, estamos de mierda hasta el cogote.

Barragán bajo la cabeza y negó apenas.

–Ahora veo claro. Ellos no sabían. Vos sí, y te largaste antes de tiempo. Gracias a ese error garrafal perdimos dos hombres allí mismo, y probablemente se nos escapó uno de los huelguistas.

–No creo en los fantasmas, Comisario.

–¡Vos andás muy ocupado garchándote a la mujer de Santillán! ¡Fue un premio anticipado por un trabajo mal hecho!

Marcos Muleiro se levantó de su sillón y, pasándose un pañuelo por la frente perlada de sudor, extrajo del aparador dos vasos y una botella de güisqui. Tras colocarlos sobre el escritorio, los llenó algo más distendido, extendiéndole uno a Barragán.

–Bueno. Después de todo quizá tengas razón y las tres muertes posteriores sean una casualidad. Pero de Pantaleón no hay trazas desde hace tres días.

–Lo vieron jugando unos mangos en el prostíbulo de siempre. Un croto le prestó plata y se fueron juntos...

–Deodoro es un boludo bárbaro. El ropero más grande que tenemos; aunque no es la primera vez que se hace humo.

–La última fue hace un año. Cuatro días jugando y jodiendo en quilombos.

–Descuide Comisario. Quizá mañana mismo lo veamos entrar por esa puerta pidiendo disculpas como un conejito asustado. Si no fuera porque es el mejor asesino que tenemos, ya lo hubiera echado...

Anochece en los alrededores de la Seccional. Muleiro apuró su trago y Barragán lo imitó.

–Hoy tuvimos un día bravo. Apretamos a dos rateros, picaneamos a un estudiante radical que andaba hinchando las pelotas por las fábricas y vos tuviste que cagar a palos a un macró que no quería soltar la cuota por las putas callejeras que rondan la Estación del Ferrocarril Roca. Mañana será otro día...
–dijo, calzándose la chaqueta.

Barragán se despidió un segundo antes, y cuando iba a transponer la puerta del despacho, el superior le dijo.

–Por cierto, a esa viudita me la tenés que dejar probar un día de estos. Si te tiene loco es por algo, y no quiero quedar afuera de la joda, ¿entendés?

De espaldas a Muleiro, Barragán apretó los dientes con rabia contenida y salió dando un portazo, lo más suave posible.

VIII. ESTRATEGIA, PAUSAS Y AMOR

Como buen estratega, “El Gato” era consciente de centrar sus labores de venganza sin superponer los difíciles objetivos que se le presentaban. Eliminar cuatro sicarios fue relativamente sencillo. También enamorar u obsesionar piezas femeninas enredadas en asuntos criminales o turbios, conectados con la masacre de sus compañeros.

El objetivo menos difícil sería ejecutar a Barragán, jefe directo de los matarifes difuntos y de otros vivos. Solía circular a pie o en automóvil sin custodia y bien trajeado en gamas oscuras; tal era su grado de impunidad en Avellaneda y el Dock Sud. A cambio, encimaba el riesgo de avivar la luz roja mortal, presente en el temprano accidente ferroviario de los dos primeros sicarios, el falso asalto con víctima del tercero, y la misteriosa desaparición del último, difunto anónimo entre las paredes de un cuchitril.

Suprimiendo al jefe del pelotón de sicarios, encendería la alarma en el Comisario Muleiro, objetivo más importante que el otro.

Sin embargo, era menos difícil liquidar al primero que a su jefe.

Sumado a los nuevos dilemas que se presentaban, ambos le habían espiado y conservaban la foto de carné, no muy nítida, presentada en La Tejedora del Sur cuando ingresó a la plantilla de operarios. Si bien mudó convenientemente de traza, pasando inadvertido para quien no le conociera a fondo, podían delatarle sus ojos, amparados la mayor parte del tiempo en gafas oscuras.

Optimizar el tiempo significaba, de momento, rematar el asunto con la pelirroja Gurmendez Solano, suspendiendo el contacto con la mujer del juez, una vez enterado de su cuadro de situación y perspectivas.

Sabía que la otra consorte intentaría dar con su paradero, por lo tanto debió mudarse precipitadamente a un lugar no muy alejado del centro, sin anotar a la loca del cambio.

En plena tarea de envenenamiento, y bastante desquiciada por su avanzada patología, debía ser atendida para asegurarse el éxito del plan. A ese efecto la citó en un discreto *meublé*, táctica que a la susodicha le encantó.

Allí la entretuvo un par de horas sobre una gran cama Luis XV hasta dejarla exhausta. Fue adrede. Deseaba sacársela de encima cuanto antes.

En medio de los ápices del mortecino placer montado en la jaca, se vio reflejado en uno de los espejos que rodeaban el lecho, y pensó si no estaba ejecutando otra venganza contra sí mismo.

Entonces ensayó cerrar los ojos para que el placer fuera anónimo, consiguiéndolo solo por momentos. El sentir que el doble filo de la distancia entre el sacrificio y su misión se angostaba, lacerándole el alma, era algo que no podía permitirse, de manera que hizo de tripas corazón y siguió adelante con furia salvaje empleando la voluntad, fundida a su moral incorruptible.

–¡Me rompés toda, mi amor!

Lo gritó varias veces y no andaba errada. La estaba rompiendo, pero no como ella creía, mientras envenenaba al viejo carcamán. Sin la menor sospecha del odio que hacia ellos y todo lo que representaban sentía el falso aristócrata.

–Está cada día más débil. Las gotitas mágicas surten su efecto. Después, ¿te casarás conmigo, Alberto?

Le contestó por detrás, haciéndola bramar.

–¡¡Ah, hijo de puta, sos divino!!

Ahora, en vez de dejarse transportar en la limusina, había conducido ella misma un Hillman Mix blanco. El chófer quedó cesanteado por consejo suyo. “El Gato” no quería testigos incómodos.

Esa misma noche, tras mucha insistencia de su parte, la acompañó a la mansión. Pensó que era oportuno observar el grado de deterioro del viejo, pudriéndose como un gusano.

Echaría una cabezada allí mismo, yéndose cuando amaneciera y antes del retorno de los sirvientes, de franco por órdenes de la patrona.

El primer movimiento consistió en visitar silenciosamente al anciano. Más que tentar el descanso, deseaba verificar cuán letal era el efecto del veneno provisto por la dama.

Ella le había referido que el marido no podía moverse de la cama, habiendo perdido el habla. Se ocupaba de cavarle la fosa en exclusiva, sin que el personal de servicio asomara la nariz en esa tumba abierta y pudiese auxiliarlo en pos de evitarla.

La pelirroja era perversa en general y muy mala enemiga en particular. Pero tenía un costado vulnerable amparado en una suerte de romanticismo tardío.

Gracias a esa tara, y valiéndose de su atractivo, “El Gato” la llevó a ese extremo.

Los resultados prácticos de tal combinación de factores podían apreciarse sobre aquel lecho de muerte.

Gurmendez Solano agonizaba lentamente; respirando apenas y con los ojos muy abiertos.

De no ser por las causales que guiaban aquella inspección ocular, la escena era terrible.

La mujer envenena al marido, ya en las últimas, llevando de la mano al instigador hasta su lecho de muerte.

La realidad subterránea era otra, no mediando la ambición en el susodicho, aunque las apariencias proyectasen de hecho esa turbia atmósfera criminal.

–¡Estoy de nuevo caliente, quiero que me cojas delante del “muermo”. Le queda poco tiempo y será emocionante! –bramó ella, acariciándole el paquete.

La creciente locura guiaba su instinto sexual hasta las entrañas mismas del horror.

“El Gato” advirtió que los ojos del anciano tornaban a brillar igual que aquella noche, cuando lo divisó a sus espaldas, reflejado en el espejo, mientras se volteaba a la mantisa. Pero en la ocasión al brillo mórbido lo impregnaba el dolor físico.

Así lo indicaban sus constantes retortijones.

La pócima y sus muchas raciones operaban quemándole las entrañas. Ella admitió recién entonces que había acelerado las dosis.

–Es una sorpresa, querido. No lo dije antes para que lo disfrutases con tus ojazos verdes. El mierda se nos va esta noche. Quizá dentro de un rato. Así que sería fantástico celebrarlo a nuestra manera.

La inminente viuda insistía en el manoseo y hasta clavó sus rodillas en el piso, intentando desabotonarle la bragueta. Él le

aferró las muñecas con energía y ella se quejó, desistiendo finalmente.

“El Gato” detestaba a ambos. Pero por nada del mundo iba a prestarse al aquelarre.

–Voy a descansar un rato mientras se muere, nena. –dijo, saliendo del cuarto, seguido por ella en vaporoso negligé.

No le daría el gusto al moribundo, ni a su victimaria. Era ese el causal, no escrúpulos humanitarios que el despojo humano no merecía.

De repente, a sus espaldas aconteció algo que no figuraba en el libreto.

Fue un disparo a quemarropa.

Por instinto, él se echó cuerpo a tierra escrutando la flamante secuencia. Y vio como la pelirroja se desplomaba emitiendo un quejido, con la nuca perforada por un certero proyectil, mientras el viejo, incorporado a duras penas en su lecho y a punto de desfallecer, blandía aún su pistola Browning.

Venciendo las pocas fuerzas que le quedaban, el dueño de La Tejedora del Sur había ultimado a su asesina, anticipándose a los planes del acompañante.

Empero, ya en la recta final de su agonía, alcanzó a farfullar:

–Me... estaba... envenenado la hija de... –musitó con voz casi inaudible, mientras el arma se desprendía de sus falanges

mortecinas, cayendo sobre la alfombra persa que circunvalaba el lecho.

“El Gato” la apartó con el pie, arrimándole al moribundo ejecutor la mirada verde llena de desprecio.

El socio de Barceló, señor de horca y cuchillo, y su red de corrupción, dilató los párpados, sumando terror a los retortijones.

No importaba quien era ese hombre. Sus ojos, sobrevolando el propio aliento fétido de próximo cadáver, salían del Infierno.

Quizá entonces empezó a entender que aquello era una venganza que nadie pagaba. La de alguien que no ambicionaba a su mujer, la inmensa fortuna, ni su fábrica.

Lo último y más ostentoso de sus bienes le llevó a entender las razones de la agonía.

¡Claro! ¡De la fábrica y sus huelguistas asesinados dimanaba aquel aroma inconfundible de revancha!

Quizá no todos los que encabezaban la frustrada huelga habían perecido. Sin duda era aquel el amigo de maravillosos ojos verdes que su loca sobrina protegía, diciéndole que le gustaba mucho. Un canillador al que apodaban “El Gato”. El líder real de los revoltosos. Un fantasma retornado de una muerte hacia la que él mismo marchaba esa noche...

Sin soltar una palabra, el dueño de La Tejedora del Sur y su verdugo último se entendían perfectamente.

A menudo, dos miradas convergentes y asimétricas reflejan el curso de los pensamientos, aunque partan del odio mutuo. Una razón de peso basta y sobra.

No se molestó “El Gato” en hacerle sentir al moribundo que su vida era veneno puro, y que el agregado por su traidora cómplice era el menos significativo, pues le afectaba a él y no a los demás, como pasaba desde hacía años en su tejeduría.

Gurmendez Solano, ejecutor de su cómplice nupcial, no había ametrallado a sus camaradas. Los poderosos encargan jalar el gatillo a los sicarios. A última hora debió jalarlo él en supremo esfuerzo, para irse poco después.

Aquel demonio aún permanecía allí, a su vera, para constatar la defunción.

Era tan inútil ofrecerle riquezas para que llamara a una ambulancia, como pronunciar una sola palabra.

Le costaba respirar cada vez más que nunca y el estómago le ardía como la cabaña en la que, por su mandato, ardieron unos huelguistas fracasados.

Los efectos de la pócima eran una garra de acero apretándole el cogote flácido de sus ochenta y cuatro años.

Ni un minuto más.

Por último, tras mover los labios frente a la muerte y el vengador, expiró con los ojos muy abiertos.

Todo ocurrió muy rápido; aunque en cualquier caso se había ejecutado otra fase de su venganza sin ser él mismo quien directamente la rematase.

La policía descubriría los cadáveres ni bien la servidumbre retornase en la mañana.

Y él estaría lejos.

Por consiguiente, el cuadro de situación que se presentaba le aconsejó largarse lo antes posible.

Aquel par de despojos había ordenado la masacre de sus compañeros en vida. Y si prendió fuego a sus restos en medio del dolor y por necesidad, aquellos miserables no se merecían menos.

Teniendo en la cabeza el fuego y las cenizas como símbolo del cometido vengador, no convenía quemar la mansión con los fiambres dentro, tal como le pedía el cuerpo. Aquel friso de sangre y veneno era una prueba exculpatoria de terceros.

Las huellas dactilares del viejo quedaban impresos en el arma homicida. La pócima que lo dejó seco en un frasquito de tocador de la occisa.

Originariamente había tramado soplar a *Crítica* o *Noticias Gráficas* el lento y tortuoso envenenamiento de Gurmendez por la pelirroja, al borde de una locura que terminaría deflagrando.

El viejo canalla lo había resuelto mejor, librándole de que una trama posterior exculpase a la pelirroja, y al delatarle quizá esa

furcia, durante la investigación, salieran en estampida buscándole a él.

Amparado en las sombras, abandonó la mansión dejando atrás dos nuevos cadáveres.

Su amante forzosa tenía la cabeza abierta y el impacto la empujó hacia adelante, derrumbándose de cara al piso de roble macizo y progresivamente ensangrentado por una espesa mancha púrpura.

Su asesino quedó inclinado hacia un costado como una marioneta sin hilos, con los ojos entrecerrados y la boca abierta y desencajada. Antes de partir verificó su falta de pulso. Después observó unos instantes el cuadro mortal, arrancado de una obra de Shakespeare.

Era la dramática escena de un pleito matrimonial resuelto violentamente. Era un escándalo que Muleiro y Barragán pasarían a remate según los intereses de Barceló. Mientras, “El Gato” quedaba con las manos libres para acometer las siguientes fases de exterminio...

Prólogo

Se había propuesto no ver a Milena hasta completar su venganza, pero pudo más el hartazgo de copular fingiendo atracción por hembras miserables, atrapadas por su codicia.

Precisaba amor, besos sentidos y un cuerpo cálido que le transmitiese virtud y belleza. La hermana de Frank era, en tal sentido, algo apetecible. El milagro que la providencia había cruzado en su ruta de sangre y dolor.

Si bien conservaba el aliento justiciero que sus ideales le brindaban, por momentos se le revolvían las tripas tratando con las dos otras mujeres.

La pelirroja era más insoportable que la consorte del juez, encanallada sin duda, aunque menos complicada frontalmente con la masacre. Su marido la había esquivado, y también ella, pero algo le decía que esa mujer estaba harta de su matrimonio. A esa otra pieza no podía recomendarle veneno para ponerle fin. Le bastaba quitarle parte de su fortuna a través del chantaje, breve y contundente. Era un tome y traiga una vez en poder de los documentos que ponían en peligro el cargo y el cuello de su

señoría frente a su socio mayor, Alberto Barceló, a quien robaba secretamente en los porcentuales de coimas.

Igual, la morena debía caer en la volada. Primero, porque “El Gato” rumiaba apoderarse de los documentos; segundo, quedando la pareja en pelota frente al caudillo y Alcalde de Avellaneda, poco piadoso con los cómplices desafectos. Aquellos papeles documentaban los afanos de Su Señoría.

Ahora bien: la morena tenía un cómplice que los observaba. Un amante o pariente que los seguía a sol y sombra.

Lo presintió la primera vez que copuló con ella en una sala de la mansión, y en segunda ocasión al aire libre, semioculto en la colina cercana a la diversión, o en la Estancia misma.

Tenía que conocer su identidad con exactitud, y su grado de influencia sobre ella. Era obvio que trabajaban juntos. El matiz curioso radicaba en que esa mujer estaba de lo más caliente con él. El factor tendía a descartar que el fisgón fuera un amante. Haber descubierto la existencia de un tercero le incordiaba poco. Llegado el caso podría utilizarle para salir limpio de lo que tramaba.

Tampoco le afectaba en demasía la perspectiva de que Barceló liquidase al matrimonio. A Luís XIV le siguió la decapitación de María Antonieta. Eran lógicos los ajustes de cuentas en la Historia grande y en las pequeñas. En realidad, las reyertas del hampa no le quitaban el sueño. Él pertenecía al mundo de los ideales, pese a que debiera mezclarse con esos reptiles, ajustando cuentas con algunos del terrario.

Salvando la táctica de acción directa con los cuatro sicarios de Barragán y el Comisario, las siguientes movidas proyectaban otros victimarios para sus víctimas.

Cuando Milena entró en su casa y le vio mateando, se llenó de alborozo. “El Gato” la cogió en sus brazos y, sentándola sobre las rodillas, la besó despacio, saboreando cada humedad de aquella boca que sabía a rosas frescas y rocío de la mañana.

–Violé su domicilio con ganzúa, moza. –dijo burlón.

–Para usted no hay otro castigo que la rendición de la pieza, mi asaltante de sueños. –respondió, acurrucándose contra su pecho– ¿Sabe?, voy a sorprenderlo. Secretamente esperaba que hiciera lo que hizo, y le prepararé lo que ahora escuchará –le dijo, dando un respingo y colocando el plato de un modesto tocadiscos de mueble radial, un acetato de “Parlez–Moi D’Amour”, en la voz de Lucienne Boyer.

“El Gato” dibujó su mejor sonrisa y, mientras la voz de Lucienne desgranaba con maravillosa suavidad la melodía, el curtido descendiente de francesa–italiana se entregaba a las caricias de Milena, y las de Boyer...

Esa noche se amaron con infinita ternura y pasión. Le dijo que fue imposible cumplir con su promesa de no volver hasta ella hasta completar su venganza, mientras Milena le reiteraba una y otra vez el temor por su vida.

–Los gatos acreditamos siete y no llevo gastada ni una, prenda. Si no te viera, sería como gastarlas todas de golpe.

Últimamente se preguntaba sobre si comprendía a fondo el sentido de la vida. La acción revolucionaria se lo daba, pero no tenía veinte o treinta años. Faltaban un par de meses para cumplir cuarenta, y aunque representaba menos a pesar de las hebras blancas que surcaban su ceniza claridad, creía llegada la hora de matizar el combate social con el goce de vivir un poco enamorado, y algo menos perseguido por la vieja idea anárquica.

El asesinato de su padre en Barcelona, seguido de la lenta agonía de su madre por esa causa, le había remachado la venganza en la cabeza y el corazón.

El *debut* proletario en la fábrica textil obedecía a la plausible idea de sumar voluntades, reforzando de hecho los contenidos sociales del ideario combatiente. Los sangrientos planes del presente eran un justo imperativo, propio de la falta de libertades en la que una masacre era silenciada y nadie impartía justicia. Lo del padre jamás fue investigado.

El sistema era el mismo en todas partes.

A menudo se reunían los activistas en casa de Frank y Milena. “El Gato” la recordaba sirviendo café o preparando la pava y el mate para la ronda.

Siempre le había gustado esa muchacha. Pero la preparación de la huelga y el respeto por los hermanos frenaron el galanteo.

Sentía que los ojos de Milena se encendían cuando, en las reuniones, él tomaba la palabra, diciendo cosas como ésta:

“Camaradas yo creo en la democracia proletaria. Pero soy anarquista y, como tal, también confío en la acción directa. Ustedes plantean realizar una gran asamblea fabril para que nuestros compañeros decidan qué hacer. Si viviéramos en un Estado que respetase nuestras decisiones, sería correcto. Pero esto es una dictadura mal encubierta y estamos en Avellaneda, el feudo de uno de sus perores mafiosos. Si la patronal y ellos tomaran conocimiento de una huelga, con ocupación de fábrica, daríamos con los huesos en la cárcel. Y eso, teniendo suerte.

Por ello, mociono decretar por sorpresa la huelga desde dentro de la fábrica. Hasta nosotros llegará la prensa, y lo que es más importante la solidaridad del vecindario. Cuenta la decisión, no las bellas palabras. Ellas vienen después, cuando el movimiento cobre estado público y fuerza social...”.

Oficialmente, el líder era Osvaldo Santillán. Pero en los hechos tallaban “El Gato” y su autoridad.

Ahora era el hombre de pleno derecho de Milena, hermana de Frank Buvotnik, su principal lugarteniente.

Amar, en lo posible mediando esos tiempos sin Estado de Derecho –en los que defender la práctica de ciertas leyes constitucionales, burladas de continuo por un gobierno fraudulento y espurio, con la complicidad de la oposición, minoritaria a la fuerza, tuerta y coja–, era difícil tarea.

Siendo muy joven, había restado valor al gobierno de Hipólito Yrigoyen, brutal represor en ocasiones, aunque no la mayoría de las veces. Pero aún guardaba patente recuerdo de la luctuosa Semana Trágica y los fusilamientos patagónicos, amén de otras

calamidades toleradas por el caudillo radical y Marcelo Alvear, ex Presidente sucesorio entre sus dos mandatos y hoy cabeza opositora, tan monda por fuera como por dentro.

Al lado del General Justo y Alvear, Yrigoyen resumía ciertas virtudes. Al menos era un burgués criollo al que buena parte del pueblo apoyaba.

Milena compartía esa visión del país y los asuntos sociales. No era anarquista, inclinándose más bien por el socialismo de Juan B. Justo. Admiraba profundamente a Alfredo Palacios, el primer diputado socialista de América Latina en 1905. Palacios atacaba el régimen del general fraudulento. También Lisandro de la Torre, el santafesino incorruptible. Eran burgueses avanzados y amigos de los pobres para “El Gato”; aunque situados a buena distancia de los auténticos intereses libertarios.

Sin compartir su ideario al completo, Milena amaba al varón irresistible e ídolo del hermano asesinado, estimando en su vigor revolucionario el impulso necesario contra el hambre y la miseria de los trabajadores y sus familias, en aquella Argentina partida en dos, de clase media oscilante y, en su mayoría, acomodaticia.

Seguramente pensó que la joven muchacha ambicionara quizá darle hijos en alguna granjita de propiedad, país adentro. Ella traía el aliento campesino de sus padres croatas.

—¿No te gustaría sembrar de árboles frutales y parcelas de trigo, engordando algún ganado en tierras fértiles, Jean Louis?

Lo llamó por su nombre. Así sería en adelante. Él se la quedó mirando con verdores mansos. Milena quería volver al capitalismo primitivo. Ni siquiera eso. Y no estaba nada mal como retiro en una madurez cercana. Esa chica anhelaba el futuro en común de una familia. ¿Era él hombre para esos menesteres?

No podía pensar en ello de momento. Solo disfrutar aquél remanso del guerrero que le brindaba su esplendor joven entre tanta oscuridad.

–Te amo, Jean Louis.

El instinto de alma libre le arrimó la respuesta a los labios.

–Podría ser tu hermano mayor. Casi tu padre.

Ella no se rindió, a tenor de su respuesta.

–Pero no eres ni una cosa ni la otra, querido. A mi único hermano lo estás vengando y, pese al riesgo que corres, no me disgusta en absoluto tu mal genio. Algo en mí dice que vivirás muchos años.

–Es difícil decirlo en mi situación. Por ahora me basta con tenerte cerca.

La tenía desnuda en sus brazos y sintió en su piel la conmoción que causó aquella frase.

–¿Es en serio? –inquirió, acariciándole la faz endurecida.

Él asintió con el gesto, agregando:

–Hace veinte años que no tenía una sensación igual a ésta. Y es bueno repetirla...

Entonces volvieron a hacer el amor, una y otra, y otra vez...

Epílogo

Los periódicos titularon la tragedia de los Gurmendez Solano como el drama pasional caracterizado por la consorte demasiado joven para un anciano que casi le doblaba la edad. En cambio, el Comisario Muleiro seguía atando preocupantes cabos ante la cierta indiferencia de Barragán.

–Tres subordinados muertos, otro que no aparece por ningún lado, y ahora le tocó a los dueños de La Tejedora del Sur. No puede ser una casualidad.

El ladero lo miró algo burlón. Su Comisario insistió.

–No te lo creés. Don Alberto tampoco. Considera que fue el azar. Me dijo que me dejara de joder. Me notaba nervioso últimamente y, según él, sería mejor tomarme unos días de vacaciones. Claro, es un hombre intocable. Está más protegido incluso que el Presidente de la Nación. Nosotros no.

–Jefe, en este país, como en cualquier otro, algunas tragedias se encadenan por casualidad. Con frecuencia es así.

–Puede. Pero estas coincidencias me dan mala espina. Juraría que todo está relacionado con los fiambres del rancho. Aquellos huelguistas de mierda. Los forenses no identificaron a nadie.

–No podían, estaban todos achicharrados. Los huesos calcinados, y mucha ceniza. Aquel ranchito era como una caldera. Fue hace meses. Y nadie protestó. Un lamentable accidente. La bombona de gas averiada y chau picho.

–Todo eso lo inventamos nosotros. Estas otras muertes también pueden ser fabricadas o inducidas.

–No hay indicios que lo señalen, Señor.

–Tampoco en lo que nosotros hicimos. Fue perfecto... en apariencia.

–De eso se vive...

–Y se muere. No hay que olvidarse. Aunque estés disfrutando de la minita del muerto, y te cueste imaginar que de golpe nos puede pasar lo peor.

Mientras ellos comentaban la nueva, revelando dos enfoques y estados de ánimo bien distintos, “El Gato” y “El Imprentero” Gonçalves compartían con buen talante unos mates en el bien resguardado refugio del segundo, sito en algún lugar de la Isla Maciel.

Ejemplares de los matutinos y vespertinos alfombraban el piso junto a la mesa de roble esmaltado y dos sillas. Entre sorbos que

vienen y van en la ronda gaucha, cruzaban comentarios sobre las últimas novedades de interés común.

–Los diarios te hacen justicia sin nombrarte, Jean Louis.

–Vos me financiás la parada. Sin ese auxilio mis medios materiales serían inexistentes. Ya no es época de andar asaltando bancos con el *savoir faire* de los viejos tiempos.

–Cierto. Pero yo hice guita con las falsificaciones en estos años y me alcanzó para abastecer a la causa. No me casé ni tengo familia. Tampoco podría adaptarme a echar un par de polvos a la semana. Si preciso más, llamo a las chicas; si no, leo, voy al cine o viajo a Uruguay, a hacer negocios más desahogados.

–Te camuflaste bien, amigo.

–No tengo tu planta y mucho menos tu mano izquierda para tantas cosas. Soy un calvo común, corriente y algo petiso, para colmo de nariz bulbosa. En cierta manera esa falta de atractivo me ayudó, camuflando mi inteligencia.

–Sos el mejor, camarada.

Gonçalves le destinó una leve sonrisa, agregando:

–En lo personal, salvan la parada mi higiene personal y el carácter, divertido a veces.

–Con las minas, la entrepierna. En las duchas del penal te cambiaron el apodo por el de “Manguera”.

El otro asintió, rascándose la monda calva.

–Pero a las minas de la casa en la que servías te las volteaste todas vos, “Gato”.

Entonces recordó los cuarenta latigazos con guasca de cuero que le marcaron la espalda para siempre. Y los seis meses de aislamiento.

–Te salvaron las mujeres de una muerte segura. Nadie lo podía creer. El marido y padre les hizo caso. Las mujeres pueden mucho, por eso mismo no me casé con ninguna. Me apetece llevar las riendas de mi vida. Estas otras, justamente, son las que te facilitan ahora liquidar a los peces gordos.

–Cierto. La pelirroja liquidó al viejo.

–Y él a ella, con vos dirigiendo la partitura. Te salió redondo el yeite. Los dos *caput* y sin incriminarte un pelo.

–Da igual. Estoy muerto.

–No. Y te queda cuerda para rato.

“El Gato” sorbeteó calmo la bombilla del cazo con yerba tibia, mezclada con cáscara de mandarina, y preguntó.

–¿Sabés dónde tiene Barragán a la mujer de Santillán?

Gonçalves llenó el cazo con yerba nueva y puso a calentar otra pava.

–Desde luego...

Al anochecer el Comisario Marcos Muleiro, cada vez más lleno de incertidumbres, visitó a su adivina.

Elisenda Morgana tiraba las cartas y leía las palmas de las manos en un coqueto caserón de Palermo. Allí vendía de paso carne de mujer a alto precio, con mucha discreción. Algunas actrices famosas y damas bellísimas, o chaperos finos, se prostituían con clientes VIP, de los que la adivina sacaba un buen pellizco.

El Comisario la visitaba de tanto en tanto por dos razones. Buscando descifrar lo que el futuro le aguardaba, o la menos común carne de varón.

–Si no me llamaste por teléfono es que querés lo primero. ¿Con cartas o palma de la mano?

Vestida sobriamente en satén morado, Elisenda Morgana, segundo nombre fraguado en la profesión, orillaba unos cincuenta años bien llevados.

Había sido una belleza morena y excepcionalmente abría las piernas, conservadas, como toda ella, por buena plata. Pero sus tareas más corrientes eran las de adivinar. Sin embargo, no se requería ser bruja para saber que aquél fulano tampoco tenía la vida por delante.

–“Palma” –afirmó el Comisario, invitándole ella a que lo siguiera hasta una sala en penumbras, apenas iluminada por humeantes inciensos.

Tras quitarse la chaqueta, una solícita auxiliar vestida de negro empezó a masajearle los hombros. Era, según la adivina, para relajarlo. A Muleiro, como a mucha gente, le sudaban las manos.

Era frío en las decisiones, pero temeroso de la inmediatez, a tenor de los crímenes y atropellos que ordenaba desde que ascendió a Comisario en Avellaneda. La certeza de que uno o más huelguistas hubieran sobrevivido a la masacre del rancho lo perseguía desde que sus pistoleros con placa fueron cayendo uno a uno.

Ya daba por muerto al desaparecido Pantaleón antes del fin de los Gurmendez Solano, y aquel par de prominentes cadáveres no le dejaba pegar ojo.

La medium le asió la palma de la diestra con un pañuelo rojo de algodón, mientras el sudor de Muleiro se extendía a otras partes del cuerpo. Con el rostro empapado y la mirada expectante, aguardó a que la mujer escrutara con unos ojos negros muy penetrantes las líneas de la palma. Antes había encendido un habano, dándole caladas cortas.

A los cinco minutos la depositó sobre el pañuelo, y le dijo entre el denso humo del tabaco.

–Tus miedos son justificados. Veo un peligro que une dos amenazas.

–¿Juntas? –preguntó hecho una sopa.

–Se juntan en vos por diferentes motivos...

Muleiro sabía que la adivina no podía saber a ciencia cierta quiénes representaban un peligro para él. Aunque su poder de intuición estaba sujeto a sustanciales aumentos de tarifa.

–¿¡Don Alberto es uno de los peligros!?

Lo dijo temblando. Ella no le llevó el apunte. Entonces, palpó su billetera en la chaqueta y extrajo varios billetes de cincuenta pesos.

La adivina les metió mano, y murmuró:

–Puede...

–¿Y el otro peligro? ¡¡Vamos, Morgana, estoy pagando con creces la doble consulta!!...

La adivina guardó un largo minuto de silencio con la mirada perdida. Luego señaló:

–Hay algo irreal. Una figura que no imagino del todo. Un muerto, tal vez. Pero quizá tu temor lo esté fabricando y no exista...

El Comisario secó el renovado sudor con su gran pañuelo, y tras despedirse tan nervioso como había ingresado, hizo mutis por el Foro. Afuera, un asistente al volante de su automóvil oficial lo aguardaba para llevarlo a casa, donde otro montaría guardia toda la noche. A diferencia de Barragán, el superior se cuidaba las espaldas.

Quizá no del todo. Desde un ventanal del caserón, una sombra alumbrada por velas humeantes liaba su cigarrillo volcando hebras de tabaco desde su petaca de cuero sobre el papel de fumar.

Cuando le arrimó la cerilla encendida, asomaron los ojos verdes de “El Gato” en el primer plano de la penumbra.

Ni bien arrancó el automóvil en el que partía Muleiro, le dio dos caladas.

Junto a él, Elisenda Sánchez, alias “Morgana”, con una mano apoyada en su hombro acotó:

–Gonçalves me avisó que vendrías ni bien le comenté la visita de ese canalla. Es un gusto verte de nuevo, después de tanto tiempo...

“El Gato” se volvió hacia ella, y besándole el dorso de esa mano se despidió, guiñándole uno de sus verdores.

–Lástima, “Gato”. Aguardaba que me acompañaras un rato en la pieza honrando los viejos tiempos...

–Éramos más jóvenes. Al menos yo. Vos estás espléndida, como siempre. Otro día será... –le oyó decir, mientras bajaba ágilmente las escaleras de ese primer piso.

La adivina suspiró hondo mientras le veía, ya en la acera, sumergirse en la noche. Una de sus amigas, tras cruzarse con él bajando peldaños, mientras los subía, comentó:

–¡Qué tipo tan atractivo, Eli! ¿Quién es?

–Hace años me salvó el pellejo, sacándome de encima un chulo de lo más hijo de puta.

–¿Se lo cargó?

–Más le hubiera valido; quedó tetrapléjico...

–¡Humm! ¡Todo un varón!

Otro, mucho más pequeño, tenía la certeza del superviviente en la masacre ordenada. Era el mismo que ejecutaba a sus laderos, y tarde o temprano iría a por Barragán y él.

Empero, la otra amenaza referida en la sesión era más virulenta. Lo peor que podía pasarle, relacionada con el maldito juez; un socio incómodo en ciertos asuntos de riesgo, cuando se da vuelta la taba...

IX. LA SED DEL VERDUGO

El corpulento sujeto entró en la penumbrosa pieza sonriendo. La bella mujer, cubierta por una robe de chambre escarlata que transparentaba sus encantos, lo observó apenas.

Sabía lo que tenía que hacer y, parada en un rincón, aflojó los brazos desprendiéndosela. Semidesnuda era una escultura viviente y criolla. Solo llevaba unas bragas negras de encaje cubriéndole el depilado pubis, y tacones altos al tono.

Él, muy excitado, se quitó la chaqueta y destrabó la corbata blanca con presilla de oro, haciendo que cedieran los botones de su camisa blanca a rayas negras sobre un pecho velludo. Era alto como el que había comandado la partida destinada a asesinar los huelguistas, tras llevarse horas antes al marido. Ese labio leporino apenas disimulado por un bigote negro y espeso, salvando el raleado en la cicatriz del cosido, indicaba que seguía siendo idéntico a Elpidio Eufemio Barragán.

El mismo en realidad.

En cuanto a ella, tampoco costaba reconocerla como a la mujer del secuestrado aquella noche inicial de escabechina, a pesar de que ya no era la de antes. Pintarrajeada en colores subidos, sus ojos delataban fatiga y dolor. Los tenía hinchados, como si hubiera llorado a mares.

En realidad, a Barragán le importaba un carajo que llorase o no. Él se la cogía.

De pie sobre sus oscuros tacones, de lejos se veía más que hermosa. Era un afrodisíaco para los sentidos. Aunque solo de lejos, retrocediendo para el caso en el largo pasillo que desde la puerta de calle daba a la pieza.

En la cercanía, el acento trágico de aquella belleza podía resultar conmovedor, subrogando encantos. Margarita Santillán no era aún “una mujer de la vida” al completo, aunque todo indicaba la cuesta abajo y su vecina rodada.

Ya en cueros, el morocho se le fue arrimando con el brillo maligno de siempre en los ojos oscuros, y de un manotazo la aferró por los negros cabellos largos y sedosos, buscándole los labios y la boca tentadora.

Ella zafó, apartándolo con brusquedad.

–¿Qué pasa ahora?! Anteanoche vos...

–¡Ésta es otra noche! –dijo en tono cortante, alzando la cabeza con altivez.

Por toda respuesta, él la aferró por los hombros forzándola a arrodillarse frente su polla en erección.

–Tuve un día movido y no quiero seguirte el juego de siempre. –le dijo– Preciso una buena mamada sin manos antes de clavártela.

–La carta primero. Dámela. –exigió la mujer con tono desafiante.

El fulano pensó en propinarle un par de sopapos y se contuvo por enésima vez. A cualquier otra le hubiera cabido un palizón. A ella no. Se decía a sí mismo que un día recibiría su merecido y era mentira. Estaba loco por ella.

Retrocedió entonces hasta su chaqueta, colgada del respaldo de una silla, y extrajo del bolsillo interior derecho un sobre blanco, extendiéndoselo. La mujer amagó abrirlo, pero acabó depositándolo en la mesita de luz y volvió a arrodillarse, sumisa como siempre.

–Está vivo y lo tratan bien, Marga. Ya sabés, tiene las manos un poco agrietadas. Por eso un compañero le escribe las líneas...

La mujer pareció no prestar atención a sus palabras, vacilando un instante antes de iniciar la tarea con lentos y sinuosos lengüetazos. La polla redobló el enervamiento. No era larga ni muy corta. Tamaño normal, con tendencia a la anchura de diámetro.

–¡Dale hija de puta; así me gusta! ¡No sabés cuanto placer le das a este macho! ¡Y eso que de casada parecías mansita como un cordero!

En los ojos de la mujer se reflejó el desprecio. Era la esclava sexual de aquel miserable a cambio de la libertad del marido, Osvaldo Santillán, teóricamente preso en Ushuaia.

Desde que se lo llevaron, nueve meses antes, no volvió a verle. Solo le llegaban cartas, pidiéndole que se cuidara y velara por la hijita pequeña, sin saber que la pobrecita había muerto.

–No quiero que te tragues la leche esta vez. Preciso la intimidad de tu culo.

Obedeció de nuevo, dándole la espalda. Él le palmeó suavemente ese trasero redondo y prominente tantas veces penetrado, cacheteado y mordido con ansia. Los cardenales iban y venían sobre esa curva suave de su pertenencia, desde que la hizo suya.

A él le sobraban minas y putas, pero ninguna lo calentaba tanto como aquella, por la que subordinados y superiores empapaban las braguetas.

“¡Qué cabrón este Barragán! ¡Nos cepillamos al desgraciado del marido y él supo engatusarla con el cuento de Ushuaia! ¡No es justo que se la beneficie solito!” –decían.

El requisito imponía su exclusividad. Por la misma se había convertido en su rehén sexual. Para otra cosa le faltaba ablande, y eso significaba tiempo en la doma. O quizá no hubiera doma

estando tan rendido a ella; sensación que por momentos lo esclavizaba a su vez ante aquella hembra imponente.

De momento, quedaba claro que era propiedad suya la prenda; y a pesar de que se la pedían desde arriba con peligrosa insistencia, no cedía el tranco.

La base de su calentura era degradarla a cambio de una protección falsa, como todo él. Matar a una rosa ahogando lentamente sus pétalos afirmaba su propia devoción por la muerte.

Como cada noche de por medio, desde cuatro meses antes, la tenía a su merced. La Marga era una belleza criolla de esas que cortan el hipo. Estatuaria y con cara de virgen. Antes de morir Santillán, ese hijo y nieto de hacheros tucumanos había catado el manjar a fondo. Aunque no tan a fondo como él. Los fabriqueros son pacatos en la cama. Hablan de amor y todas esas boludeces congénitas. Solidaridad, familia unida en la supervivencia, compañerismo y respeto.

¡Puaj!

En cambio, él le desvirgó enseguida el culito lindo, haciendo que le diera a su pija la primera sangre intestinal salpicada de heces.

A punto de penetrarla por detrás nuevamente, bajó los párpados, extasiado. Siempre lo hacía; más aún en esa noche de día agitado, machacando durante horas a ladrones y asesinos que no repartían beneficios con Don Alberto y sus servidores; entre los que él destacaba especialmente por su ferocidad.

En los planes futuros contaba entregar a esa mujer al hermano del caudillo, dueño del mejor burdel de la Isla Maciel. Pero no se había hartado de ella lo suficiente ni quizá lo hiciera nunca.

Además, la infeliz había perdido a la hijita de meses, a causa de la tuberculosis, a poco de que se llevaran al padre; asunto que la pobre creyó ocultar... a un finado. Y para colmo, ahora sus propios pulmones no pintaban nada bien. A tal punto que, en medio de alguna cogida feroz por ambas bandas, salivó unas gotas de sangre entre convulsas toses.

Fletarla al burdel era liquidarla del todo, cuando aún podía disfrutarla un tiempo. O quizá lo que le restara de vida... ¡¿Por qué no?!

En apariencia, a la provincianita la sostenía en pie pensar que el marido saldría libre en un par de años, cuando en realidad criaba malvas desde el invierno, aventajando en horas a los otros desgraciados.

Sí. Todos los putos huelguistas criaban malvas, pensó Barragán, disponiéndose a metérsela de nuevo por el culo a la mujer del primer muerto.

“¡Ah, probar a fondo una vez más ese orto divino y después morir!” –pensó inadvertidamente.

¿Por qué formuló aquello?, atinó a inquirirse en el siguiente instante. Y la vida le brindó entonces la más pronta de las respuestas.

De improviso, oteó el veloz relumbrón del filo que brota de un mango certero. Y sintió el súbito rasguido lacerante, seguido de dolor en los bajos delanteros; desde la base de las pelotas hasta el pene todo.

Abriendo los ojos con desmesura, Elpidio Arnulfo Barragán ahogó un bestial alarido, al tiempo que en un par o tres de segundos sus testículos rodaban por el piso acompañando un morcillón oscuro, macilento y en sangre.

¿Era aquello una de las pesadillas que a menudo lo asaltaban en medio de algún vaho alcohólico? No. Era la realidad de una súbita castración en toda regla.

La suya.

–¡¡Hija de puta, qué me has hecho!! –bramó con los ojos fuera de las órbitas, entre sorprendido y paralizado por el terror.

Ella, navaja en mano y punteando su garganta, lo contuvo, empuñando ahora su propia pistola, mientras desde el boquete enorme de su entrepierna manaba un torrente de sangre.

–¡¡Lo mataron y me tuviste engañada, emputeciéndome para conservarlo vivo en mi ilusión!!

Era inútil fingir, y ya casi inútil vivir, pensó el bruto, arrugando el labio leporino e intentando parar la hemorragia con los dedos encharcados en la savia fugitiva.

Era como atajar el torrente de un dique abierto con escarbadientes.

Ahí mismo llegó el eco de otra voz, con firme acento, desde el fondo del pasillo.

Con la vista ya nublada, atinó a reconocerla. No era la de un fantasma, o tal vez sí...

“El Gato”, perfilándose con su largo abrigo oscuro en una distancia vencida por pasos cortos de los que no hacen ruido, pese a las botas de cuero y punta afilada que los avanzan inexorables, era hombre de pocas palabras. Las justas para el caso, certificando su ruina.

—Su marido murió. Los restantes compañeros también. Llenos de plomo hirviendo casi todos...

Todos menos ese peligro público. Se maldijo al haberlo descartado. Muleiro tenía razón. Él había liquidado a su tropa, primero a los que llevaron los garrafones a la cabaña tras rematar a los moribundos, después a los otros tres.

—Fueron cuatro. El penúltimo está tapiado contra un esquinero. El día que volteen la edificación encontrarán una pila de huesos. El último de esa tropa infame sos vos.

Barragán empezó a escupir sangre. Eran arcadas, de asco y de miedo. Conocía a aquel demonio habiéndolo espiado al salir y entrar a la fábrica varias veces. Le impresionaban sus ojos, de brillo casi sobrenatural. Era el peor de los supervivientes posible. Un peligro público. ¿Cómo consiguió volver de un rancho acribillado a balazos y luego vuelto madera quemada hasta los cimientos?

–Desde un cubículo, bajo los listones de madera del piso. Lo demás se cuenta solo. Ni tiempo para pensarlo mejor te queda.

Estaba claro. Tras pillarlos por sorpresa, les metió bala.

Los encargados de prenderle fuego al predio y los cadáveres se convirtieron en cenizas. Pero las mismas impidieron identificar los restos, y se les dio por muertos al completo. Los huelguistas, el traidor y sus dos botones officiosos. Después el asunto se olvidó. La omnipotencia es como una topadora que no se detiene en fruslerías. Para mal, desde luego, porque “El Gato” no era una fruslería, sino la causa directa de su pronta defunción...

Todo en el fulano comportaba un misterio lleno de malos presagios que esta noche desprendían aroma a cadalso para la víctima. Él, astro absoluto de la función; un segundón de los poderosos. Humilde peón untado a medias y convertido en cabeza de turco por el misterio de un maleficio.

Otra cosa no daría lugar a aquello, de entraña tan desesperante.

Seguro que el maldito le había anoticiado a su puta la verdad, antes del paripé sexual, escudándose en la penumbra del pasillo. Le apodaban justamente “El Gato” por esa facilidad tan poco común de fundirse en la sombra de paredones, ranchos, máquinas hiladoras, edificios, mesas de bares, piringündines, lavabos públicos, milongas o la ajena sombra de cualquier mortal.

Así son los mininos. Conservan las siete vidas porque pasan desapercibidos hasta que uno se da de bruces contra algún ejemplar de esos que meten miedo cuando se cruzan a tu paso en la noche, sembrándola de malos presagios.

El de marras causaba pavor, respeto o las dos cosas juntas, con el agregado del terror en el ajuste de cuentas final.

A Elpidio Arnulfo Barragán le habían llegado de oídas rumores inquietantes sobre el fulano. El capataz acosador, hospitalizado y cabizbajo con su mano mutilada para siempre, era uno. Cabían otros del tenor, o parecidos.

Se mencionaban cadáveres insepultos y fulanos marcados por su acero en la facha bruta. Al comienzo no fue despedido de La Tejedora del Sur porque la sobrina de los Gurmendez lo impidió, quién sabe por qué diablos. Tampoco costaba imaginarlo. El maldito era una pieza viril codiciada por hembras de todas las clases, dentro y fuera de la factoría.

Al borde de la huelga, ya era tarde para despedir a su auténtico líder, que no era el difunto Santillán, sino él.

También caducaba cualquier esperanza de supervivencia para el mastín de Alberto Barceló, su comisario de turno.

La navaja que utilizó Margarita Santillán aquella noche, consciente viuda al fin, era un *souvenir* de su cesión, aunque manipulado por el desprecio y la propia ansia de vengar al marido asesinado.

La víctima de ayer y victimaria de hoy permaneció frente a él, estrujando despacio la carta falsa, para terminar arrojándosela a la cara con odio infinito sin decir una palabra. Tampoco él podía pronunciarla.

El terror se lo impedía. ¡¿Pero por qué la hija de puta le había segado aquello que la hizo gozar tanto las últimas semanas?!

En realidad, ya no tenía importancia la anécdota. Se estaba desangrando sin remisión.

Quizá morir fuera mejor que andar mutilado toda la vida.

Esa inadvertida víspera, el muy bruto fue quien pisó la trampa, urdida por ambos. Era una doble revancha que le caía encima. La de la esposa sacrificada que supuestamente emputeció por deseo, y el ajuste de cuentas del jefe obrero, un monstruo vengador de los suyos. Sin embargo, podía jurar que deseaba a esa mujer tanto como odiaba la sujeción a ella, portadora de su extinción aquella trágica velada.

Ya muy desangrado y pálido de muerte, el sicario se desplomó en el encharcado piso de madera del amplio cotorro que le montó con perversa ilusión a su obligada puta. No reunía fuerzas ni para gritar o arrastrarse siquiera.

En un santiamén se le cruzaron de repente imágenes vivas de todas sus víctimas. Las que se fueron en el tormento, antes o después. Las que escupió y picaneó, o vejó hasta la muerte, empleando métodos bárbaros.

Con Santillán se ensañó más que con otros. Le codiciaba la hembra. Y ahora llegaba la fantasmal revancha de él, y de todos sus muertos.

Por unos instantes hasta creyó entrever los cadáveres, riéndose a carcajadas en apretada y sanguinolenta piña sobre su aceitunada cara de bruto salvaje.

“¡El que la hace la paga!” –tarareaban, bailándole alrededor un alucinante candombe oriental, mientras “El Gato”, que había recogido del piso la navaja que al fin soltó la mujer, limpiaba con parsimonia el ensangrentado acero de Buenaventura Durruti en su camisa blanca a rayas negras, convertida en estropajo, para guardársela con parsimonia.

En un póstumo acto casi reflejo de machismo inconsciente, buscó tantear con sus manazas los huevos y la polla, enemistadas para siempre con su tronco, preludiando el largo y último suspiro, mientras la mujer se cubría con una bata en silencio y aquel hijo de Satanás le dedicaba en la penumbra, antes de partir con la prenda, su mirada más temible.

“Inútil intento de recuperar lo extraviado en la guerra.”, pareció decirle “El Gato”, enarcando una diabólica ceja, tras mover despacio los despojos viriles con la punta de la bota, alejándolos aún más del temblor ansioso de sus dedos.

Lejos, ladraban los perros a la Luna. En cambio, de su garganta no podían brotar sonidos, pese al empeño.

Haciendo un supremo esfuerzo suplicó entonces, con fuerzasidas:

–¡Matáme de una vez, carajo... no me dejés así!

La respuesta llegó sibilina, desde suaves pasos alejándose, embastados por el repiquetear de un taconeo. Fue lo último que los tímpanos de Elpidio Arnulfo Barragán captaron en la pesadilla real de esa medianoche.

La última de un miserable devenir...

Prólogo

Para “El Gato” la siguiente tarea era ocuparse del jefe del pelotón fusilador. Cuando llegó a la casita donde una pobre mujer entregaba su cuerpo a cambio de una esperanza, se le encogió el corazón.

En cambio, a ella la sobrecogió el espanto cuando le abrió la puerta aquel atardecer. Al comienzo creyó que era un fantasma. Él le demostró que no. Llegó cuando estaba sola, según su cronométrica estimación.

Barragán caería al baile dos horas después, tiempo suficiente para conversar un rato. Aquella velada, la circunstancia había vuelto a arrimar dos vidas.

Margarita, la mujer de Osvaldo Santillán observaba desde el estupor y la vergüenza a aquel hombre.

Él, muy calmo y según su costumbre, liaba su cigarrito tras arrimar la pitillera de piel abierta al papel de fumar, volcando la ración de tabaco apropiada. Con la punta de la lengua procedió a humedecerlo y contra la suela de una de sus botas encendió la cerilla, dándole lumbre. Luego aspiró hondo y la sopló,

desprendiendo un tenue hilo de humo enredado en el aliento. Durante el ritual observó detenidamente el coqueto interior del chalecito, puesto por todo lo alto. Eso no solo revelaba consideración por parte de Barragán.

Por las mejillas de la mujer resbalaban lágrimas silenciosas en la penumbra.

Eran de culpa, y él intentó disuadirla.

–Lo mataron la misma noche que fue alzado. El basura de Barragán te engañó durante meses con el cuento del Penal. Tengo amigos en Ushuaia. Pero vos no sabías nada, y te mantuvo en pie la esperanza de recuperarlo. Siento lo de vuestra niña. Eso te hundió más aún.

Él, con la boca reseca, le pidió un vaso de agua y ella se lo alcanzó, bebiendo un sorbo apenas para aclararse la voz.

Pero ella fue la que habló.

–Todo fue inútil. Maldije cada segundo en el que cedí al “Pronto vendrá”. Con otra carta falsa. Fue un error ceder al chantaje. Debí morir.

–Para mí, siempre serás la compañera fiel de Osvaldo. La mejor cocinera de nuestros fraternos cocidos...

Tras cartón, “El Gato” extrajo una sevillana de su largo abrigo oscuro y se la extendió.

–Es un regalo de Buenaventura Durruti. Mango de nácar; acero toledano del mejor. Apretás el botoncito y salta la hoja. Te corresponde hacerlo. Yo vigilaré cómo van las cosas. Barragán es peligroso.

También lo era una mujer despechada clamando venganza, pensó...

Epílogo

“El Gato” y ella habían dejado un cuerpo agónico en la pieza. Ahora pensaba llevar consigo a la infeliz, ocupándose de la mujer en lo posible. Era la de un camarada y se haría cargo. Sin embargo, ya a un paso de la puerta, los tacones dejaron de repiquetear a sus espaldas.

Se volvió para descubrirla echada en el piso, boca arriba. En el toallón empapado en sangre que envolvía las muñecas, y la que manaba desde la vena sáfica en una de las piernas de Margarita Santillán, radicaba el desenlace de todo aquello.

En cuclillas, y poniéndole un cojín bajo la nuca, permaneció en silencio.

Inadvertidamente, Margarita Santillán se había cortado las venas, y lo que le restaba de vida seguía fluyendo imparable sobre la tela. Hizo algún ademán de alzarla en brazos pero ella se lo impidió, negando con el gesto y apartándole suavemente con los finos dedos.

–Voy a tardar un poco en irme. Pero no quiero una ambulancia. Respetá mi voluntad, “Gato”. Te lo pido por la memoria de Osvaldo.

Él suspiró hondo, asintiendo, y sus ojos fieros trasuntaron piedad.

–¿Lo hiciste porque en parte te gustaba el mierda, cierto? Quizá más en el catre que el pobre Osvaldo. Con él eras esposa y madre. Con este otro, la puta cara deseada por muchos hombres.

No contestó, ni falta que hacía, respirando cada vez con mayor dificultad. Pálida de muerte, estaba perdiendo pulso, y “El Gato” suavizó el mensaje último, estimando que la desdichada era una víctima de las circunstancias.

Aunque, por encima de todo, la esposa de un camarada.

–Hace un rato podías haberle clavado la navaja en el pecho, o haberlo degollado. Al castrarlo, intentaste liberarte de lo que más te ataba a él...

La moribunda parpadeó en silencio.

–Estaba colado por vos. Y menos obligarlo a revelarte una verdad que quizá no querías conocer, hiciste del tipo lo que te vino en gana. Todo este lujo, con el guardarropa lleno de pieles que pispé y su cierta mansedumbre lo prueban. También cediste, mal que te pese, chinita, a la sed del verdugo...

Ella cerró los ojos, ya velados. Y volvió a murmurar muy débilmente.

–Andáte... no hay nada que hacer y es mejor así... Van a pensar que procedí en solitario. Eso conviene. Nadie debe saber que estás vivo. Ellos son los que tienen que morir. Por eso mismo lo maté y parto ahora. Es lo que corresponde...

Fue lo último que desprendieron voz y aliento en aquella criatura.

Aguardó en silencio que partiera, según su voluntad última, y luego le cerró los párpados entreabiertos, camino al *rigor mortis*.

Atenazando las fuertes mandíbulas, se metió en la noche, sin mirar atrás, luego de incendiar al chalé, convirtiendo en tea una cortina. Era preciso borrar aquella infame tragedia que involucraba a la mujer de un compañero. Valía más su riesgo, que manipulasen al cadáver de Margarita Santillán manchándolo de verdad.

A corta distancia, se lió otro cigarro, mientras el fuego mordía la estancia, masticándola con voracidad, y el calor sofocante de su onda expansiva volvía a irrumpir con trágico acento en otro escenario, meses después, a menos distancia ya del otro invierno, en el año de 1937.

X. AJUSTES

Marcos Muleiro tuvo esa noche una pesadilla terrible. Se vio frente al caudillo, desnudo, en cucullas, atado a un poste y de espaldas, suspendido por ligaduras en las muñecas sobre una especie de cadalso. Bajo sus pies, desde un boquete en la madera, asomaba una pica de fierro oxidada apuntando al centro exacto de su mundo trasero. Iba a padecer empalamiento, según preveía el drástico código medieval de don Alberto Barceló.

Entre la bruma del sueño pudo escuchar su voz, algo pastosa:

“Vos y Cassini me han robado las últimas temporadas. Eran porcentajes que yo distribuía en varias coimas, y fatos de putas, que mi hermano maneja con exclusividad. Ustedes montaron quilombos en Villa Domínico, se metieron en la timba con esa plata y eso merece un castigo. Sé que te gusta que te den por el culo y te vamos a complacer; no como vos querés, pero de entrada quizá lo disfrutes. El problema será el orificio de salida...”.

Lo sobresaltó el teléfono sonando, librándolo del albur. Eras las 6:30 de la mañana. Su ventruda mujer seguía roncando como una foca y, cuando descolgó, la voz del principal de guardia en la comisaría le transmitió una horrible nueva.

Barragán y la puta viuda de Santillán habían perecido en el incendio del cotorro, que su mano derecha le había montado, para montársela mejor.

El nerviosismo no le aguantó los detalles y arrambló sin querer con el teléfono, el velador y el despertador.

La foca madre abrió los párpados un instante y, rechistando el fastidio, volvió a roncar.

Vistiéndose presuroso y sin higienizarse siquiera, salió pitando a la seccional. El temor a ser aspado le vedaba cualquier saludable hábito matutino.

Tenía razón desde siempre. Un vengador andaba suelto, y el próximo en caer sería él.

Todas esas muertes no eran casuales, sino obra de un profesional. Probablemente ése que apodaban “El Gato”. Por más valiente que fuera, un obrero común y corriente no era capaz de cepillarse siete pistoleros avezados en tan breve tiempo. La muerte de los Gurmendez Solano tampoco era un chiste.

A todos los cadáveres, incluyendo los dos últimos, les cavó la misma fosa.

Aún no sabía cómo aquel fulano había sobrevivido a la balacera. Pero tras cargarse a los dos primeros en el rancho, liquidó cinco más, incluyéndolo a Barragán, el de la pija gorda y el labio leporino. Un matarife de primera y fiel servidor; aunque estúpido al no creer en su teoría. Al final le costó la vida.

Del cotorro habían quedado ruinas junto a las osamentas calcinadas del fulano y su amancebada. El victimario había incinerado literalmente todo, borrando rastros, igual que en el rancho.

Él y tres laderos recorrieron los alrededores, mientras los bomberos devolvían las mangueras a la bomba de agua rodante y el forense revisaba los restos quemados del hombre y la mujer.

Aquello era un lodazal pestilente mezclando olores nauseabundos de carne y madera calcinada. Del chalé quedaba la piedra oscurecida por el humo y las llamas.

Horas antes, Barragán estaba vivo y se despedía de él en la seccional sin imaginar que la muerte lo aguardaba en su antro de placer.

Se jodió por no llevarle el apunte. Confiaba en su poder de meter miedo, igual que Ruggierito. En cambio, él desconfiaba hasta de su propia sombra.

Con fantasma suelto e ilocalizable, nadie, salvo tal vez Barceló, esquivaría su venganza. El ataque sobrevendría en cualquier momento y lugar, de día o de noche. Era una perspectiva desesperante; aunque, para su cierto alivio, le enviarían de inmediato reemplazante del finado. Ya lo habían hecho antes.

Sin embargo, pistoleros con placa normalitos iban a servirle de muy poco.

Barragán era un cómplice incondicional y experimentado, de manera que recurrió a don Alberto en los *studs* de Palermo, donde tres campeones bien cepillados y alimentados recibían atención permanente, y algún terrón de azúcar del propietario.

Allí estaba muy orondo el caudillo, acompañado por sus guardaespaldas y charlando animadamente con algunas damas de sociedad pertenecientes al Partido Conservador; una de las dos formaciones que aguantaban el fraudulento paripé del Gobierno nacional.

En principio le incordió esa visita intempestiva. Sus sirvientes –y Muleiro lo era– debían pedir audiencia con antelación.

Ni la muerte de la supuesta hija no reconocida, o del socio y consorte Gurmendez Solano, habían conturbado al caudillo, apartándole de su trono. Era frío como una navaja tras el disfraz afable y campechano.

A diferencia de otros políticos, como el flamante Gobernador provincial Manuel Fresco –su amigo del alma–, no discurseaba en lugar alguno. Era hombre de pocas palabras y silencioso accionar. Buena parte de su amenazante poder se edificaba en ese mutismo, por momentos escalofriante administrando la corrupción, los cadáveres y latrocinios varios, guardados bajo una respetable apariencia.

Muleiro sudaba en aquel otoño caliente más que en otros, entre otras por esa razón. Mientras se secaba el careto y las

manos, tras sonarse la nariz con un gran pañuelo gris, le explicó en detalle cuál era la situación.

El poderoso señor le escuchó con atención, pronunciando una sola y helada frase:

–Yo me encargo...

El Comisario conocía el significado de la misma. La encomienda del rastreo y eliminación del alborotador, empleando uno o dos pistoleros de primera, a causa de su virtual impericia en el cargo.

Cuando intentó remendar *in verbis* el flagrante descosido, Barceló, acariciando el morro de un pura sangre, dijo sin dignarse a mirarlo:

–Ocúpese de su trabajo. Conozco el mío de sobra...

Marcos Muleiro prolongó la gota gorda el resto de la jornada. Ahora estaba entre dos fuegos, uno de ellos doble. El patrón lo consideraba incompetente. Significaba a no dudarlo, la baja a corto plazo.

Pero si descubría sus chanchullos con el juez Cassini, la baja incluiría la muerte. El otro peligro, éste inmediato, era “El Gato”. Variante de lo último si el Alcalde y “Padrino” no lo impedía.

Hasta entonces, aquel fantasma había despachado blancos, de menores a mayor. La muerte de los Gurmendez Solano no entraba en esas categorías por razones que ignoraba. Eran VIP y

se los cargó en el intermedio. Pero en la escala jerárquica de los cadáveres inmediatos figuraban él y su socio.

Encerrado en su despacho, el Comisario se sirvió un güisqui doble con hielo. Luego otro. No tenía idea de cómo dar con aquel diablo y se abandonaba al suave vaho del alcohol.

Era, para su suerte y desgracia, un personaje público y blanco móvil para el destructor, con más o menos alcohol en un torrente sanguíneo que podía derramarse en cualquier instante.

De momento, le seguirían dos custodios a sol y sombra, turnándose en la noche con otro par. Se cercioró de que al renovado cuarteto lo integrasen buenos tiradores, escogiéndolos él mismo en las pruebas de práctica en un Club Atlético viernes noche, no sin calibrar a ojo de buen cubero el grosor de cada entrepierna.

Encontrar a su amenaza era buscar una aguja en el pajar. Salvo que rastreara alguna huella entre los familiares de los huelguistas muertos. El nuevo plantel se ocuparía de vigilar día y noche sus domicilios. Llevaban, cada uno, la copia de su foto, sacada del archivo de empleados en la fábrica. Si lo oteaban, la consigna era acribillarlo en el acto sin aguardar instrucción alguna.

A propósito de La Tejedora del Sur, pasaba ahora a manos de un testaferro de Barceló, si bien Teresita, la sobrina, tenía por ley de descendencia acciones minoritarias de la factoría.

En cualquier momento regresaría de su estancia en Londres para hacerse con su parte. Luego el Alcalde se las compraría. De

negarse a vender, terminaría en el panteón familiar de la Chacarita.

Eso no preocupaba a Muleiro. Era un asunto de Don Alberto, socio no declarado de los finados. Pronto él también iría a parar, pero a un basural, si no silenciaba al puto juez.

Debía hacerlo, a menos que se protegiese de su puñalada trapera mediando algún testimonio probatorio bien guardado. La salida inmediata era “chuparlo” como a Santillán y tantos otros a lo largo de años, obligándolo a cantar *La Traviata*. Sería relativamente fácil cortarlo en pedacitos, alimentando los peces del Río de la Plata, para después vender los locales, empacar el efectivo y largarse a Brasil, donde había puesto a buen recaudo parte de los ahorrillos.

La foca madre de sus hijos recibiría una jubilación de esposa, ocupándose de los gandules adolescentes, y de esta forma los perdería a todos de vista, dedicándose a viajar y disfrutar el resto de su vida.

Pero “chupar” al socio no sería tan fácil como en vida de Barragán. Habiendo perdido al compinche en varios asuntos, a menudo en la cama de los tríos y cuartetos, no contaba con nadie de confianza, a menos que el grandote Deodoro asomase la narizota de repente; dudoso asunto tal como pintaba la cosa.

El resto de su equipo ya no existía. Estaba más solo que la una, y caminando en la cuerda floja, entre la venganza de “El Gato” y la probable del Alcalde, una vez enterado del expolio en porcentajes, parejos a los negocios independientes con Cassini.

Empero, del vengador se encargaría el jefe en un periquete. Podía pagar los mejores asesinos del país y las fronteras. Al fin de cuentas, aún no sabía nada de sus chanchullos.

Él y Cassini fueron robando pequeñas cantidades, que con el tiempo abultaron el monedero. Sería fácil cargarle a “El Gato” la desaparición del otro, participe en el falso escape de gas en la cabaña de la muerte.

De la viuda y el cuñado –en realidad su marido/mujer–, no debía preocuparse. Heredarían el viento después de un tiempo y listo el pollo. Pero los negocios pasarían a su poder. A menos que Cassini hubiera guardado papeles en alguna caja fuerte o banco. De ser así, habría que liquidar a los tres, por si las moscas.

Antes, al socio debería ajustarle las clavijas. Justamente se habían citado en Edelweiss para cenar esa misma noche...

Pensando que era hora de poner las cosas en orden, se refrescó en el lavabo, y tras calzarse su chaqueta veraniega llamó a dos de sus hombres...

Prólogo

Tras el ajusticiamiento de Barragán y el trágico suicidio de Margarita Santillán, “El Gato” fue a buscar a Milena. Sabía que Muleiro suponía que era el destructor de sus hombres de confianza, el causante de la ruina de los Gurmendez Solano, y que seguidamente iría a por él.

Vigilaría entonces a los familiares de las víctimas del rancho y no podía permitir que la chica sufriese algún percance.

Ella lo entendió y siguió sus instrucciones. Él había alquilado, a esos efectos, un pequeño chalecito en Quilmes. Y allí la llevó.

Durante tres días trazó un nuevo plan de exterminio, contando que Muleiro y probablemente Barceló se lanzaran es su busca, sobre todo el segundo, empleando pistoleros avezados. En vista de lo cual sabía qué fichas debía mover.

La primera fue Eugenia Pinto Durán, a quien vio en el reservado de una Munich, en la zona de Caballito.

Ella quería ir a un hotel a desahogarse un poco. Él tenía otros planes.

–Después. Ahora hay que sacarle los papeles a tu marido. Además, quiero conocer a tu socio ya mismo.

Ella fingió sorpresa. Él la apuró.

–Si no aceptás, me largo.

La morocha se relajó y, el instante siguiente, dijo:

–Es mi hermano. El verdadero consorte del juez no declarado en el Registro Civil...

–¿Cuánto calculás que podemos sacarle a la señorona de tu hermano?

–Doscientos mil.

–Esa es mi parte...

Ella lo miró. Los ojos de aquel hombre le taladraban las entrañas.

–Te las sabés todas.

Él sonrió y salieron de la Munich. El hermano fingía leer la Quinta edición de *Crítica* parado junto a un quiosco, en la acera de enfrente. Ella se detuvo frente a él y el otro bajó el periódico.

–Te presento a Alberto Perkins... – dijo.

Le dejó al pariente con la mano tendida y subieron al automóvil de ella. Había que actuar rápido apretando al juez, antes de que lo secuestrara Muleiro. Pero el cálculo esta vez fue tardío.

El sirviente de los Cassini les dijo que “el señor había quedado en cenar con el Comisario Muleiro y volvería tarde a casa”.

–No volverá jamás. Quedarás viudo, muchacho. –dijo “El Gato” al hermano de la morocha. Él no atinó a reaccionar; ella sí.

–¿Por qué lo decís?! ¿Quién sos en realidad?!

–Alguien que no tiene interés especial en que ustedes se mueran. Son parentela maula, además de bribones y vividores, no unos asesinos. Deben irse una temporada a Uruguay. Quizá mejor a Brasil. O Muleiro se los cargará mañana mismo.

–¿No entiendo nada! –exclamó con deje histérico el hermano. Ella en cambio pareció entender todo, o casi.

–Te haremos caso. ¿Volveré a verte?

“El Gato” dibujó otra leve sonrisa y, calándose el sombrero negro de ala corta sobre los ojos, dijo:

–Mejor no...

Entonces ella saltó sobre él y le besó apasionadamente.

–Es el de despedida; Alberto o quién seas. Aparte de no poder olvidarte nunca, terminás de salvarnos la vida...

Epílogo

Se habían encontrado para compartir una buena parrillada, y la única parrilla que cató el juez esa noche fue la picana eléctrica, administrada en el galpón trasero de la seccional.

Sudada y macilenta su frágil humanidad, dos monos del socio le estaban aplicando electrodos sobre el empapado continente. Cassini andaba por la cincuentena y era un flaco de huesos grandes. Los huevos, el careto y el pecho ya estaban tumefactos por los golpes y las descargas eléctricas.

En mangas de camisa, y fumando un habano, le interrogaba de tanto en tanto el socio traidor.

–¿En qué caja fuerte guardaste la copia de nuestras “cartas de amor” llenas de números peligrosos? Las preciso para emparejar las mías. Si no cantás, será peor. Entre que nos maten a los dos o te mueras primero, elijo que vivas, a cambio de tus copias. Nos dará tiempo para que nos piremos. A menos que prefieras diñarla sobre las diez de la noche. –dijo, consultando la hora en su reloj pulsera.

El lastimado juez de opereta alcanzó a aclararle que, de no aparecer vivo en veinticuatro horas, su secretario tenía órdenes de girar a Barceló su copia.

Muleiro soltó una untuosa voluta de humo sobre el infeliz, agregando enfático:

–¡Marche un secretario judicial al espiedo!

Seguidamente, uno de los monos salió, regresando con un cadáver desnudo y picaneado bárbaramente sobre una camilla rodante.

El juez tragó saliva. El secretario ya no podría tragarla. Su yugular estaba seccionada de oreja a oreja.

–No sabía en qué banco pusiste los papeles. Aguardaba tu información de última hora para buscarlos. Eso nos dijo, y era la verdad. Aunque conociendo la otra, no podíamos dejarlo marchar...

El torturado se echó a llorar. Tenía el cuerpo y el rostro llagados. Estaba a la miseria, con la lengua agarrotada y la voluntad hecha polvo.

–De un polvo vienes y a otro polvo menos placentero volverás, magistrado de morondanga, si no me contás tu película.

El prisionero, cómplice en tantos atropellos y crímenes, hizo un esfuerzo, pero la voz no era siquiera un murmullo. Entonces, su ex compadre en sucios asuntos le arrimó la oreja a una boca de dientes partidos. Hacer lo mismo con Osvaldo Santillán le había costado el lóbulo de la izquierda. Pero con este otro su humanidad no corría peligro.

El desgraciado acentuó levemente el murmullo, despertando un satisfecho comentario.

–Bien. Acabas de confesar un grave delito y terminas de ganarte un merecido descanso, Cassini... el eterno, sobre las 22:10 de la noche...

Seguidamente, procedió a estrangularlo ante los dos subordinados, sin que la víctima pudiese reaccionar. Lo fue haciendo con pasmosa lentitud y de espaldas a ellos, mientras el otro, maniatado a una silla, gemía débilmente su asfixia.

Hasta aquellos policías corrompidos y violentos registraron cierta conmoción. El superior les había obsequiado el espectáculo de su salvajismo más refinado, mediante aquella escena de pesadilla.

Una vez finalizada, procedió a lavarse las manos y el sudor de la cara en un piletón.

–Carguen a estos dos delincuentes confesos en el maletero. El coche está en la salida del galpón. Ya veremos dónde los echamos. Antes que nada, debo retirar valores de un banco.

–Comisario. Los bancos no funcionan a esta hora... –señaló el mono menos tímido.

–Para mí, a cualquiera. Bastará para que el sereno cumpla con el encargo. En Avellaneda los hombres de Don Alberto tenemos licencia para unas cuantas cosas...

Los otros dos se miraron de reojo. Agitando admonitorio un dedo índice, señaló:

–Y a los que se van de boca, les cortamos la lengua.

Los policías, con ropa civil, se miraron de lleno esta vez, obedeciendo sin rechistar. La ley del silencio les daba de lleno.

Saltársela era pecado mortal en el feudo del patriarca y sus hombres de confianza.

–Con uno de ustedes al volante me bastará. Vos, por ejemplo, el menos tímido. El otro se queda acá, adecentando el galpón. Hay sangre por todos lados y huele a podrido. Más tarde volveré para rebanar el fiambre y echárselo a las alimañas del Riachuelo.

Marcos Muleiro sonrió ufano para sus adentros. Llevaba la libreta de enrolamiento del difunto y su número de resguardo, decisivo para recuperar los documentos en un abrir y cerrar de ojos.

El chofer le cubriría las espaldas mientras él les metía mano en el banco.

Casi todo fue llegar a destino y, ante el obediente sereno, inspeccionar la caja de seguridad.

Los documentos estaban allí, dentro de un pequeño portafolio de cuero. Eran copias de los que obraban en su poder bien guardados.

Ahora solo restaba quedarse unos días en el molde, vendiendo activos y fabricando el raje.

Muy ufano, volvió al asiento trasero del coche, dando orden al chofer de llevarlo a casa. Allí, estarían a punto de roncar la foca madre y sus dos gandules. Malos estudiantes secundarios entregados a la pereza, igual que su puta madre. Habían salido a ella, pensó.

Mucho a él no se parecían. Quizá otros le hubieran echado el par de polvos. Igual le importaba un carajo. La familia de mierda era su tapadera; en el lecho exigía otras delicias.

Revisando los documentos, no prestó atención a la ruta que seguía el chofer.

Cuando lo advirtió, ya era tarde. Al brusco frenazo en un paraje deshabitado, lo siguió la desagradable sensación de un caño apuntándole a la cabeza.

Alzando la vista, le reconoció abriéndole la portezuela trasera. Era “El Gato”, la muerte o las dos cosas juntas.

–Tu chofer quedó tirado detrás del coche con una buena conmoción cerebral. A vos te aguarda algo peor. ¡Abajo!

Marcos Muleiro empezó a desbordar sudores y algunos gases. Muerto de miedo ante el sombrío demonio de ojos verdes que la noche abrillantaban sentenciosos, se arrodilló pidiendo clemencia.

–¡Te doy lo que quieras! Puedo hacerte rico en una hora. ¡Por Dios, no me matés!

–Tranquilo. Después de vos, no habrá más muertes. Ni de mi mano ni de la tuya, bastante más pródiga que la mía...

“El Gato” no disparó. Le bastó un culatazo para atontarlo. Sin embargo, el Comisario quedó aferrado a una de sus piernas; incómodo albur que salvó, propinándole un primer puntazo con su bota, reiterándolo con ambas hasta atontarle, al dejarle el

rostro en carne viva, sin desvanecerlo de cuerpo entero y sobre el asfalto.

Aún respiraba en medio de horcajadas sanguinolentas. Lo haría por breves instantes. Él se encargó de ello al volante del automóvil.

El Comisario, maltrecho, ensangrentado y sin fuerzas para incorporarse, sería otro testigo de su final.

Entonces su verdugo privilegió el testimonio, conectando la primera marcha y suavizándola con el embrague. El vehículo avanzó lento como una mole viva, y aquel corrompido asesino, victimario de tantos infelices, entre ellos los queridos camaradas, sintió que el caucho labrado y multiplicado por cuatro de los neumáticos mordía su cuerpo centímetro a centímetro hasta cortarle el oxígeno para siempre.

Marcos Muleiro, uno de los esbirros más salvajes de Alberto Barceló, yacía aplastado como una cucaracha en el pavimento empedrado de una calle desierta y sombría de Avellaneda.

La fuerza implacable de vindicación anarquista había completado el círculo de sangre. Para “El Gato”, era hora de desvanecerse para siempre, amparado en las sombras de aquella noche sin Luna.

Eso creyó. Pero las sombras no solo le amparaban a él. Por el retrovisor, oteó que otro vehículo le seguía encendiendo las luces altas.

Sabía lo que debía hacer y procedió, pegando un volantazo y posicionándose frontalmente al mismo. Lanzado el otro ya a gran velocidad, puso el freno de mano. Separándolos apenas unos ciento cincuenta metros, apuntó el Colt al parabrisas de la mole de acero.

A su vez, el perseguidor abrió fuego sobre el automóvil desde la luneta abierta con una mano sobre el volante, mientras “El Gato” esquivaba los proyectiles y esquirlas en el propio parabrisas, empleando dos proyectiles que consiguieron reventarle los focos delanteros. Ahora su atacante ya no podía esquivarlo, pese a que intentó aminorar la marcha al advertir su inmediata reacción.

Ante una colisión inminente, saltó del vehículo sujetando el portafolio con los documentos, no sin antes gatillar dos veces más su arma sobre la cabina del atacante, pese a que las destellantes luces altas del suyo le impedían verle el rostro.

Ágil como un felino, echó a rodar la osamenta para evitar la onda expansiva del estrepitoso choque de fierros sobrevenido.

Para el otro significaba una muerte instantánea. Prácticamente se había empotrado contra su vehículo. Con el rostro destrozado y caído a un costado de la butaca, era imposible reconocerlo. Mientras, el amasijo que derramaba combustible a espuestas explotaría en apenas tres minutos, tiempo suficiente para revelar su identidad.

Era preciso descubrir lo que restaba del ánima, y para ello extrajo el cuerpo muerto desde la cabina por la puerta abollada y entreabierta.

XI. CAJA DE SORPRESAS

“El Gato” había brincado hacia el amasijo de ferralla que soltaba un riacho de combustible, a punto de inflamarse por efecto del calor infernal que despedían los rugosos metales, desprendiendo humo y chispazos desde sus motores achicharrados. Al fin consiguió otear el cadáver del difunto agresor.

Tardó un segundo en reconocer el cuerpo, deparándose una sorpresa sofocada con apenas tiempo para echarse hacia atrás, volviendo a girar sobre sí a gran velocidad aferrando el portafolio, diez segundos antes de la explosión.

De cara al empedrado se tapó la cabeza, volcando chambergo y portafolio sobre los ojos, atajando esquirlas.

Entonces llegó la segunda sorpresa con el zumbido de un proyectil, agujereándole la copa del funyi sin alcanzarle la testa.

El nuevo ataque provenía del flanco izquierdo y no tenía tiempo de recargar el Colt, de manera que pegó otro ágil salto

entre un par más de proyectiles silbando entre la cabeza y las piernas sin impactarlo.

Aún le quedaba la sevillana de acero toledano para responder al ataque, mientras a lo lejos se dejaba oír el ulular de una sirena policial. No obstante, la escasa iluminación de la calle, podía divisar la figura menuda y envuelta en un chubasquero. Llevaba pasamontañas cubriéndole el rostro.

Lanzar la hoja a esa distancia era un desperdicio y prefirió guarecerse tras uno de los árboles plantados entre la acera. Sin embargo, el nuevo atacante echó a correr en dirección opuesta sin volver a gatillar su arma. Escapaba al auditar la sirena, y también de él.

Si le autorizaba el piro, le tendría pisándole los talones muy pronto, de manera que “El Gato” resolvió impedirselo mientras le perseguía, recargando su Colt.

Cuando el otro se aprestaba a huir en un automóvil negro tras girar la llave de ignición y avanzar en primera marcha, se encontró con una cubierta perforada y los fieros ojos verdes sobre el parabrisas.

Igual aceleró, sacando de nuevo el revólver. De no atropellarlo, dispararía a quemarropa. Pero tampoco sintió que lo aplastaran los neumáticos. Aunque dedujo que quizá había desaparecido bajo el chasis, de manera que metió la segunda marcha y pisó el acelerador.

Pero a los cincuenta metros debió frenar. Dos eran las ruedas tajeadas.

La agilidad de su ahora perseguidor era impresionante. Había zafado de las ruedas perforándole otra, sin sufrir un rasguño.

De ser un demonio, lo enviaría de una vez por todas al infierno, calculó entonces, emergiendo de la cabina con el dedo enguantado en cuero negro sobre el gatillo. A corta distancia suya, y sin distinguir el riesgo que conllevaba, precisó el blanco sobrevivido y le apuntó, recibiendo entonces su agresor un balazo que le puso fuera de combate.

Consciente aún, no podía moverse. El tronco no le respondía. El proyectil había perforado el estómago, interesando la columna vertebral.

“El Gato” se acercó sin dejar de dirigir el caño al cuerpo caído. Comprobando que perdía abundante sangre.

Al quitarle el pasamontañas, confirmó lo que presumía.

Allí estaba, a la luz de un farol esquinero y sobre el empedrado nocturno, la flamante viuda Eugenia Pinto Durán, agonizando y con los ojos muy abiertos. La boca encharcada soltaba ya el primer coágulo.

El hermano la había precedido en instantes, baleado y achicharrado por la violenta colisión de fierros.

Horas antes, había librado a esos dos de la muerte. Eso al menos creyó, y para mal de ellos no era así. Pero esta vez se la buscaron. Eran seguras piezas de sus enemigos en el tablero, ahora caídas para siempre.

“El Gato” se agachó sobre la moribunda. Era la segunda mujer que agonizaba en unas horas y la tercera en morir durante la realización de su venganza, mientras la sirena policial acertaba distancias.

–¿Sabías quién era, verdad? Desde el principio... –dijo “El Gato”.

Ella negó sin hablar. Luego deslizó unas frases entrecortadas entre nuevos coágulos.

–Fue a lo último. Queríamos los papeles... incriminan a... Barceló en varios fatos... y si no te los quitábamos... nos cortaban el cogote...

–¿Aparte de Barceló, quién más está detrás de todo esto?

Ella no podía escucharlo. Estaba a punto de irse y articuló otra frase que tampoco desvelaba el enigma.

–Me gustabas... bastardo... pero mi hermano era el gran amor... y vos... te lo cargaste...

Seguidamente, dejó de respirar.

Eran dos enemigos inesperados que debió eliminar en defensa propia. Le habían engañado sobre su naturaleza criminal, pero él le sacó provecho a ella en materia de información.

Con los hermanos incestuosos, eran tres los flamantes cadáveres servidos en un corto espacio de tiempo. Estos dos no figuraban entre sus objetivos.

En las tramas criminales, pensó, siempre amanecen factores desconocidos.

Ahora era conveniente reflexionar lejos de aquel escenario mortal. Y lo hizo, dejando atrás el cuerpo de aquella mujer, mientras llegaba el vehículo policial.

Ya sobre la medianoche, en la Estación Constitución compró la sexta edición de *Crítica* y se subió al tren del General Roca en ruta a Quilmes, donde le aguardaba Milena Buvotnik.

Durante los treinta minutos que llevó el viaje, descubrió tres cosas importantes. Una era el contenido del portafolio. En efecto, los documentos de Cassini incriminaban a Barceló. Tampoco le servían a él de mucho, pero era incómodo para el personaje que alguien pudiera filtrarlos a la prensa.

De seguro que la Casa Rosada intentaría bloquear el escándalo sobornando periodistas; aunque con inciertas perspectivas.

En el reino del timo y la corrupción valía todo. Incluso el disfraz democrático sosteniendo el Congreso con diputados y senadores gubernamentales y algunos opositores; parte de ellos bien untados.

Lo que no le había aclarado la Pinto, ni registraban los documentos, era cómo terminaron los hermanos por conocer su verdadera identidad, y qué relación tenían con Barceló. Si pensaba negociar los papeles que ahora se había agenciado él, u operaban por cuenta del caudillo. De ser así, el patrón de Avellaneda sabía quién era él y por algo no impidió sus venganzas, aunque afectaran a sicarios desafectos y logreros.

Quizá sí, quizá no. De hecho, la parentela hubiera heredado un buen paco del juez; en tanto y cuanto Barceló lo autorizase. Ahora tampoco tendría necesidad de autorizar o negar nada. Estaban muertos.

Todo y todos dependían de su voluntad, y ésta de su capacidad controlando hasta la última acera y cloaca de la ciudad.

Era invulnerable incluso para él mismo. Tanto, que solo podía mandarlo al otro barrio a costa de su propia vida.

Aquél era un tipo encumbrado, del que solo una gran organización podría encargarse, si antes el Gobierno lo aprobaba. Y el fraudulento General Justo no estaba por la labor. Su gestión dependía más del Partido Conservador que de los antipersonalistas radicales. Eran sus soportes. Barceló controlaba la ciudad más importante de la Provincia de Buenos Aires y al mismísimo Manuel Fresco, flamante gobernador.

Era una peste inevitable dentro del mal mayor que representaban el fraude electoral y la extendida corrupción política. Y “El Gato” no podía paliarla siquiera. Lo suyo era una reparación de corto alcance; aunque se había empleado a fondo en muy poco tiempo.

Otras dos novedades –éstas luctuosas–, las encontró en las páginas de aquella sexta edición.

Por el momento, las acciones militantes quedarían suspendidas en este flanco del Río de la Plata.

Al menos, esos eran los planes hasta que Barceló finalizase su mandato.

Aún faltaban tres calendarios. No era mucho tiempo; y aunque a ellos se sumara el escándalo de los documentos que llevaba en el portafolio, seguiría conservando el poder real sin necesidad de la alcaldía.

La más dramática le hirvió en la sangre. *Crítica* informaba sobre el penoso suicidio de Teresa, la joven que había vuelto de Londres, por sobredosis de alcaloides.

Allí estaba la foto sonriente de otra víctima, amante ocasional de unos meses, conectada a su accionar en La Tejedora del Sur. Ella ignorando, pobrecita, que era un anarquista revolucionario, lo había protegido del despido en la fábrica. Era democrática, liberal en el sexo y muy dulce niña. Su propia dinámica había causado, en forma indirecta, el asesinato.

Pensó en la operativa letal de Barceló. Esa chica heredaba a los Gurmendez Solano. Seguramente no quiso vender su parte y la mandó liquidar. A menos que otro, u otros actores, ocultos aún, procedieran por su cuenta.

Otro suelto anoticiaba sobre el atropello de un peatón alcoholizado en el Dock Sud. No identificado el vehículo, el conductor se dio a la fuga.

La víctima era Robles, “El Tordo”, que le extrajo la bala del brazo. Bebía como un cosaco y pudo ser accidente, pero nadie se responsabilizó del atropello.

Por primera vez en aquella trama, concluida su misión depuradora, se le escapaban hilachas de la vengadora.

Eran indicios inquietantes de un plan imperfecto; aquello que acontece bajo la superficie de las cosas y no fue previsto en ninguna operativa por su calado subterráneo de pronóstico reservado. Como los terremotos, que quiebran la tierra en pedazos y estragan ciudades enteras y ciudadanos indefensos. Vidas y bienes devorados por el ajuste sísmico implacable. Un irracional bramido de la naturaleza que desarma y pulveriza en su ataque, para después borrar de la faz de la tierra su huella mortal.

Unos meses, entre dos calendarios de invierno a invierno, reunían muertos propios y ajenos. Ahora debía esfumarse no sin antes enviar a *Noticias Gráficas* el contenido del portafolio. Era lo más que podía hacerse con los comprometedores papeles contables.

En Quilmes había vivido un par de meses en el '33. No era Avellaneda.

Antes de reunirse con Milena, resolvió pasar por la cantina de un viejo camarada, local vecino a la Estación, para aclarar ideas, intentando atar cabos. Su automóvil quedó aparcado allí. Lo retiraría. De paso aprovechó para compartir unos vinos por cuenta del local con el propietario.

–¡Siempre imponente vos, “Gato”! Te cuidé el cacharro para que no lo rozara ningún colectivo. A mí me hacen caso los muchachos. –le dijo Humberto Calise, el propietario y antiguo amigo de Gascón– Me acuerdo de él siempre. Y de cuando

venían con vos, que eras un pibe, y el lorito, desfilando por la calle Rivadavia. Las minas se volvían locas con Gascón, y ahora con el sobrino ¡Qué tiempos aquellos! Este pueblo ya es ciudad, y vos hasta peinás alguna cana. A mí, ya vés, me sobran. Después que enviudé, más aún. Bueno, vos también me conocés... –dijo, guiñándole un ojo a la madura y emperifollada cajera.

“El Gato” sonrió apenas y le aseguró que no sería la última vez que se vieran. No sabía si pronto o tarde, pero hasta entonces había sobrevivido a los peligros inherentes del plan vengador.

Pensó en la seguridad de Milena, y luego de reflexionar durante media hora, aceleró su viaje hasta el chalé que compartían ambos desde días antes, al volante del automóvil.

EPÍLOGO

Divisó el predio en sombras y no detuvo la marcha, conservando la calma. Algo no andaba bien. El palpito lo llevó en andas desde que los hermanos Pinto Durán le sorprendieron. No mucho, en realidad. Conocía el mundo y sus gentes desde temprano, y estaba preparado a responder en forma contundente ante cualquier eventualidad.

Le habían seguido el rastro desde tiempo atrás, interesados en observar su operativo y aún desconocía la razón. A las muertes de Teresita y “El Tordo” se agregaba aquel chalé en sombras. Siempre calmo, imaginó lo que debía hacer a continuación.

Y puso manos a la obra...

Dos horas después, sobre las dos de la madrugada, fue hasta el piso que Bartolito compartía con otros músicos. Estaban ensayando unos tangos de Discépolo, pero el petiso largó todo en banda para acompañarlo. Lo precisaba de chofer y mensajero en la eventualidad, para lo que se disponía a realizar.

En las afueras de la Isla Maciel, en el Dock Sud, aparcó el cacharro.

–Si no vuelvo en una hora y media te largás a *Noticias Gráficas*, en Avenida de Mayo, y le das este portafolio a Raúl González Tuñón. Él sabrá a quién le interesa en la redacción.

–¡Quiero acompañarte a donde vayas, “Gato”!

–Me estás acompañando porque confío en vos, pibe. Ahora hacé lo que te digo...

Tras cartón, se deslizó por las calles de la Isla Maciel con su chambergo, el abrigo negro y las botas de cuero puntiagudo. Las calles estaban semidesiertas, con las putas de siempre mirando y algún alegre parroquiano tambaleando la curda.

En el chalé de Quilmes había dejado tres nuevos cadáveres. Procedió a sorprender a uno por uno en el interior, tras bajar con sigilo inicial desde la azotea a la cocina.

Se proponían secuestrarlo para obligarle a soltar el portafolio y los documentos con el pretexto de devolverle sana y salva a Milena, quizá prisionera en otro lugar.

De ella no había el menor rastro. Con las persianas bajas a cal y canto para no filtrar haces de luz, uno de los pistoleros preparaba bebidas en la pre mortuoria cocina, mientras los otros dos jugaban al mus en el comedor. No eran policías, sino asesinos bajo contrato.

Al que oficiaba de barman lo desnucó en el acto. Los otros dos fueron sorprendidos con las cartas en la mano y un nudo en la garganta. El Colt les garantizaba morir.

Sin dejar de apuntar a ambos, le clavó al primero la sevillana en un ojo. El filo le había interesado el cerebro y desplomó la inerte cabeza sobre los naipes, mezclando la propia sangre con los vasos volcados del güisqui.

Aterrado, el otro alzó los brazos y cerró los ojos aguardando el balazo.

Pero “El Gato” quería informes y le mantuvo vivo con el caño apuntando a su cabeza, hasta que le dijo lo que quería saber.

Lo que supo resultaba demoledor para cualquiera, menos para él. Por ello aguantó impasible el graznido del matón.

–¡¿Ahora que te conté todo, me vas a matar?!

“El Gato” le exigió un motivo para perdonarle la vida. El otro se arrodilló a sus pies.

–¡¡Ten piedad, por Dios!!

Lo junó con desprecio sin dejar de apuntarle.

–Dios se fue de vacaciones hace rato... –acotó, para jalar el gatillo del Colt sobre el cojín que cubría la cabeza del último matón, amortiguando el sonido del impacto.

Su especialidad era causar sorpresas muy superiores a las que le destinaban. De manera que, cuando sobre las espaldas de “El Imprinterero” Lucio Gonçalves llegaron sus inconfundibles pasos, el otro brincó en pelotas y mal envuelto en su bata de cama, volviendo el sillón giratorio tras el escritorio en busca de un arma.

Por experiencia, sabía lo que significaba aquella presencia en el más sombrío escondrijo. Uno que casi nadie conocía, ni siquiera el viejo camarada.

–Yo, que vos, no lo intentaría... –dijo impertérrito, mientras el otro desistía de su intento.

Y allí estaba mirándolo fijo, con las manos en los bolsillos del abrigo. Gonçalves sabía que, desde uno de ellos, el legendario Colt podía vomitar fuego en cualquier instante si intentaba manotear de nuevo el arma que guardaba en el cajón del mueble.

Tratándose de otro tipo duro, reaccionó algo distendido, amordazando la sorpresa.

–Te los cargaste. Debí presumirlo antes de enviarlos a que te apretasen con el asunto de tu muñeca secuestrada. Darían orden de soltarla a cambio de los papeles, luego llegarías hasta mí en otras condiciones de trato. Ese era el plan para hacerme con ellos. Pero si estás en mi *bunker* con esa pistola apuntándome, conocés la verdad. ¿Me vas a preguntar por la mina, no?

“El Gato” permaneció impasible. Y Gonçalves siguió de largo.

–O por qué mierda me hice cargo de ciertos asuntos. Entre ellos, el de financiarte una venganza, imposible sin parné. Pues bien, Jean Louis Ferré, esta vida es corta y le tomé el gusto a vivirla bien. Me cago en la anarquía y la revolución libertaria. Di años, mis mejores años, a una ilusión imposible. Murió con Majno, Sacco, Vanzetti; Penina, Di Giovanni y Escarfó. ¿Para qué hablar de Durruti y lo que pasa en España? Ahora mismo, soy uno de los prósperos socios de Barceló.

“El Gato” asintió con la cabeza, afilando la mirada sobre el otro y su repugnante pormenorización.

–Estaba al tanto de lo que hacían Muleiro y Cassini hace rato. De hecho, trabajaban para él sin saberlo. Pero el Comisario pensaba pirarse con la guita tras eliminar al compinche. Y yo debía hacer lo mismo con él y sus asesinos, sin dejar rastros. Es lo que le propuse al Caudillo, y aceptó. Para él, eran todos fusibles que el tiempo va renovando. Del asunto te encargaste vos, mandado a hacer para estas cosas. Igual con los Gurmendez Solano. El viejo diñaba, la loca se quedaría con las acciones mayoritarias de la fábrica. Y una viciosa trastornada, para colmo, por una polla como la tuya, no puede hacerse cargo de algo que no sea eso. Además, vos tramabas otra cosa. Planeando el envenenamiento del marido conseguiste, sin embargo, lo que el jefe y yo queríamos. El viejo la mató un segundo antes de morir, y a vos te salió redondo.

–No del todo... aún. –musitó “El Gato”.

Consciente del alto riesgo que corría su pellejo, Lucio Gonçalves se mordió el labio inferior.

–¿Puedo fumar? A los condenados a muerte se les concede un último deseo. –repuso, manoteando un paquete de Gitanes. Con aparente calma, quitó el precinto y se llevó uno a los labios, encendiéndolo y dando una primera calada.

–A los hermanos Pinto Durán los contacté luego de los tratos con tu invención británica. Iban al muere al heredar, por cuenta de Barceló. Y Cassini se les murió. Después te abriste. Entonces les encargué que ella, prendada de vos al comienzo, te convenciese para hacerse con los documentos del difunto, que al final sacaste a Muleiro después de cargarse al otro y rescatarlos del banco. Esos papeles hicieron que, entre otras alternativas no te metiera un plomo entre ceja y ceja. Los parientes degenerados fallaron antes y después que yo les impuse arrebatártelos a sangre y fuego, porque los madrugaste. Cuando fueron a por vos, los hiciste mierda. De eso estaba casi convencido.

–Del “Tordo” y Teresita también te encargaste vos...

El otro asintió, tras pegar otra calada a su cigarrillo.

–Riesgo número uno: el borracho sabía que estabas vivo cuando oficialmente estás muerto. Número dos: suprimirlo con la piba que volvió de Londres y te cogías mientras armabas quilombo en la fábrica, fue menos aparatoso. Se le proveyó morfina adulterada. Era un tiro al aire, además de consumidora, y la suicidamos.

–Después jugaste la carta del chalé...

–Lo del chalé resultó imprudente y estúpido de mi parte. Lo admito. Eran tres torpedos eficaces. Pero sos demasiado listo y peligroso para que te madruguen.

Bueno, es un decir...

Los pistoleros eran su penúltima carta...

La intuyó detrás suyo, apuntando a su cabeza con un revolver, y la oteó de refilón. Allí estaba su incipiente enamorada. La tercera pieza incontrolada de su trama después de los hermanos Pinto Durán y “El Imprentero”; irreconocible en su lencería cara, con el maquillaje embadurnándole el gesto falso y los labios mentirosos.

“El Gato” permaneció impertérrito, tras dedicarle otra mirada de desprecio que despertó en ella un leve temblor.

–Ahí la tenés; mi mejor falsificación. La materia viva del talento que administro modelando a una impostora y falsa criatura que engaña a las almas crédulas. En materia sentimental, claro, porque en otras cosas sos un lince.

“El Gato” se mantuvo en silencio, sin mostrar emoción alguna. Y Gonçalves volvió a hablar.

–Hace un rato echamos un par de polvos. Somos uña y carne, sobre todo, carne ella, y de la mejor que se ofrece en el mercado. No es nueva en esto.

Aún llevaba puesto el liguero y las medias negras, transparentando la braga y el sostén de encaje color rosa haciendo juego con su cutis sonrosado. También los zuecos.

Era lo único que conservaba del pasado.

–De esta colaboradora fiel, iniciada no hace mucho en el consumo de morfina, no ibas a sospechar nunca. Quizá se enganchó a la droga intentando olvidarte. No la culpo. Pero la verdad, hizo un trabajo de primera interpretando mi fino libreto. Tan buena fue esta otra falsificación, que te enamoró un poco. En parte la induje. Ya antes le gustabas a rabiarse. Y era preciso darte un poco de inspiración sentimental para suavizar los mete y saca con las dos muñecas bravas que debiste follar, muy a tu pesar. En cierto sentido, fue otro *souvenir* de los míos. Y vos, duro, implacable y seguro de manejar todos los hilos de la trama, caíste como un chorlito. Es el sentimiento el que nos jode. Siempre. Por eso la pobreza y los pobres serán eternos, muchacho.

Ella se había desplazado a un costado sin dejar de apuntarle. “El Gato” le clavó los ojos verdes como si fueran estacas, y su más que dudosa enamorada acusó el golpe, acentuando el temblor inicial. El efecto de la droga era perceptible...

–Hicimos un trato. Sabíamos de sus habilidades simulando lo que no era. Pero no sería secuestrada por Muleiro y Barragán, destinándola a un burdel, si colaboraba conmigo. De paso ligaría un buen paco de guita. Genuina, además, mientras se camuflaba laburando con los carniceros. Del barrio digo, porque los carniceros más prósperos somos nosotros. La pebeta folla de

primera. Y te la chupa como si hubiera nacido para eso. Con la droga encima, más todavía. Le gusta que se lo recuerden. No vos, tan comedido y paternal con las putas, haciéndoles creer que son vestales manchadas por la sociedad. Inconcebible de tu parte, porque ese suave tacto las inhibe, quitándoles identidad. Gozan cogiendo a destajo, no lo pueden evitar. Cuando peores, mejoran el resultado global, porque más se degradan los odiados fulanos con ellas. Y este varón idealista, protector y redentor de las víctimas sociales, el que trata como princesas a las meretrices pobres y como pordioseras a las ricachonas, aparece con su metro ochenta y pico, los ojos felinos y el sombrero volador para enredar la troca. Con ésta cagaste fuego. Odiaba al padre. La maltrataba de lo lindo con una correa cuando era chica. El infeliz del hermano huelguista, tu mejor lugarteniente, ni se enteró. Su hermana le importaba menos que la Revolución. Es un poco los que nos pasó a nosotros, y todavía vive en vos para morir al tiempo.

La aludida seguía apuntándole; aunque el temblor, empuñando el revólver con ambas manos, aumentaba sus decibeles. Al otro no parecía importarle mucho.

–Ella, lo admito, te disfrutó en gran forma. Me contaba veladas románticas que en otra época me hubieran hecho envidiarte. Siempre pensé que con ciertas minas eras una mezcla de poeta y caballero andante en el catre. Me lo detallaba con pelos y señales. Hasta se le encendía el rostro pormenorizando uno a uno tus refinamientos. Y resulta que, después,... quería que un servidor le rompiera el culo salvajemente con la famosa “manguera”, tratándola por lo que es, ¿cierto, prenda...?

La mujer permaneció muda, procurando en vano contener su agitación. Con gran parsimonia, el tráfuga encendió otro cigarrillo con la brasa del anterior, y le dio una honda calada, largando el humo con voz pausada.

–No se puede regenerar lo que está degenerado. Y vos, erre que erre. Si mal no recuerdo, tu mujercita, la que murió en pleno embarazo, era una furcia de los bajos fondos que prefirió las ruedas de un tranvía antes que darle al hijo un padre tan imbécil...

Los ojos de “El Gato” brillaron con salvajismo y con su pausada voz, cargada de odio, irrumpió una sentencia.

–Te voy a matar, falsificador. Una vez te salvé la vida. Pero esta vuelta te voy a matar... –repuso, calmo.

–Será en otra vida. En ésta, te voy a dejar seco yo si no largás el portafolio con los documentos que incriminan a mi poderoso socio. Son mi seguro de vida. Y por ahí, si los cedés mansamente, el de la tuya. –dijo “El Imprinterero”, extrayendo una Lüger reluciente del cajón de su escritorio.

–Vos, nena, sácale con mucho cuidado el Colt que lleva en el bolsillo derecho, mientras el “camarada” coloca sus manos en la nuca, explicándonos de una jodida vez dónde están los papeles.

Ahora eran dos armas de fuego las que lo cercaban, apuntándole. Pero la destreza y habilidad de “El Gato” le autorizaron el uso de la sevillana obsequiada por el finado Buenaventura Durruti, oculta y servida, filo arriba, bajo el puño

de la camisa oscura, entre la manga del abrigo y al alcance de su pulgar.

La deslizó en un segundo hacia la palma abierta de la otra mano sobre la nuca, transformándola en arma arrojadiza, que de pronto surcó el aire mientras se agachaba, penetrando un costado del pecho de aquel traidor a la causa.

–¡¡Hijo de una gran p...!!

Pasmado, Gonçalves no alcanzó a completar su maldición, aunque, por acto reflejo, gatilló contra el cielorraso; respirando aún, abrió los ojos con desmesura, soltando la Lüger.

El Gato manoteó el Colt sobre el bolsillo del abrigo para madrugar a la cómplice, antes que lo liquidase.

Pero Milena Buvotnik no disparó. Había bajado la pipa y, más agitada que nunca, se lo quedó mirando con lágrimas en los ojos.

Él empuñó el revólver y, sin prestarle atención ni pronunciar palabra, avanzó sobre el traidor malherido, que aún le miraba, ya desfalleciente.

La sevillana le había interesado un pulmón y, al faltarle el aire, no podía pronunciar palabra; si bien el espanto de sus ojos lo decía todo.

Para aquel militante de fierro no contaba el pasado. Hoy era otro enemigo, el más peligroso de todos, y para nada contaban los mejores recuerdos; de manera que sería un cadáver en segundos.

Imágenes del ayer carcelario, la fuga auxiliándole ante la pierna herida bajo una lluvia de balas, y las posteriores mateadas con aquel hombre planeando la venganza, desfilaron en bandada perdiéndose en el horizonte.

El gesto último de Lucio Gonçalves fue de balbuciente súplica inútil.

El antiguo camarada no era sobornable ni se ablandaba ante la traición. En consecuencia, le dirigió una última mirada de desprecio y amartilló el Colt. Había faltado gravemente a dos valores sagrados: la amistad y una causa noble.

—¡Desde el principio sabías lo que iba a pasar con la huelga y los muchachos! Hace unos minutos dije que iba a matarte esta vez. Y lo que prometo es ley, ¡hijo de puta!

Entonces le vació el cargador, haciéndolo brincar como un muñeco roto en cada impacto sin que le temblara el pulso.

Luego, desenterró el filoso regalo de Durruti del cadáver, y limpiándole el acero sobre su albornoz, parcialmente tinto en sangre, lo guardó en el bolsillo del abrigo.

Hecho un colador y echado a un costado del sillón giratorio, el cuerpo del occiso era una fuente de sangre espesa, derramándose sobre el escritorio y el piso de roble.

Inmutable, su verdugo calzó el arma al cinto y, abrochándose el largo abrigo, avanzó hacia la puerta, sin prestar atención a la trémula hembra ni pronunciar palabra.

El reciente difunto y su cómplice eran tal para cual. Habían enterrado principios, y ella la memoria de un mártir, fingiendo amarle. Aunque fuese una enferma mental partida en dos, y una fracción de ella le adorase, no tenía perdón.

Era otra trasgresora doble. Una que mancilló la memoria combatiente del ser querido y su entrega romántica. De ser por ella, su cadáver, y no el de “El Imprentero”, clausuraría el círculo de sangre.

Pese a todo, no iba a morir aquella madrugada. Por voluntad de “El Gato”, Milena Buvotnik quedaba en manos del destino.

Eso parecía...

...Hasta que seis sujetos, calzando ametralladoras Thompson, irrumpieron en la estancia, apenas iluminada por la luz de un escritorio.

Detrás de ellos, el mismísimo Alberto Barceló, con el dichoso portafolio en la mano, se adelantó con parsimonia y cierta majestad hasta enfrentarlo. Le acompañaba “El Tordo” Robles, probable entregador del “El Imprentero” y su escondite.

–Hola “Gato”. –le dijo el galeno, explicándole en pocas palabras que la noticia de su muerte era “una filtración interesada de Don Alberto al diario *Crítica*, para que el difunto ‘Imprentero’ bajase la guardia”. Entonces comprendió que el poderoso amo de Avellaneda estuvo al tanto de sus movimientos desde que sobrevivió a la masacre.

Devolvió al “Tordo” el saludo con una leve inclinación de cabeza, mientras Barceló le observaba atento.

–¡Así que sos el famoso anarquista de siete vidas!

El silencio respondió a la chanza del caudillo. Pensó en Bartolito.

–El pibe del auto te sigue esperando sano y salvo. Se resistió un poco porque te admira. Se nota a la legua. Pero los papeles de Cassini están acá, a buen recaudo. No pasa ni pasará nada con vos. Primero porque los anarquistas me caen bien. Noe Trauman era libertario y capo de la cadena de prostíbulos Zwi Migdal...

“El Gato” le conocía bien. Cotizaba pesos fuertes en la FORA. Él criticaba la connivencia, aunque le debía a Trauman dos avisos de apriete policial, salvándole el pellejo. Además, una de sus putas más refinadas conducía el automóvil en el que, junto al “Imprentero” pusieron distancias de Ushuaia. Seguramente el traidor tomó lecciones de aquel sujeto, un judío polaco del que la colectividad abominaba.

Barceló siguió con su espiche.

–El bueno de Noe era mucho menos anarquista que vos, pero decía lo contrario a quien quisiera escucharle, y yo solía divertirme a veces. Llevábamos adelante buenos negocios. La segunda razón que te salva el cuero radica en que tendría que pagarte por el increíble destrozo. Fundaste un cementerio propio en unos meses. Incluyendo el fiambre éste. En realidad, me despiojaste al completo con el fulano, m’hijo. Como un

pipiolo al rinoceronte. –dijo, señalando con el dedo índice al yacente Gonçalves.

“El Imprentero” no podía contradecirle desde el *rigor mortis* paulatino.

–Ya tengo quien lo reemplace falsificando papeles, sin las ambiciones del finado. Era del montón. En cambio, vos...

Las miradas relampaguearon. La de “El Gato” era altiva. Cínica la del caudillo.

–Sé que no aceptarías tratos conmigo. Sería estúpido pensarlo siquiera. Verás, a mí me caen bien los guapos con principios. Yo mismo tengo los míos y los aplico sin vacilar; igual que vos. Así empezaron a respetarme. Representás en genio y figura lo que nunca seré, y en momentos perdidos me gustaría haber sido, al vivir en estos tiempos esclavo de mis obligaciones con mucha gentuza de mierda. Me dirás que vos lo sos de tus ideales, y lo entiendo perfectamente. Pero al menos, hay gente que te quiere de verdad...

El hombre más poderoso de Avellaneda y más lejos aspiró hondo, como si tomara envión para seguir hablando. Y eso hizo, con su tono de voz acriollado y parco. Mientras, los guardaespaldas continuaban apuntándole.

–Eso sí, tendrás que irte lejos para que no me hagas enojar. Entenderás que matarme no se puede. Los tipos como el General Justo o yo morimos en la cama. Nos lo ganamos a pulso.

Sin articular palabra, “El Gato” lo miraba calmo. El súbito destello en los ojos señaló furia contenida ante la última jactancia. Sin embargo, el sátrapa llevaba razón. Era un blanco inalcanzable, lo supo desde siempre. Y gracias al presente estado de cosas imperante en el país, también era probable que el último suspiro le llegase en el lecho, rodeado de herederos, sirvientes y guardaespaldas.

Como si le leyera el pensamiento, Barceló le dedicó una sonrisa llena de ironía y cierta condescendencia.

–Odio las muertes inútiles. La han diñado los que debían gracias a tu pericia y eso bien vale el pellejo. Si te apetece, podés llevarte a la mina ésta. Nos sobran putas. La partida de Trauman las surtía a rolete, haciéndose cargo hasta del flete. Llegaban vacunadas sin chancro a la vista, con buena dentadura y ánimo de colaboración. Eran polacas, francesas, judías, y croatas como esta joyita. La policía de Hipólito Yrigoyen la disolvió en 1929, antes de la gauchada que nos hizo el General Uriburu el septiembre del año siguiente. Yo los había legalizado en 1906 con La Sociedad de Socorros Mutuos Varsovia, y ahora algunos de sus “pastores” salvados de la quema me sirven directamente, cuidándome el rebaño de ovejitas como ésta.

“El Gato” había despachado a algunos cafishios de la organización en la década anterior. Probablemente aquel hombre lo sabía, aunque le importaba muy poco la vida de sus esbirros.

–Pero si la despreciás por lo maula que es y será toda su perra vida, nos la quedamos para que haga lo que mejor sabe hacer.

Mi hermano se encargará de administrarla en El Farol Colorado...

Los ojos de Milena Buvotnik suplicaron que aceptase la magnanimidad del caudillo aquél.

–Vos mismo, “Gato”. Así te dicen. Varón inmutable y peligroso. Ruggierito a tu lado era una pulga. Con alguien así por los tejados ni yo mismo estoy seguro, ¡qué te parió!

La mujer no pudo contenerse y manifestó gran desespero. Pendía de un hilo su futuro.

–¡¡Por Favor Jean Louis, lleváme con vos!! Haré lo que quieras. Seré tu esclava. La perra fiel echada en un rincón, a pan y agua, para que hagás lo que quieras conmigo. No voy a molestarte nunca. Te lo ruego; ¡¡hacélo que más no sea por la memoria de Frank!!

Alberto Barceló enarcó una ceja y se envolvió en su poncho de vicuña. El invierno llegaba, descargando su inicial ola de frío.

En el instante que siguió, “El Gato” dirigió al caudillo una última mirada de desprecio, y aferrando a la mina de un brazo se abrió paso entre los monos bien calzados, avanzando a paso firme hacia la salida. Ellos, armados hasta los dientes, aguardaban órdenes del jefe en tal sentido.

Pero el caudillo les había destinado un gesto favorable al despeje, dibujando una mueca.

A medida que avanzaba con paso lento y seguro, a sus espaldas oyó la voz del supremo enemigo por última vez.

–Sos como Gardel. “El Zorzal” era un amigo. Acudía a todas mis fiestas cantando como nadie. Vos maullás afinando y sos un peligro. Pero este pleito concreto llegó a su fin. Es lo que entiendo. A menos que te empeñes en morir antes de tiempo.

Aquel diablo libertario al que no volvería a ver en su vida era el típico espécimen de una época extinguida. Por un momento, imaginó Alberto Barceló que él era otro; aunque su poder se mantuviera intacto y fuera más rico que nunca.

La impresión no le sobrevivió más de diez segundos.

Faltaban tres años para que Manuel Fresco le cediese el sillón de Gobernador en La plata, y en el mismo esperara apoltronarse, para luego disfrutar el retiro con sus caballos, algunos viajes por el mundo y la posición de venerable político, que hizo de Barracas al Sur la orgullosa y turbia ciudad de Avellaneda. Puntera en la Provincia de Buenos aires. Con obreros y empleados que las pequeñas o medianas fábricas y los nuevos negocios iban incorporando por unos pesos; insuficientes para llegar con la familia a fin de mes sin ajustarse el cinturón, embastando galleta rancia con el mate cocido, fideos y carne picada con el tinto del mediodía, reservando la botella de leche para los chicos.

Afuera amanecía. Con un ojo en compota y los labios tumefactos, Bartolito Peralta aguardaba al volante del automóvil, y “El Gato” abrió la portezuela de la cabina delantera.

–¿Estás bien, pibe?

El otro asintió, como el soldado ante su coronel tras una refriega con el enemigo, y “El Gato” subió al pescante.

La mujer hizo ademán de seguirlo, pero él la detuvo con mano firme y la mirada perdida.

–Vos no. –le dijo, agregando, con voz de metal– Quedás en libertad para vivir tu vida con la guita que ganaste mintiéndome, zorra. Prometí a Frank ocuparme y te salvé del quilombo. De otras desgracias no puedo, ni quiero...

Dicho esto, se sentó al lado de Bartolito, cerró la portezuela de un golpe y el vehículo inició su marcha, avanzando bajo los tibios rayos del Sol naciente en el nuevo día, mientras la silueta de Milena Buvotnik se achicaba en el retrovisor.

–¿La quisiste mucho, “Gato”? –preguntó el único amigo que le quedaba, mientras los neumáticos giraban lentos, mordiendo el empedrado.

–Menos que vos a la japonesita que después te mandó en cana. Ya no tengo diecisiete abriles. Fue, y ya no importa, pibe. Siempre será menos cruel la verdad que ignorarla. El valor que no se enmascara nunca. Es la mentira quien lo hace procurando imitarla. Y a veces lo consigue. Todo depende de nosotros...

–Claro. No queda más remedio que olvidar... lo que duele recordar...

Dicho esto, reinó el silencio entre ambos.

A Bartolito Peralta le pareció captar una lágrima traidora resbalando por el perfil del hombre aquél. No podría jurarlo con el ojo izquierdo en compota nublándole la visión, pero igual lo oteó tierno y de refilón, mientras el vengador anarquista encendía un pucho recién liado con la vista perdida en el horizonte invernal; una vez apagados los calores que invadieron a sus anchas aquel perímetro sangriento entre dos frías estaciones...

Alberto Barceló sería elegido Gobernador, sucediendo a Manuel Fresco mediante el fraude. El Presidente Roberto Ortiz lo impidió, enviando tropas del Ejército a la Gobernación en marzo de 1940. Murió con 73 años seis años después, cuando ya el General Juan Perón, flamante mandatario argentino designado por el voto popular, clausuraba para siempre el fraude conservador y su añejo reinado en la ciudad de Avellaneda.

De “El Gato” nadie volvió a saber, pese a rumores que lo ubicaban luchando con los partisanos en Italia y Francia durante la Segunda Guerra Mundial. Otros le señalaban junto al Mariscal Tito batiéndose contra los nazis en Yugoslavia. Otras especies lo situaban trabajando para el servicio secreto británico, al igual que George Orwell. Alguien juró haberlo visto varias veces en los cafés de la Francia liberada, departiendo con Robert Capa y Albert Camus. Nada en cambio se pudo probar...